R. 11.615

ANT
XVIII
20

SOLILOQUIOS,

Y MANUAL

DEL GLORIOSO

DOCTOR DE LA IGLESIA

S. AGUSTIN.

Traducido del Latin en Castellano

POR EL P. PEDRO DE RIBADENEYRA,

de la extinguida Compañia llamada

de Jesus.

CON LICENCIA BARCELONA.

Por Juan Francisco Piferrer, Impresor de S. R. M.
véndese en su Libreria, administrada
por Juan Sellent.

TABLA

DE LOS CAPITULOS DE LOS Soliloquios, y Manual del glorioso Doctor de la Iglesia S. Agustin.

CAP. I. *De la inefable dulzura de Dios.* Pag. 1.
Cap. II. *De la miseria, y fragilidad del hombre.* 8.
Cap. III. *De la admirable claridad de Dios.* 14.
Cap. IV. *De la miseria de la humana naturaleza.* 16.
Cap. V. *Declárase qué cosa sea hacerse nada.* 19.
Cap. VI. *De la caida del alma en los pecados.* 23.
Cap. VII. *De los inumerables beneficios de Dios.* 26.
Cap. VIII. *De la excelencia que ha de tener el hombre.* 30.
Cap. IX. *De la Omnipotencia de Dios.* 35.
Cap. X. *De la incomprehensible alabanza de Dios.* 37.
Cap. XI. *De la esperanza que debemos tener en Dios.* 41.

Cap. XII. *De los lazos de nuestros apetitos.* 43.
Cap. XIII. *De la miseria del hombre, y de los beneficios de Dios.* 47.
Cap. XIV. *Como Dios continuamente considera las obras, é intencion de los hombres.* 52.
Cap. XV. *Que ninguna cosa puede el hombre por si sin la divina gracia.* 58.
Cap. XVI. *De las tentaciones de Satanàs.* 64.
Cap. XVII. *Que Dios es luz de los Justos.* 68.
Cap. XVIII. *De otros beneficios de Dios.* 74.
Cap. XIX. *Del favor de la caridad, ó amor de Dios.* 80.
Cap. XX. *Como Dios crió todas las cosas para el servicio del hombre.* 82.
Cap. XXI. *Que de la consideracion de los bienes temporales se entiende la grandeza de los que Dios tiene aparejados para el alma.* 85.
Cap. XXII. *Como la divina suavidad templa la amargura de la vida presente.* 88.
Cap. XXIII. *Que toda la esperanza y deseo de nuestro corazon debe estar en Dios.* 92.

Cap.

Cap. XXIV. *Que toda nuestra salud nos viene de Dios.* 94.
Cap. XXV. *Que la voluntad del hombre no es eficáz para obrar bien sin la divina gracia.* 97.
Cap. XXVI. *De los antiguos beneficios de Dios.* 99.
Cap. XXVII. *De los Angeles diputados para guarda de los hombres.* 101.
Cap. XXVIII. *De la profunda predestinacion, y presciencia de Dios.* 105.
Cap. XXIX. *De los que primero fueron justos, y despues pecadores; ó primero pecadores, y despues justos.* 110.
Cap. XXX. *Que el alma fiel es Santuario de Dios.* 113.
Cap. XXXI. *Cómo no se puede hallar à Dios por los sentidos exteriores ni interiores.* 115.
Cap. XXXII. *Confesion de la verdadera Fé.* 128.
Cap. XXXIII. *Confesion de la propia vileza.* 137.
Cap. XXXIV. *Consideracion de la Divina Magestad.* 140.
Cap. XXXV. *Del deseo y sed que tiene el alma de Dios.* 144.
Cap. XXXVI. *Trátase de la gloria celes-*

lestial. 151.
Cap. XXXVII. *Oracion á la Santisi ma Trinidad.* 156.

MANUAL

DEL BIENAVENTURADO Doctor de la Iglesia S. Agustin.

CAP. I. *De la admirable Esencia de Dios.* 161.
Cap. II. *De la inefable ciēcia de Dios.* 163.
Cap. III. *Del deseo del alma que siente á Dios.* 165.
Cap. IV. *De la miseria del alma que no ama á Christo.* 168.
Cap. V. *Del deseo del alma.* 170.
Cap. VI. *De la felicidad del alma que está libre de la carcel de esta vida mortal.* 173.
Cap. VII. *Del gozo del Paraiso.* 175.
Cap. VIII. *Del Reyno de los Cielos.* 177.
Cap. IX. *De la consolacion que Dios dá al alma afligida.* 179.
Cap. X. *De la dulzura del Divino amor.* 181.
Cap. XI. *Cómo nos habemos de preparar para celebrar los mysterios de nues-*

nuestra redencion. 183.
Cap. XII. *Del gozo inefable.* 185.
Cap. XIII. *Que el Verbo encarnado es causa de nuestra esperanza.* 187.
Cap. XIV. *Que la meditacion de Dios tanto es mas dulce, quanto es mayor.* 188.
Cap. XV. *Cómo se han de desear las tribulaciones por Christo en esta vida.* 190.
Cap. XVI. *Còmo se puede alcanzar el Reyno del Cielo.* 192.
Cap. XVII. *Qué cosa sea Paraiso.* 194.
Cap. XVIII. *Que el hombre no puede pagar à Dios lo que le debe, sino por amor.* 197.
Cap. XIX. *Què es lo que Dios nos pide para que le parezcamos.* 199.
Cap. XX. *De la confianza que tiene el alma que ama á Dios.* 201.
Cap. XXI. *Lo que ha hecho Dios por el hombre.* 204.
Cap. XXII. *De la memoria de las Llagas, y del amor de Jesu Christo nuestro Redentor.* 206.
Cap. XXIII. *Que là memoria de la muerte de Christo es eficáz remedio contra las adversidades.* 207.
Cap. XXIV. *Meditacion del alma para encenderse en el amor de Christo.* 210.

Cap.

Cap. XXV. *Que ninguna cosa satisface al alma sino el sumo Bien.* 213.
Cap. XXVI. *Qué cosa es el conocimiento de la verdad.* 214.
Cap. XXVII. *Lo que obra en nosotros la venida del Espiritu Santo.* 217.
Cap. XXVIII. *De las obras que hace el que ama á Dios.* 219.
Cap. XXIX. *De la verdadera quietud del corazon.* 221.
Cap. XXX. *Que todo lo que nos desvia de la presencia de Dios, se debe huir.* 223.
Cap. XXXI. *Que el hombre por el pecado perdió á Dios, y halló la miseria.* 225.
Cap. XXXII. *De la bondad de Dios.* 227.
Cap. XXXIII. *Quán deleytable cosa es gozar de Dios.* 230.
Cap. XXXIV. *Cómo se ha de desear el sumo Bien.* 232.
Cap. XXXV. *De la caridad, que tienen entre sí los Santos del Cielo.* 235.
Cap. XXXVI. *De la grandeza del gozo de la vida eterna.* 238.

SOLI-

SOLILOQUIOS,

DEL GLORIOSO DOCTOR DE LA IGLESIA *S. AGUSTIN.*

CAPITULO PRIMERO.

De la inefable dulzura de Dios.

COnozcaos yo, Señor, conocedor mio: conozcaos yo, virtud de mi alma: mostraosme, consolador mio: veaos yo: lumbre de mis ojos: venid gozo de mi espiritu, vea yo la alegria de mi corazon: ameos yo, vida de mi alma, Señor Dios mio, y delectacion mia, consuelo mio, dulce vida mia, y

toda la gloria de mi alma: manifestaosme; hálleos yo, deseo de mi corazon; tengaos yo, amor de mi alma: abraceos, Esposo celestial, regocijo interior y exterior mio, y bienaventuranza sempiterna. Poseaos yo, poseaos en medio de mi corazon, pues sois vida bienaventurada, y suma dulzura de mi alma: ameos yo, Señor, fortaleza mia, defensa mia, refugio mio, y libertador mio: ameos yo, Dios mio, ayudador mio, torre fortisima, y dulce esperanza mia en qualquiera tribulacion: abraceos yo, bien mio, sin el qual no hay cosa buena: goze de Vos, fuente de todos los bienes, sin la qual no hay cosa que se pueda llamar bien. ¡O Verbo, que penetra mas que la espada de dos filos! penetrad mis oidos, para que oyga vuestra voz: tronad, Señor de las Alturas, con un trueno horrible, y ruidoso; altérese el mar, y todos sus anchos senos; estremeszcase la tierra, y

to-

todas las cosas que hay en ella. Alumbrad mis ojos, ó luz incomprehensible! enviad vuestros relámpagos, y cegadlos, para que no vean la vanidad: enviad vuestros rayos, y turbadlos, para que se descubran las fuentes y venas de las aguas, y los fundamentos de la tierra se manifiesten. ¡O luz invisible! dadme vida, para que os vea: ó olor de vida, criad en mí un nuevo olfato, para que corra tras Vos en el olor suavisimo de vuestros ungüentos: sanad mi gusto, para que guste, conozca, y entienda quan grande es la muchedumbre de vuestra dulzura, que teneis escondida para los que están encendidos de vuestra caridad. Dadme un corazon ocupado en Vos, y un ánimo que os ame; una memoria que se acuerde de Vos, un entendimiento que os entienda, y un espiritu que esté siempre estrechamente abrazado con Vos. Amor mio sabio, sabiamente os ame yo. O vida, por

la qual todas las cosas viven; vida que me da vida, que es mi vida, por la qual vivo, y sin la qual muero; vida por la qual resucito, y sin la qual perezco; vida, por la qual estoy gozoso, y sin la qual estoy congojado; vida vital, dulce, y amable, y digna de tenerse siempre en la memoria: ¿Adónde estás, vida? ¿Adónde te hallaré, para desfallecer en mí, y vivir en tí? Estás cerca de mi animo, cerca de mi corazon, cerca de mi boca, cerca de mis oidos, y cerca de mi socorro; porque estoy herido de amor, y sin tí muero, y acordandome de tí resucito. Tu olor suavisimo me recrea, tu memoria me sana; pero no me hartaré, hasta que tu gloria se me descubra. ¡O vida de mi alma! mi alma te codicia, y con tu memoria desfallece, y dice: ¿Quándo vendré, y apareceré delante de tí, alegria mia? ¡O gozo mio, por el qual soy gozoso! ¿por qué me vuelves

tu

tu rostro? ¿Adónde está escondida aquella hermosura que yo deseo? siento la fragancia de tu olor, y con ella vivo, y me gozo, mas no te veo; oygo tu voz, y vuelvo de muerte á vida. Pero ¿por qué escondes tu fáz? Dirás por ventura: No me verá hombre que viva: pues ea, Señor, muera yo para que os vea, y veaos para que aqui muera. No quiero vivir, morir quiero. Deseo ser desatado, para morir con Christo; morir quiero, para ver á Christo; no quiero vivir, por vivir con Christo. ¡O Señor mio! Jesus mio, recibid mi espiritu; vida mia, recibid mi alma; gozo mio, robad mi corazon; dulce manjar mio, comaos yo; cabeza mia, enderezadme; lumbre de mis ojos, alumbradme; melodía mia, sosegadme; olor mio, vivificadme; Verbo de Dios Eterno, recreadme; alabanza mia, alegrad el alma de vuestro siervo; entrad en ella, gozo mio, para que ella se goze en Vos; en-

trad

trad en ella, dulzura divina, para que tenga gusto de las cosas dulces; lumbre eterna, ilustradla, para que os entienda, conozca, y ame; porque por eso no os ama, Señor; no os ama, porque no os conoce; y no os conoce, porque no os entiende; y no os entiende, porque no comprehende vuestra luz, y la luz resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no la conocieron. ¡O luz del alma, ó verdad resplandeciente, ó claridad verdadera, que alumbras á todo hombre que viene á este mundo! Al que viene á él digo, y no al que le ama; porque el que ama al mundo, se hace enemigo de Dios. Deshaced las tinieblas que están sobre el abismo de mi entendimiento, para que entendiendo os vea, y comprehendiendo os conozca, y conociendo os ame; porque qualquiera que os conoce, os ama, y se olvida de sí, y os ama mas que á sí: déxase a sí, y viene á Vos, para gozar de Vos,

De

De aqui es, Señor, que yo no os amo tanto quanto debo, porque no os conozco perfectamente; y porque poco os conozco, poco os amo, poco me gozo en Vos; mas apartandome de Vos, que sois el gozo verdadero, é interior de mi alma, y derramandome por las cosas exteteriores, busco en ellas amistades falsas; porque carezco de solo Vos. Y así, aquel amor eterno, y total afecto que debia entregar á solo Vos, yo miserable lo reparto, y empleo en las cosas vanas; y por eso soy vano, porque amo la vanidad. Esta es la causa, Señor, por qué no me gozo en Vos, ni me llego á Vos; porque Vos, Señor, estais en las cosas interiores, y yo en las exteriores: Vos en las espirituales, y yo en las corporales: Vos morais en las eternas; y yo con el corazon me ocupo, y con el pensamiento trato, y con la lengua me derramo en estas transitorias y caducas. Vos en el cielo, y yo en la

tier-

tierra: Vos amais las cosas altas, y yo las baxas: Vos las celestiales, y yo las terrenas; ¿pues cómo podrán estas cosas tan contrarias juntarse, y hacer buena liga?

CAPITULO II.

De la miseria y fragilidad del hombre.

TRiste de mí! ¿quándo mis caminos torcidos se enderezarán con el cordel de vuestra rectitud? Vos, Señor, amais la soledad, y yo el bullicio: Vos el silencio, y yo la gritería: Vos la verdad, y yo la vanidad: Vos la limpieza, yo sigo la inmundicia. ¿Qué mas, Señor? Vos sois verdaderamente bueno, y yo malo: Vos piadoso, y yo impío: Vos santo, yo miserable pecador: Vos justo, y yo injusto: Vos luz, y yo ciego: Vos vida, y yo muerte: Vos medicina, y yo enfermo: Vos gozo, y yo tristeza:

Vos

Vos suma verdad, yo toda vanidad, como lo es qualquier hombre que vive. Pues qué diré yo, ¡ó Criador mio! Oiame lo que digo: criatura vuestra soy, y perezco; criatura vuestra soy, y muero; hechura vuestra soy, y me vuelvo en mi nada: obra vuestra fuí, porque vuestras manos, Señor, me hicieron, y me formaron, aquellas manos, digo, que fueron clavadas en la Cruz por mí. Pues mirad la obra de vuestras manos, mirad las llagas que recibisteis por mí: en vuestras manos, Señor, me escribisteis, leed esta escritura, y salvadme: veisme aqui, Criador mio, que soy vuestra criatura, y suspiro por Vos, recreadme: veisme aqui, vuestra hechura soy, que clamo à Vos que sois mi vida, vivificadme: veisme aqui, que como hechura de vuestas manos miro á Vos que sois mi Hacedor: reparadme, perdonadme, Señor, porque mis dias son nada: ¿ qué cosa es el hombre,

para

para que pueda hablar con Dios su Hacedor? Perdonadme si os hablo; perdonad á este siervo, que presume hablar con tan gran Señor. La necesidad carece de ley, el dolor me fuerza á hablar, y la calamidad que padezco, me compele á dar voces. Enfermo estoy, y pido socorro al Medico: ciego soy, y busco la luz: muerto soy, y suspiro por la vida: Vos sois el Medico, Vos la luz, Vos la vida, ó buen Jesus Nazareno, habed misercordia de mí: Hijo de David, habed misericordia de mí. Fuente de misericordia, oid al enfermo que os llama, esperad al ciego, y dadle la mano, para que venga á Vos, y vea con vuestra lumbre: resucitad á este muerto. ¿Pero quién soy yo que hablo con Vos? ¡Ay de mí! Perdonadme Dios mio: yo soy un cuerpo muerto y hediondo, manjar de gusanos, vaso de corrupcion, leño seco para el fuego. ¿Quién soy yo que hablo con Vos?

Soy

Soy un hombrecillo nacido de muger, que en breve se acaba, y está lleno de muchas miserias; un hombrecillo, semejante á la vanidad, y comparado á los brutos, é insipientes. ¿Qué mas soy? Un abismo de tinieblas, una tierra yerma y miserable, hijo de ira, vaso de contumelia, que fue engendrado en inmundicia, y vive en miseria, y ha de morir en afliccion. ¡Ay de mí! ¿qué soy, y qué seré? Soy un muladar cubierto de nieve, una balsa de podre, lleno de mal olor y de hedor, ciego, pobre, desnudo, sujeto á mil miserias; que ni entiendo mi entrada en el mundo, ni sé la salida de él, cuyos dias huyen como sombra, como humo desaparecen, y como flor salen, y en un punto se marchitan, y se secan. O vida mia fragil y momentanea, que quanto mas creces, mas menguas; y quanto mas adelante vas, tanto mas te llegas á la muerte; y quanto mas has andado, tanto

to menos tienes que andar: vida engañosa, ó por mejor decir, sombra de vida llena de lazos, y peligros de verdadera muerte: vida inconstante, y mudable; porque yá me alegro, yá me entristezco, yá estoy fuerte, yá flaco, yá vivo, yá muerto; yá me tengo por bienaventurado, y soy siempre miserable; rio, y lloro casi en un mismo tiempo; tan sujeto á mudanzas, que apenas puedo estar un momento en un mismo sér. ¿Pues que diré de las fatigas y congojas, que combaten esta breve y triste vida? Por una parte la carne, dolores y quebrantos; por otra, peligros y temores, la hambre, la sed, el calor, el frio, la enfermedad, y la pena (que son los corredores de la muerte importuna) y al fin la misma muerte la saltéa, y acaba, y no de una sola manera. A unos mata con calenturas, á otros con dolores, á este con hambre, al otro acaba con sed; unos perecen aho-

ga-

gados en las aguas, otros colgados de una soga en un palo; unos abrasados del fuego, y otros despedazados de las bestias fieras: el hierro, el veneno, y el espanto repentino se llevan à muchos, y los arrebatan. Y siendo tantos nuestros desastres, y tantos los enemigos que nos hacen guerra, para darnos la muerte; y siendo ella tan cierta, y tan inevitable, no hay cosa mas incierta que la hora en que ha de venir, y el estado en que nos ha de coger. Y quando el hombre está mas seguro, cae, y su esperanza desfallece; porque no sabe en qué tiempo, ni en qué lugar, ni de que manera ha de morir, con saber certisimo, que ha de morir. Ved aquí, Señor, quan grande es la miseria del hombre, en la qual yo vivo, y aun no temo; quan grande es la miseria que padezco, y no me congojo, ni clamo á Vos. Clamaré, Señor, antes que me acabe; porque por ventura no me acaba-

ré,

ré, sino permaneceré en Vos. Diré, pues, mi miseria, y no tendré verguenza de descubrir mi vileza á Vos. Ea pues, Señor, fortaleza mia, ayudadme, socorredme, virtud mia; venid luz, por la qual veo; descubriros gloria mia, por la qual me gozo; apareced vida, en la qual vivo, ó Dios, y Señor mio.

CAPITULO III.

De la admirable claridad de Dios.

O Luz, la qual veía Tobias, quando cerrados los ojos enseñaba á su hijo el camino de la verdad; la qual veía Isac interiormente, quando sin vista exterior declaraba á su hijo lo que habia de ser: ó luz invisible, á la qual el abismo del corazon humano es patente; y visible luz, la qual vió Jacob quando enseñado por Vos pronosticaba á sus hijos lo que les habia de suceder. Las tinieblas están sobre el abis-

abismo de mi alma, Vos sois luz, y la tiniebla espesa cerca mi corazon, y Vos sois verdad. ¡O Verbo Eterno, por el qual todas las cosas son hechas, y sin el qual ninguna cosa fue hecha! Verbo, que es ante todas las cosas, y ante el qual no hubo, ni hay alguno: Verbo, Cr iador de todas las cosas, sin el qual todas son nada: Verbo, gobernador de todas las cosas, sin el qual nada son todas: Verbo que en el principio dixisteis: Hágase la luz, y fue hecha la luz. Pues decid á mi alma: hágase la luz, y sea hecha la luz, y vea la lumbre, y conozca todo lo que no es luz. Porque sin Vos para mí, las tinieblas y la luz son una misma cosa: sin vuestra luz no hay verdad, sino error y vanidad; no hay discrecion, sino confusion; no hay ciencia, sino ignorancia; no hay vista, sino ceguedad; no hay camino, sino desierto sin camino; ni hay vida, sino muerte.

CA-

CAPITULO IV.

De la miseria de la humana naturaleza.

VED aqui, Señor, como faltando la luz sucede la muerte; antes no es muerte, porque la muerte es nada, pues por ella vamos á la nada, y nosotros no tememos hacernos nada por el pecado. Y con razon por cierto, Señor, recibimos el pago de nuestro merecido, y venimos á ser nada, como la agua que corre, y pasa; porque sin Vos no se ha hecho nada; y nosotros haciendo el pecado, que es nada, somos hechos nada; porque sin Vos somos nada, por el qual todas las cosas son hechas, y sin el qual no se ha hecho nada. ¡O Señor Dios, ó Verbo Eterno! por el qual todas las cosas son hechas, y sin el qual no se ha hecho nada. Triste de mí, que tantas veces me he cegado;

por-

porque Vos sois luz, y yo estaba sin Vos. ¡ Ay de mí, que he sido herido tantas veces! porque Vos sois la salud, y yo estaba sin Vos. ¡ Desventurado de mí, que tantas veces he sido desatinado! porque Vos sois verdad, y yo estaba sin Vos. ¡ Desdichado de mí, que tantas veces he andado descaminado! porque Vos sois el camino, y yo andaba fuera de Vos. ¡ Miserable de mí, que tantas veces muero! porque Vos sois vida, y yo estoy sin Vos ¡ Probre de mí que tantas veces me he vuelto en nada! porque Vos sois el Verbo por el qual son hechas todas las cosas, y yo estoy sin Vos. ¡ O Señor Dios, y Verbo Eterno! que sois luz, por la qual fue hecha la luz; y sois camino, verdad y vida, y no hay en Vos tinieblas, error, vanidad, ni muerte: luz sin la qual todo es tinieblas; camino sin el qual todo es error; verdad sin la qual todo es vanidad; vida sin la qual todo es

muerte. Decid, Señor, una palabra, decid: hágase la luz, paraque yo vea la luz, y huya de las tinieblas; vea el camino, y me guarde de perderle; vea la verdad, y me desvie de la vanidad; vea la vida, y aborrezca la muerte. Alumbradme, Señor, pues sois mi luz, y la claridad de mi alma, y mi salud. Vos sois mi Señor, à Vos alabaré: sois mi Dios, à Vos honraré: sois mi Padre, à Vos amaré: sois mi Esposo, para Vos me guardaré. Alumbradme, Señor, y descubrid el rayo de vuestra luz à este pecador ciego, que está sentado en las tinieblas, y en la sombra de la muerte; y enderezad mis pies en el camino de la paz, para que por ella entre en el lugar admirable de las eternas moradas, y en ese Palacio Real os alabe con una voz fuerte y de alegria; porque este reconocimiento, y verdadera alabanza es camino para entrar en Vos que sois camino, dexando de an-

dar

dar por el de las criaturas descarriado, y volver à Vos que sois verdadero camino de la vida.

CAPITULO V.

Declárase qué cosa sea hacerse nada.

PUes yo confesaré, Dios Padre, y Señor del Cielo, y de la tierra; yo confesaré à Vos mi miseria, para poder llegar â vuestra misericordia; porque yo soy miserable, y hecho nada, y no lo he entendido, porque Vos sois la verdad, y yo no estaba con Vos: mis maldades me han herido, y no lo he sentido; porque Vos sois vida, y yo estaba sin Vos: me han aniquilado; porque Vos sois el Verbo Eterno, por el qual todas las cosas se han hecho, y sin el qual ninguna cosa se ha hecho, y yo no estaba con Vos, y por eso he sido hecho nada; porque nada es lo que à na-

da lleva. Todas las cosas que han sido hechas, de qualquiera manera que hayan sido hechas, han sido hechas por el Verbo: y todas las cosas que han sido hechas por el Verbo, son muy buenas, porque Dios vió todas las cosas que habia hecho, como dice la Escritura, y eran muy buenas. ¿Por qué eran buenas? porque todas fueron hechas por el Verbo, y sin él nada se ha hecho, porque sin el sumo Bien no hay cosa buena: y donde no hay ningun bien, hay mal, el qual en sí es nada, que no es otra cosa el mal sino privacion del bien, como la ceguedad es privacion de la vista; de lo qual se sigue, que el mal es nada, porque fue hecho sin el Verbo, sin el qual nada se hace. Pero aquel es verdadero mal, que carece de aquel bien por el qual son hechas todas las cosas que son; mas las cosas que no son, no son hechas por él, y por eso son nada; y asi, las cosas que no son hechas, son

ma-

malas; porque todas las cosas que son hechas, han sido hechas por el Verbo, y todas por el mismo Verbo son hechas buenas. Pues como todas las cosas sean hechas por el Verbo, y las malas no sean hechas por él; conclúyese, que todas las cosas que no son hechas, no son buenas; porque todas las cosas que son hechas, son buenas; y por eso son malas las que no son hechas: y consiguientemente son nada; porque sin el Verbo nada es hecho: el mal, pues, no es nada; porque no ha sido hecho. ? Pero cómo es mal, si no ha sido hecho? porque el mal es privacion de bien por el qual el bien se ha hecho: luego ser sin el Verbo es malo, lo qual es no ser, porque sin el Verbo nada es. ¿ Pero qué cosa es apartarse del Verbo? Si quieres saber esto, entiende primero lo que quiere decir Verbo. El Verbo de Dios dice; Yo soy camino, verdad y vida. Pues estar apartado del Verbo, es estar

sin

sin camino, sin verdad, y sin vida; y por consiguiente ser nada, y ser malo, por estar apartado del Verbo por el qual todas las cosas hechas son muy buenas. No es otra cosa estar apartado del Verbo, sino un desfallecer, y un dexar de ser; porque sin él no hay sino nada. Pues todas las veces que te desvias del bien, te apartas del Verbo, que es el sumo bien, y por eso te haces nada; porque estás sin el Verbo, sin el qual no se hizo nada. Mas Vos Señor, luz mia, me habeis alumbrado para que os viese; os ví, y me conocí, y entendì que tantas veces me he vuelto en nada, quantas me he apartado de Vos; porque me he olvidado del bien, que sois Vos, y por eso he sido malo: Triste de mí, que no conocia, que dexándoos à Vos yo me hacia nada. Pero ¿ por qué me maravillo de esto? Si yo era nada, ¿ cómo lo podia conocer? Porque la nada, nada es; y lo que nada es, no es,

y lo

y lo que no es bueno, no es; porque nada es. Luego si yo era nada quando estaba sin Vos, fui como una figura, ó imágen que no es nada: tiene orejas, y no oye; tiene narices, y no huele; tiene ojos, y no ve; tiene boca, y no habla; tiene manos, y no palpa; tiene pies, y no anda; y finalmente tiene disposicion y representacion de todos los miembros, y no tiene uso ni sentido de ninguno de ellos.

CAPITULO VI.

De la caida del alma en los pecados.

PUes quando fui sin Vos, no fui, mas fui nada, y por eso era ciego, sordo, é insensible; porque no conocia el bien, ni huia del mal, ni sentia del dolor de mis llagas, ni veia mis tinieblas; porque estaba sin Vos verdadera luz, que alumbrais à todo hombre que viene à este mundo. Ay de mí, que me han

heri-

herido, y no he tenido dolor; me han arrastrado, y no lo he sentido; porque era nada, pues estaba sin la vida, que es el Verbo, por el qual todas las cosas son hechas. Por eso, Señor mio, y luz mia, mis enemigos han hecho de mí todo lo que han querido; me han maltratado, desnudado, ensuciado, afeado, herido y muerto; porque me aparté de Vos, y fui hecho nada sin Vos. ¡ O Señor, y vida mia, que me hicisteis! ¡ luz mia, que me enderezásteis! ¡ ó defensor de mi vida! habed misericordia de mí, y resucitadme; y pues sois mi Dios, mi esperanza, mi virtud, mi fortaleza y mi consuelo, en el dia de mi tribulacion amparadme: mirad los enemigos que me cercan, libradme de ellos: huyan de mí los que me quieren mal y yo viva en Vos, y por Vos: porque ellos, Señor, me miraron, y como me vieron sin Vos, no hicieron caso de mí: repartieron entre

sí

si los vestidos de las virtudes con que Vos me habiais adornado, y pasaron por encima de mí, y me pusieron debaxo de sus pies, me hollaron, y contaminaron vuestro santo templo con las inmundicias de los pecados, y me dexaron afligido, y lleno de angustia y de dolor; y yo ciego, y desnudo, y atado con las cadenas de los pecados, me iba tras ellos. Me traian al rededor, de vicio en vicio, de maldad en maldad, sin fortaleza y sin virtud, siervo era, y amaba la servidumbre; ciego era, y gustaba de mi ceguedad; preso estaba, y no hiua de mis prisiones; lo amargo me parecia dulce, y lo dulce amargo: era miserable, y no lo conocia; porque estaba sin el Verbo, sin el qual todas las cosas son nada, y por el qual todas se conservan, y sin él todas se vuelven en su antigua nada: porque asi como todas las cosas han sido hechas por él, y ninguna cosa ha sido he-

cha

cha sin él; asi todas las cosas que están en el Cielo, en la tierra, y en el mar, y en todos los abismos, se conservan por él. Ni una sola parte está junta à otra en la piedra, ni en otra cosa criada, sino por él; porque todas se conservan en su ser, por el Verbo por el qual fueron criadas. Ea pues, ó Verbo Eterno, esté yo siempre junto à Vos, y unido con Vos, para que me conserveis; porque luego que me aparté de Vos, perecia en mí, si Vos que me criasteis, por vuestra bondad no me hubierais reparado. Yo pequé, y Vos me visitasteis: yo caí, y Vos me levantasteis: yo fui ignorante, y Vos me enseñasteis: yo fuy ciego, y Vos me alumbrasteis.

CAPITULO VII.

De los inumerables beneficios de Dios.

ENseñad, Dios mio, à este miserable quanto está obligado à ama-

amaros, y dadle à entender quanto os debe alabar, y agradar: penetrad el interior oido de mi corazon con vuestra voz fuerte, y sonora: enseñadme, y salvadme, y yo os alabaré, porque quando no era, me criasteis; estando en tinieblas, me alumbrasteis; siendo muerto, me resucitasteis; y siendo yo un gusanillo vilisimo y hediondo por mis pecados, desde mi niñéz me habeis criado con la abundancia de vuestros bienes, y regaladome con vuestros soberanos dones. O llave de David, que abre, y no hay quien cierre al que Vos abris; cerrais, ninguno abre al que Vos cerrais: abridme, Señor, vuestra puerta, descubrid el rayo de vuestra luz, para que yo entre, y vea, yo os conozca, y alabe de todo mi corazon, por vuestra grande misericordia, y por haberme sacado de lo mas profundo del infierno ¡O qué admirable, y digno de ser predicado en toda la tierra es, Dios

mio,

mio, vuestro nombre! ¿Qué cosa es el hombre, que asi os acordais de él; y el hijo del hombre, que asi le visitais? O esperanza de todos los Santos, y torre fuerte de vuestros Siervos; vida de mi alma, por la qual vivo, y sin la qual muero; lumbre de mis ojos, por la qual veo, y sin la qual estoy ciego; gozo de mi corazon, y alegría de mi espíritu, ameos yo de todo mi corazon, y de toda mi alma y de todas mis entrañas; porque Vos primero me amasteis. ? De dónde à mi tanto bien, ó Criador del Cielo, de la tierra y del abismo, que no teniendo Vos necesidad de mis bienes, me amasteis? ¡ O Sabiduria, que abris la boca de los mudos! ¡ O Verbo Eterno, por el qual todas las cosas fueron hechas! abrid mi boca, y dadme voz de alabanza, para que yo predique todos los beneficios, que sin yo merecerlos me habeis hecho. Veisme aquí, vuestra criatura soy, ser tengo, porque

Vos

Vos me criasteis, y abeterno, ántes que estendieseis los Cielos, ni hicieseis los abismos, y estableciesseis la tierra, ni fundaseis los montes, ni hubiesen manado las fuentes, ya Vos habiais determinado el criarme, y ponerme en el numero de vuestras criaturas: ántes que hicieseis por el Verbo todas las cosas que hicisteis con vuestra inefable providencia, visteis que yo habia de ser vuestra criatura, y quisisteis que lo fuese. ¿Pues de dónde merecí yo esto, ó benignísimo Señor, y altísimo Dios, Padre misericordiosísimo, Criador potentísimo, siempre mansísimo? ¿Qué merecimientos fueron los mios? ¿Qué gracia, para que Vos quisieseis criarme? Yo no era, y Vos me criasteis; estaba en el abismo de la nada, y de esta nada me sacasteis, y me disteis sér. ¿Y qué sér? No de agua, ni de fuego, ni de ave, ni de pez, ni de serpiente, ni de otro animal bruto, ni de piedra, ni de

le-

leño, ni de las otras cosas que solamente tienen ser, y crecen, ó sienten. Pues habiéndome dado un ser, que tiene todos estos grados y perfecciones: me disteis otro mas aventajado, y casi igual al de los Angeles; porque me disteis el entendimiento, como ellos le tienen, para que yo os conozca, como ellos os conocen: pero dixe que era casi igual, porque ellos os conocen, y ven cara á cara, y yo por espejo, y por la Fé; ellos os ven perfecta, y yo imperfectamente; ellos totalmente, y yo en parte.

CAPITULO VIII.

De la excelencia que ha de tener el hombre.

PEro quando viniere lo que es perfecto, se perficionará lo que es imperfecto, y con la cara descubierta veremos, Señor, vuestra faz. ¿Pues qué ¡cosa habrá que nos estorve

torve ser iguales á los Angeles, quando estemos coronados de honra y gloria, y como amigos del Señor, sobremanera ensalzados, y en todo iguales á los Angeles, y hijos de Dios, como lo prometió vuestra verdad? Verdaderamente serán hijos de Dios; porque el hijo del hombre ha sido hecho Hijo de Dios. Y considerando yo esto, me atrevo à decir, que no solamente el hombre es poco ménos que los Angeles, ó que es igual á los Angeles; pero que es superior á los Angeles; porque el hombre es Dios; y Dios es hombre, y no lo es el Angel: y por eso diré, que el hombre es una criatura excelentísima; porque el Verbo, que era en el principio Dios verdadero, aquel Verbo por el qual Dios dixo: Hágase la luz, y fue hecha la luz (que es la naturaleza Angélica) aquel Verbo por el qual en el principio crió Dios todas las cosas; este mismo Verbo se ha hecho carne, y morado

rado entre nosotros, y hemos visto su gloria. Esta es la gloria por la qual yo me glorio, quando me glorio: este es el gozo por el qual me gozo, quando me gozo; mi Dios, y mi Señor es mi vida, y toda la gloria de mi alma. Pues yo, Señor y Dios mio, os alabo; porque me criasteis capáz de razon, y en cierta manera igual à los Angeles, y que se pueda suplir en mí lo que me falta para llegar á su igualdad, y para ser adoptado por hijo vuestro, no por mis merecimientos, sino por los de vuestro dilectísimo Hijo, que tanto os agradó; por aquel Señor que es único heredero vuestro, consubstancial, y coeterno á Vos, Jesu-Christo nuestro Señor, Redentor, Alumbrador, Consolador, y Abogado nuestro, y lumbre de nuestros ojos. Por aquel que es nuestra vida, y nuestro Salvador, y nuestra única esperanza, y que nos amó mas que á sí, por el qual tenemos confianza firme de ve-

venir á Vos, y dió potestad para que se hagan hijos de Dios, á todos los que creyeren en su nombre. Yo os alabaré, Señor, por haberme criado á vuestra imagen y semejanza, y hecho capáz de tan grande gloria, que pueda ser hijo de Dios; lo qual no pueden ser ni las plantas, ni las piedras, ni otra cosa alguna de las que se mueven, ó crecen en el ayre, ó en el mar, ó en la tierra; porque no son capaces de esta excelencia, pues carecen de razon, en la qual consiste esta potestad, y por ella conocemos á Dios. Esta potestad concedió Dios á los hombres; porque los crió á su imagen y semejanza, y los dotó de razon. Yo, Señor, por vuestra gracia soy hombre, y puedo ser vuestro hijo; lo qual no pueden ser estotras baxas criaturas. Pues ¿ de dónde me ha venido à mí este bien, Señor mio, verdad eterna, y principio de todas las criaturas, de dònde me ha venido este bien, que

pueda ser lo que las otras criaturas no pueden ser, que es ser hijo de Dios? Vos sois solo eterno y criasteis todas las cosas; los hombres, los animales, las piedras, y las plantas de la tierra. No hubo merecimientos que precediesen; porque Vos por vuestra sola bondad criasteis todas las cosas, y todas vuestras criaturas en los merecimientos fueron iguales; antes ninguna de ellas tuvo merecimientos. ¿Pues por qué quisisteis mostrar mas vuestra bondad en esta vuestra criatura racional, que en todas las otras que carecen de razon? ¿Pues qué, no soy yo como todas ellas, ó todas ellas como yo, ó yo solo como ellas? ¿Que merecimientos, qué gracia tuve yo, para que me criaseis capàz de vuestra gracia, y habil para ser vuestro hijo; lo qual no concedisteis á las otras criaturas? Pero hubo merecimientos en mí? No permitais Vos, Señor, que yo lo crea. Vuestra sola gracia, y vues-

tra

tra sola bondad lo ha hecho, para que yo sea participante de vuestra dulzura; pues por aquella misma gracia con la qual de nada me criasteis, os suplico que me deis gracia, para que yo sepa haceros gracias por esta singular gracia y beneficio.

CAPITULO IX.

de la Omnipotencia de Dios.

VUestra Omnipotencia que siempre es una, y la misma, crió los Angeles en el Cielo, y los gusanos en la tierra, y no es mayor en los Angeles, ni menor en los gusanos; porque asi como ninguna otra mano que la vuestra pudo criar al Angel, asi ninguna cosa puede criar á un gusanillo: el criar el Cielo, y la mas pequeña hoja del arbol; el fomentar el cuerpo humano, y hacer blanco, ó negro un cabello, igualmente está reservado à vuestra Omnipotencia, para la

qual no hay ninguna cosa imposible. Ni es cosa mas posible para Dios criar al gusano, que al Angel; ni mas imposible estender el Cielo, que la hoja del arbol; ni mas facil formar un cabello, que el cuerpo; ni mas facil fundar la tierra sobre las aguas que las aguas sobre la tierra: porque todas las cosas que ha criado en el Cielo, en la tierra, en el mar, y en los abismos, las ha hecho, como ha querido, y à mi entre ellas, como quiso me, pudo, y supo hacer. Bien pudo vuestra mano, Señor, hacerme piedra, ò ave, ó serpiente, ú otra bestia, y lo supo hacer, mas no quiso hacerlo vuestra bondad. ¿ Pues por qué no soy yo piedra, ó ave ó algun animal, sino porque vuestra bondad asi lo ha ordenado, y para que lo ordenase no precedieron merecimientos mios ?

CA-

CAPITULO X.

De la incomprehensible alabanza de Dios.

¿DOnde tendré yo, Señor, caudal para alabaros? Porque asi como Vos me hicisteis sin mí, de la manera que os agradó, así teneis alabanza sin mí, de la manera que sois servido: vuestra alabanza, Señor, sois Vos mismo, y vuestras obras son las que os alaban segun la muchedumbre de vuestra grandeza, y vuestra alabanza es incomprehensible: no se comprehende con el corazon, ni se puede explicar con la boca, ni se percibe con el oìdo; porque todas estas cosas pasan, y vuestra alabanza permanece para siempre. El pensamiento tiene principio, y fin; la voz suena, y pasa; el oido oye, y se acaba; mas vuestra alabanza dura, y es la misma en los siglos de

los

los siglos. ¿ Pues quién es el que os alaba, y qué hombre hay que pueda pregonar vuestra alabanza, siendo ella perpetua, y no temporal? Aquel, Señor, os alaba, que cree que Vos mismo sois vuestra alabanza: aquel os alaba, que conoce de sí que no puede llegar dignamente á alabaros. Vos sois alabanza perpetua, que nunca pasa, y nuestra alabanza está en Vos, y nuestra alma es alabada en Vos. No alabamos nosotros á Vos, sino Vos, Señor, os alabais á Vos mismo; y tambien nosotros (si tenemos alguna alabanza) por Vos y en Vos la tenemos. Entonces tenemos verdadera alabanza, quando la recibimos de Vos, quando la luz aprueba la luz, quando Vos alabais que sois verdadera alabanza: pero quando de otro que de Vos queremos ser loados, entonces perdemos vuestra alabanza, porque la de los hombres pasa como humo; y la vuesta es sempiterna; y asi, buscando

noso-

nosotros la alabanza fragil y caduca, perdemos la eterna. Pues si queremos la eterna, no amemos la perecedera. Vos Señor, Dios mio, sois alabanza eterna, del qual como de su fuente se deriva toda la alabanza, y sin el qual no hay alabanza alguna: Yo no puedo alabaros à Vos, Señor, sin Vos; daosme, que sí Vos os me dais, yo os alabaré; porque ¿ qué cosa soy yo de mi cosecha para poderos alabar? Soy polvo y ceniza, soy un perro muerto y hediondo, un gusanillo y un muladar. ? Pues cómo os podré alabar yo á Vos, Señor Dios mio fortisimo, y Espiritu de todos los hombres, que morais en la eternidad? ¿ Pueden por ventura las tinieblas alabar à la luz, ó la muerte à la vida, ó la vanidad á la verdad? Vos sois luz, y yo tinieblas: Vos vida, y yo muerte: Vos verdad, y yo vanidad. ¿ Pues cómo, Señor, os podré yo alabar? ¿ Puede por ventura alabaros mi miseria, y el

mal

mal olor al buen olor ? ¿ y esta naturaleza humana, que hoy es, y mañana dexa de ser ? ¿ y esta balsa de podre, y este gusanillo de la tierra ? ¿ Puedeos alabar el que ha sido concebido, y nacido, y criado en pecados, no siendo agradable la alabanza en la boca del pecador ? Pues ! ó Dios mio, y Señor mio ! ala beos vuestra incomprehensible potencia, vuestra inmensa sabiduria, vuestra inefable bondad, vuestra infinita clemencia, vuestra superabundante misericordia, vuestra sempiterna virtud, y Divinidad: alabeos vuestra fortaleza todo poderosa, y aquella caridad y benignidad que no tiene tasa, por la qual nos criasteis, ó Señor Dios, y vida de mi alma.

CAPITULO XI.

De la esperanza que debemos tener en Dios.

YO vuestra criatura, debaxo de la sombra de vuestras alas esperaré siempre en vuestra bondad con la qual me criasteis. Aydudad á esta vuestra criatura, que criò vuestra benignidad; no perecza por mi malicia, lo que obró vuestra bondad; ni pierda yo, por mi gran miseria, lo que Vos hicisteis por vuestra suma clemencia; porque ¿ que provecho se me seguirá de haberme Vos criado, si Vos me dexais en la corrupcion en que fui concebido, y he vivido? ¿ Criasteis Vos por ventura, Señor, en vano à los hijos de los hombres? Pues me criasteis, regid lo que criasteis, y no menosprecies la obra de vuestras manos. De nada me hicisteis; si Vos no me teneis de vuestra mano, lue-

go

go me volveré en mi nada; porque asi como quando yo no era me sacasteis de la nada, asi ahora que soy, sino me conservais, me volveré en mi nada. Pues favoreced-me, Señor mio, y vida mia, para que no perezca por mi maldad. Si no me hubierades criado, Señor, yo no fuera; porque me criasteis soy: sino me gobernais, luego dexaré de ser; porque no fueron mis merecimientos los que os movieron para que me criaseis, sino vuestra sola bondad, é inmensa clemencia. Aquella misma caridad pues, Dios mio, que os movió à criarme, esa misma os mueva ahora á regirme, y gobernarme; porque ¿ qué me aprovechará que vuestra caridad me haya criado, si yo perezco en mi miseria, y vuestra diestra no me levanta? Esta clemencia vuestra, Señor, y Dios mio, que os forzó à criar lo que no era, os mueva á salvar lo que criasteis, pues no es menor ahora que lo fue entonces; por-

que

que Vos sois la misma caridad, y siempre el mismo: no está abreviada vuestra mano, Señor, para que no podais salvar, ni vuestro oido está tan cerrado, que no oyga; pero ms pecados han hecho division entre Vos, y mí; entre las tinieblas y la luz; entre la imagen de la muerte, y la vida; entre la vanidad, y la verdad; entre esta mi vida breve, y como la luna variable, y la vuestra sempiterna y felicisima.

CAPITULO XII

De los lazos de nuestros apetitos.

ESTas son las sombras y tinieblas en que ando envuelto en este abismo de la tenebrosa carcel de esta vida, en la qual estoy aherrojado y sumido, hasta que venga el dia, y cesen las sombras, y con vuestra virtud se haga la luz. La voz del Señor es fortisima, y poderosí-

rosísima: en diciendo: Hagase la luz, y deshaganse las tinieblas; descúbrase la tierra, y produzca hierba verde, y que tenga semilla, y dé buen fruto de justicia, luego se cumplirá. Señor Dios Padre, y vida por la qual todas las cosas viven, y sin la qual mueren, no me desampareis en los pensamientos malignos, ni permitais que yo cayga en la vana presuncion de mi mismo. Quitad de mí todos los vanos deseos: apartad de mi corazon la desvergüenza, y pocó respeto. Poseedle, para que siempre piense en Vos: alumbrad mis ojos, para que os vean, y no se desvanezcan antes siempre se humillen, y no se levanten, ni presuman de sí; vean lo que está á la diestra, y no à la siniestra, y vuestros párpados vayan delante de mis pasos; porque vuestros párpados examinan á los hijos de los hombres. Quebrantad esta mi concupiscencia con aquella dulzura que escondisteis á los

que

que os temen, para que yo os desee con un deseo sempiterno, y para que no sea engañado con el cebo de la vanidad, ni estragado mi gusto interior, ni tenga lo dulce por amargo, y lo amargo por dulce, las tinieblas por luz, y la luz por tinieblas. Librad mi alma de la infinidad de lazos, que el enemigo ha armado en este mundo para coger las almas de los pecadores, de los quales ninguno puede ser libre sino por Vos: porque todo lo que hay en el mundo (como dice vuestro amado Discípulo) es concupiscencia de carne, ó concupiscencia de ojos, ó soberbia de la vida. He aqui, Señor, que todo el mundo está sembrado de lazos para enlazarme; pues ¿quién se podrá librar de estos lazos, y de tantas ocasiones y peligros? Cierto, que solo aquel á quien Vos quitáredes el engreimiento y levantamiento de sus ojos, para que la concupiscencia de ellos no le engañe; aquel á quien

Vos

Vos libràredes de la concupiscencia de su carne, paraque su apetito no le derribe; aquel á quien Vos desnudáredes del animo desvergonzado y altivo, para que la soberbia de la vida no le engañe. ¡ O qué dichoso es el que recibe esta merced de Vos, y qué seguro pasará! Pues ¡ ò Redentor mio! por Vos mismo os suplico, que me ayudeis, para que yo no cayga delante de mis enemigos, enredado con los lazos que han armado á mis pies. Libradme, Dios mio, para que no se rian de mí vuestros enemigos: levantaos en mi favor, dadme la mano, desbaratadlos y deshacedlos, para que huyan y desaparezcan delante de Vos: derritanse como la cera con el fuego, y yo, escondido y guarnecido en el secreto de vuestro rostro, y harto de todos vuestros bienes, me goze con vuestros hijos. Vos Señor, que sois Padre de los huerfanos, y Madre piadosa de los pequeños, oid los gemidos de vues-

tros

tros hijos, estended las alas, para que debaxo de ellas nos recojamos como los pollitos se amparan debaxo de las alas de la gallina; y pues, el enemigo nunca duerme para impugnarnos, no dormais Vos para defendernos.

CAPITULO XIII.

De la miseria del hombre, y de los beneficios de Dios.

O Luz, no vista de otra luz, y lumbre, no vista de otra lumbre: ó luz, que obcureceis toda otra luz, y claridad delante de la qual toda otra peregrina claridad es tinieblas: luz, que es fuente de toda luz; y lumbre, de la qual se deriva toda otra lumbre: lumbre en cuya comparacion toda otra lumbre es tinieblas, y toda otra luz obscuridad; lumbre, por la qual todas las tinieblas son lumbre, y luz es la obscuridad: luz eterna,

que

que no se pierde con la ceguedad; ni se anubla con la niebla, ni se obscurece con la noche, ni se impide por cosa que se le ponga delante, ni con sombra alguna se disminuye: luz, que alumbra todas las cosas juntas de una vez, y para siempre; escondeme en el abismo de tu claridad, para que vea á tí en tí, y à mí en tí, y todas las cosas debaxo de tí. No me dexeis, para que no crezcan las sombras de mi ignorancia, y se multipliquen mis culpas, porque todas las cosas sin tí me son tinieblas, todas malas; porque no hay cosa buena in el verdadero, y solo, y sumosBien. Yo sé, Señor mio, y lo confieso, que donde quiera que yo esté sin Vos, estoy muy mal, no solamente quando ando derramado fuera de mi, pero tambien quando estoy dentro de mí: porque todo lo que no es mi Dios, es pobreza para mí; pero yo me hartaré quando apareciere vuestra gloria. Vos Señor,

ñor, y vida mia, dadme gracia para que yo os confiese mi miseria. En apartandome de Vos, que sois uno, y sumo, y verdadero Bien, y dexandome llevar de la variedad de estas cosas temporales, y derramandome por los sentidos y gustos de la carne; mi corazon se ha dividido, y de uno se ha repartido en muchas partes, y la abundancia ha sido trabajosa para mi, y la pobreza me ha parecido abundante. De una cosa me iba enredando en otra, y de un gusto en otro gusto; y ninguna cosa me henchía, porque no os hallaba en mí, que sois un bien singular, è indiviso: quando yo busco este bien, no yerro; quando le alcanzo, reposo; quando le poseo, descansa, y está harto mi corazon. ¡O miseria sobre todas las miserias, quando el alma miserable huye de Vos, con el qual está siempre harta, y gozosa; y sigue al mundo con el qual está siempre pobre, y afligida! El mun-

do clama, yo desfallezco: Vos, Señor, clamais, yo recreo; y mi miseria es tan grande, que sigue antes al que desfallece, que al que recrea. Esta es mi enfermedad, ¡ó Medico de las almas! sanadla, para que yo os alabe de todo mi corazon, como â salud entera de mi alma, por todos los beneficios con que desde el vientre de mi madre me habeis criado, y sustentado, y llegado hasta la vejéz. Yo os suplico por Vos mismo, que no me desampareis: Vos me criasteis, quando no era: redimisteismе, quando era perdido: muerto era, y vistiendoos de mi mortalidad, baxasteis à este mundo, y à este siervo vuestro, ó Rey Soberano, y para rescatarme os entregasteis à la muerte, y para que yo viviese, la tomasteis sobre Vos, y matasteis la muerte con vuestra muerte, y me reparasteis con vuestra humildad. Yo era perdido, y vendido, en mis pecados; y Vos para librarme de

ellos

ellos quisisteis ser vendido por mí, y me amasteis con tan grande exceso de amor, que disteis vuestra sangre en precio por mí, y amasteis á mí mas que á Vos, pues os dignasteis morir por mí. Por un camino tan admirable, por un precio tan caro me sacasties de mi destierro, me redimisteis de mi cautiverio, me librasteis de la pena, me llamasteis de vuestro nombre, me señalasteis con vuestra sangre, para que todo esto me fuese un memorial de vuestro amor, y nunca mi corazon se apartase de aquel Señor, que por mí nunca se apartó de la Cruz: ungisteisme con aquel oleo bendito con el qual Vos fuisteis ungido, para que de Christo me llamase Christiano, y escribisteisme en vuestras manos para tener siempre en ellas memoria de mí, si yo siempre la tuviere de Vos. Y asi vuestra gracia y vuestra misericordia siempre me han prevenido; porque muchas veces me habeis

beis librado de muchos, y grandes peligros. Quando erré, y anduve descaminado, me volvisteis al camino; quando no supe, me enseñasteis; quando pequé, me castigasteis; quando estuve triste, me consolasteis; quando desesperé, me animasteis; quando caí, me levantasteis; quando estuve en pie, me tuvisteis; quando anduve, me llevasteis; quando vine à Vos, me recibisteis; quando dormí, me guardasteis; quando clamé, y os llamé, me oisteis.

CAPITULO XIV.

Como Dios continuamente considera las obras, é intencion de los hombres.

ESTos, y otros beneficios me habeis hecho, Señor Dios mio, de los quales querria yo siempre hablar, pensar, y hacer gracias, y alabaros por todas las mercedes que de

de Vos he recibido, y amaros con todo mi corazon, y con toda mi alma, y con toda mi fortaleza, y voluntad, y con todas mis entrañas, y con lo mas intimo de mi corazon, pues sois bienaventurada dulcedumbre de todos los que se gozan en Vos. Mas vuestros ojos ven mi imperfeccion, y baxeza; porque son mas resplandecientes que el Sol, y descubren por todas partes los intentos de los hombres, y el profundo del abismo, y en todo lugar siempre están contemplando à los buenos, y à los malos. Porque como presidís à todas las cosas, morando dentro de ellas, y estais siempre en todo lugar presente, y teneis cuydado de todo lo que criasteis, estais tan atento á lo que yo hago; y asi notais mis pasos, y las sendas que llevo, y de dia y de noche velais sobre mi, como si olvidado del Cielo, y de la tierra, y de todas las criaturas que hay en toda esta máquina tan maravillosa,

tuvie-

tuviesedes solamente cuenta conmigo, y no la tuviesedes de los demás. Porque la luz inconmutable de vuestra vista no crece por mirar á uno solo, ni se disminuye por mirar á cosas inumerables, y diversas: porque así como vuestra vista comprehende perfectamente todas las cosas juntas, asi comprehende cada una de ellas, aunque sea diferente de las otras, con una misma perfeccion, y considera todas las cosas como à cada una, y à cada una como à todas; y esto sin division, ni diminucion, ni mudanza alguna vuestra. De manera, que Vos todo me considerais à mí todo, siempre, y con una sola vista, por todo el discurso del tiempo; pero sin tiempo, con tanta claridad y perfeccion, como si no tuvieseis otra cosa que mirar, y que considerar. Y de tal suerte teneis puestos los ojos en mì, como si estuvieseis olvidado de todas las demàs cosas, y no tuvieseis cuenta con

nin-

ninguna de ellas, sino conmigo solo: Por que siempre estais presente, y siempre os ofreceis aparejado para ayudarme, si à mí me hallais aparejado para dexarme ayudar. Donde quiera que yo voy, nunca, Señor, me dexais, si yo primero no os dexo à Vos: donde quiera que estoy, no os apartais de mí, porque estais en todo lugar, para que donde quiera que vaya os halle, y no perezca sin Vos, pues no puedo tener sér sin Vos. Yo confieso, Señor, que todo lo que hago, y de la manera que lo hago, lo hago delante de Vos; y que todo lo veis mejor que yo mismo que lo hago; porque à todo lo que yo obro, Vos siempre asistis, y estais presente, como el que siempre está mirando todos nuestros pensamientos, intenciones, delectaciones, y obras. Ante Vos, Señor, están siempre todos mis deseos, y todos mis pensamientos. Vos veis de donde viene el espiritu, donde está, y

adon-

adonde vá, porque sois el exâminador de todos los espiritus, y el que los pesa con justo peso; y mejor sabeis que nadie, si es dulce ó amarga la raiz de la qual proceden las hojas, que son hermosas por defuera, y penetrais sutilisimamente el meollo, y lo mas intimo de la misma raiz con la verdad clarisima de vuestra luz; y no solo la intencion, sino la fuente de donde ella nace. Todo lo contais, todo lo mirais, todo lo notais, como justo è intimo Juez, para dar à cada uno su pago, no solo segun las obras que hace, y la intencion con que las hace, mas tambien segun aquel secreto è interior meollo, y substancia escondida de la raiz, de la qual procede la misma intencion del que obra. Vos veis con vuestros ojos, y y ois con vuestros oidos, y considerais los intentos que tengo quando obro; todo lo que pienso, y en que me deleyto, lo notais y escribis en vuestro libro, sea bueno, ó sea malo,

para

para que despues, quando se abrieren los libros, y juzgáreis segun lo que en ellos se halláre escrito, me deis premio por lo bueno, y castigo por lo malo. Y por ventura esto es lo que yá nos dixisteis: Yo consideraré las postrimerías de ellos; y lo que de Vos dice Job: Dios considerará el fin de todas las cosas; porque en todas las cosas que hacemos, mas mirais el fin de nuestra intencion, que la sustancia de la obra que hacemos. Quando Dios mio (terrible, y fuerte) con atencion pienso lo que he dicho, tiemblo por una parte, y por otra me avergüenzo, y confundo; porque veo la grande y precisa necesidad, que tenemos de vivir justa y santamente; pues todo lo que hacemos está patente y descubierto à los ojos del Juez que todo lo ve, todo lo mira, y todo lo considera.

CA-

CAPITULO XV.

Que ninguna cosa puede el hombre por si sin la divina gracia.

FOrtísimo, y todo poderoso Señor, Dios de todos los hombres, cuyos ojos están siempre considerando todas las sendas de los hijos de Adán, desde que nacen hasta que mueren, para dar à cada uno segun su merecido: dadme gracia, para que yo conozca, y confiese delante de Vos mi pobreza; porque yo dixe que era rico, y que no tenia necesidad de ninguna cosa y no entendí que era pobre, ciego, desnudo, misero, y miserable. Creía que era algo, no siendo nada; juzgaba que era sábio, y heme hallado ignorante: pensaba que era prudente, y heme hallado engañado; al fin he conocido, que sin vuestro dón y gracia no podemos hacer nada; y que si Vos

Se-

Senor, no guardais la Ciudad, en valde vela el que la guarda. Vos me habeis enseñado esto para que me conociese, y me dexasteis para probarme, no para que Vos me conocieseis, sino para que me conociese yo: porque en creyendo yo que de mí mismo era algo, y pensando que por mí era suficiente; y no entendiendo que Vos erais el que me teniais de vuestra mano, la apartasteis un poco de mí, y os alexasteis, y luego caí, y ví, y conocí, que Vos erais el que me regiais y teniais, para que no cayese de vuestra mano. El caer fue mio, el levantarme fue vuestro. Abristeisme los ojos, despertasteisme, y alumbrasteisme, para que viese que toda la vida del hombre sobre la tierra es una perpetua tentacion, y que no se puede gloriar la carne delante de Vos, ni ser justificado hombre viviente sin Vos; porque todo lo bueno, sea grande, sea pequeño, todo es dón vuestro,

y

y solo lo malo es nuestro. Pues ¿ donde se puede gloriar el hombre? ¿ Hase de gloriar en el mal ? Esta no seria gloria, sino miseria. ¿ Hase de gloriar del bien ? Pero esto no es suyo, sino ageno. Y asi, Señor como todo lo bueno es vuestro, asi toda la gloria se debe à Vos. Porque el hombre que de vuestro bien busca gloria para sí, y no para Vos, es ladron y semejante al Demonio, que quiso hurtar vuestra gloria. Y el que por vuestro dón quiere ser loado, y busca en el, no vuestra gloria, sino la suya, aunque sea alabado de los hombres por vuestro dón, de vos es vituperado y reprehendido; porque con vuestro dón buscó su gloria, y no la vuestra. Y el que fuere alabado de los hombres, siendo vituperado de Vos, no será defendido de los hombres quando Vos le juzgáreis, ni librado quando Vos le condenáreis. ¡ Ah Señor mio, que en las entrañas de mi Madre me formasteis ! no permitais

que

que yo cayga en aquella maldicion, que quiera usurpar para mí vuestra gloria. Para Vos sea siempre la gloria, pues es vuestro todo lo bueno; y para nosotros sea la confusion, pues todo lo malo es nuestro, si Vos no teneis misericordia de nosotros. Porque Vos, Señor, teneis misericordia de todos, y no aborreceis ninguna cosa de las que hicisteis, y repartis con nosotros de vuestros bienes, y enriqueceis à los pobres con vuestros dones, amais á los pobres, y haceislos ricos con vuestras riquezas: henos aqui, Señor, vuestros hijuelos pobres, y vuestro pequeño rebaño: abridnos las puertas de vuestra dulzura, y comerán los pobres, y hartarse han, y alabaros han los que os buscan. Yo sé, Señor mio, y enseñado de Vos lo confieso, que solos aquellos que conocen de sí que son pobres, y confiesan su pobreza, seran enriquecidos de Vos; y al contrario, los que piensen que

son

son ricos, siendo pobres, se hallarán privados de vuestras riquezas. Y por tanto yo, Señor mio, confieso mi pobreza, y os doy á Vos toda la gloria y alabanza; porque todo lo bueno que yo he hecho, es vuestro. Vos me habeis enseñado, que yo no soy sino todo vanidad y sombra de muerte, y abismo tenebroso, y una tierra yerma y vacía, que no puede fructificar sin vuestra bendicion, ni producir sino confusion, pecado, y muerte. Todo lo bueno que jamás tuve, de Vos lo recibí; todo lo bueno que tengo vuestro es, y lo tengo de vuestra mano. Si he estado firme por Vos lo he estado: quando he caido, por mí he caido, y siempre estuviera caido y metido en el lodo, si Vos no me hubierais levantado. Siempre huviera sido ciego, si Vos no me hubierais alumbrado: y quando caí, nunca me hubiera levantado, si Vos no me hubierais dado la mano: y despues de levantado,

tado, siempre hubiera tornado á caer, si Vos no me hubierais tenido; y muchas veces hubiera perecido, si no me hubierais governado. Y asi, siempre vuestra gracia, Señor, vuestra misericordia me han prevenido y librado de todos los males, salvandome de los pasados, levantandome de los presentes, armandome contra los por venir, cortando los lazos que estaban armados ante mí, y quitandome las ocasiones y causas de pecar, que si Vos no hubierais hecho esto conmigo, yo hubiera cometido todos los pecados del mundo. Porque bien sé, Señor, que no hay pecado que en algun tiempo haya cometido algun hombre, que no le pueda cometer otro hombre, si el Criador que ha hecho al hombre no le tiene de su mano. Pero Vos me disteis vuestro favor para que yo no lo hiciese, y me mandasteis que me guardase de el, y me disteis gracia para que yo os creyese, y

os

os obedeciese; porque Vos me regiais, y me guardabais para Vos y me dabais luz y favor, para que yo no cometiese el adulterio, ni otros graves pecados.

CAPITULO XVI.

De las tentaciones de Satanás.

FAltó el tentador, y Vos hicisteis que faltase: no hubo lugar, ni tiempo, y Vos ordenasteis que no lo hubiese: hubo tentador, y no faltò lugar, ni tiempo, y Vos me tuvisteis, para que no consintiese. Vino el tentador lleno de obscuridad, como siempre lo está; y para que yo le despreciase, Vos me confortasteis: vino armado, y fuerte; y para que no me venciese, Vos le reprimisteis, y á mí me esforzasteis: vino el tentador transfigurado en Angel de luz; y para que no me engañase, Vos le reprehendisteis; y para que yo le conocie-

nociese, me alumbrateis. Porque este tentador es aquel dragón grande, y vermejo; aquella Serpiente antigua, se que llama Diablo, y Satanás; y tiene siete cabezas, y diez cuernos: el qual criasteis, para que se espaciase en este mar difuso y grande, en el qual hay infinidad de animales grandes y pequeños, que son diversos generos de Demonios, que no tienen otra ocupacion de dia y de noche, sino buscar à quien tragar, si Vos no le librais. Este es aquel antiguo dragón, que tuvo principio en el Paraiso de deleytes; el que con su cola atraxo la tercera parte de las estrellas del Cielo, y las echó en la tierra; el que con su veneno inficiona las aguas de la tierra, para que mueran todos los que bebieren de ellas; el que estima el oro como si fuese lodo, y tiene esperanza que se ha de sorber el rio Jordán; y finalmente, el que ha sido criado para no temer à alguno. ¿Quien

nos podrá defender de sus garras? ¿Quién librarnos de su boca, sino Vos, Señor, que habeis quebrantado las cabezas de este grande dragòn? Ayudadnos, Señor, estended sobre nosotros vuestras alas, para que debaxo de ellas nos recojamos; y con vuestro escudo defendednos de los cuernos de este dragón, el qual no tiene otro cuidado, ni otro deseo, sino de tragar las almas que Vos criasteis. Por canto, Señor Dios nuestro, à Vos clamamos, à Vos acudimos; libradnos de un adversario tan continuo, tan pertináz; y porfiado; el qual quando dormimos y quando velamos, quando comemos, y quando bebemos, y quando hacemos qualquiera otra cosa, siempre insta, y nos aprieta de dia y de noche, con engaños y artes, ahora cubierta, ahora descubiertamente, y siempre nos tira saetas envenenadas para matar nuestras almas. Y siendo asi, es tan grande, Señor, nuestra locura

cura, que viendo siempre estar á este dragón con la boca abierta aparejado para tragarnos, con todo eso dormimos, jugamos, y somos perezosos; como si estuviesemos seguros delante de aquel, que en ninguna otra cosa se desvela sino en destruirnos y acabarnos. El enemigo siempre vela para matarnos, y nosotros no queremos despertar de nuestro profundo sueño para guardarnos: él ha armado infinitos lazos para nuestros pies, y en todos nuestros caminos puesto trampas para cogernos; ¿ y quien se escapará ? En las riquezas ha puesto lazos, en la pobreza lazos, en el comer y beber lazos, en el deleyte, en el dormir, y en el velar, en las palabras, y en las obras, y en todo quanto hacemos hay lazos. Libradnos Vos, Señor, de tanta muchedumbre de lazos, y de la palabra aspera, para que por vuestra gracia seamos libres de tantos peligros, y os ala-

bemos, y digamos: Bendito sea el Señor que nos libró de los dientes del dragón; nuestra alma se ha escapado como el paxarillo de la red; el lazo se quebró, y nosotros quedamos libres.

CAPITULO XVII.

Que Dios es luz de los Justos.

VOS, Señor, que sois mi luz, alumbrad mis ojos para que yo vea vuestra lumbre, y ande en ella, y no cayga en los lazos de Satanás: porque ¿ quién podrá escaparse de estos lazos, siendo tantos, si no los vé ? ¿ y quién los podrá ver, sino el que fuere alumbrado de vuestra luz ? Porque este padre de las tinieblas esconde sus lazos secretamente para coger á los que andan en tinieblas, y son hijos de tinieblas porque no ven vuestra luz, la qual los que la siguen no tienen que temer, pues el que

anda

anda de dia no tropieza, como el que anda de noche, porque no tiene luz. Mas Vos, Señor, sois luz y luz de los hijos de la luz; sois dia que no anochece, dia en el qual andan vuestros hijos sin tropiezo, y sin el qual todos los que caminan están en tinieblas, porque no os siguen à Vos que sois luz del Mundo. La experiencia de cada dia nos lo enseña, y vemos, que quanto uno mas se aparta de Vos que sois verdadera luz, tanto mas se envuelve en las tinieblas de los pecados; y quanto mas està poseido de ellas, tanto menos ve los lazos que le están armados, y menos los conoce, y cae mas veces, y es arrebatada de sus pasiones; y lo que es peor, con estar caido no entiende que lo está. Y asi, no conociendo su caida, y pensando que está en pie, tiene menos cuidado de levantarse. Por tanto yo os suplico, Señor, y Dios mio, y luz de mi alma, que alumbreis

Vos

Vos mis ojos para que yo vea, y conozca, y no cayga delante de mis adversarios; porque este nuestro enemigo no procura sino nuestra ruina. Y por eso pedimos que nos deis gracia para resistirle, de tal manera, que se derrita delante de nos, como se derrite la cera con el fuego. Porque, Señor, este es el grande, y primer ladron, que trató de robar vuestra gloria, y hinchado y engreido rebentó sobre su cara, y fue derribado y arrojado de vuestro santo Monte, y de en medio de aquellas piedras preciosas y encendidas de amor, entre las quales habia estado; y despues que cayó, no cesa de perseguir a vuestros hijos; y por el odio y aborrecimiento que os tiene, con grande ansia procura arruinar esta vuestra criatura, que Vos por vuestra bondad criasteis á vuestra imagen, para que posea la gloria que él por su soberbia perdió. Mas Vos Señor que sois nuestra fortaleza,

leza, derribadle, y quebrantadle antes que trague à estos vuestros corderos, y alumbradnos, para que veamos los lazos que nos tiene armados, y libres de ellos lleguemos à Vos, ò alegria de Israél. Todo esto, Señor, sabeis Vos mejor, que conoceis la porfia y rebeldía, y la cerviz durisima de este dragón: no lo digo para manifestaros lo que Vos no sabeis, pues todo lo veis, y no hay pensamiento ninguno tan secreto, que, à vuestros ojos esté escondido; mas digolo, para quexarme de mi enemigo ante los pies de vuestra Magestad; porque à él le condeneis, y guardeis à nosotros vuestros hijos, pues sois nuestra fortaleza. Muy astuto es, Señor, este nuestro enemigo, y engañoso; y no hay ninguno, que sin vuestra luz facilmente pueda entender sus caminos y rodeos, y conocer las varias figuras que toma: porque yá se hace cordero, ya lobo, yá se muestra tenebroso, yá resplandecien-

deciente; y conforme à la calidad y condicion de cada uno, y de los lugares y tiempos, se muda, y tienta con varias suertes de combates y peleas. Para engañar à los que están tristes, finge él que está triste; y para engañar á los que estàn alegres, muestra alegria; para hacer caer à los que son espirituales, se transfigura en Angel de luz; para sojuzgar à los fuertes, parece cordero; y para tragar à los mansos, se muestra lobo; y segun las diversas condiciones de los hombres, asi son diversas las tentaciones que nos pone. A unos espanta con el temor de la noche, á otros traspasa con la saeta que vuela de dia; à otros engaña con el negocio obscuro, á otros aprieta con el asalto que les dá, y á otros con el demonio de mediodia¿ Quien será suficiente para conocer tanta diversidad de astucias y engaños? ? Quien podrá pintar la figura de su vestido, y conocer la armadu-

ra

ra de sus dientes? En la aljaba trae metidas sus saetas, y sus lazos escondidos debaxo de velo de luz; y asi es cosa dificultosa poderle entender, si no tenemos, Señor vuestra luz: porque no solamente en los vicios de la carne, que ligeramente se conocen, nos esconde sutiles lazos; mas tambien en los exercicios espirituales, y con color de virtud viste los mismos vicios para mejor engañarnos. Estas cosas, y otras muchas hace este hijo de Belial, y de Satanás, yá como Leon, yá como Dragón, descubierta y secretamente, de dentro y de fuera, de dia y de noche nos persigue para tragar nuestras almas: Pero Vos, Señor, que salvais á los que esperan en Vos, libradnos para que él se deshaga con nuestro bien, y Vos seais en nosotros alabado.

CA-

CAPITULO XVIII.

De otros beneficios de Dios.

MAS yo, Señor libertador mio, entregado del todo à vuestra poderosa mano, de lo intimo de mi corazon, con esta mi humilde confesion y reconocimiento, os alabaré, y me acordaré siempre de todas las mercedes que me habeis hecho por todo el discurso de mi vida, desde el punto en que nacì. Porque sé que os desagrada mucho la ingratitud, y que es la raiz y fundamento de todos los males espirituales, y un viento cierzo y abrasador de todo lo bueno, que agota la fuente de la divina misericordia, y hace que los males yà muertos resuciten, y las obras vivas mueran, y no sean mas de provecho: por tanto yo, Señor, por no ser desagradecido à Vos mi libertador, os haré gracias por haber-

berme librado. ?Quántas veces me habia yá casi tragado aquel dragón infernal, y Vos me sacasteis de su boca ?¿ Quantas veces pequé, y él estaba pronto para tragarme, y Vos Dios mio le detuvisteis ? Quando yo hacia mal, quando quebrantaba vuestros mandamientos, estaba este dragón aparejado para arrebatarme y llevarme à los Infiernos, y Vos se lo estorvabais. Yo os ofendia, y Vos me defendiais : yo no os temia, y Vos me guardabais : de Vos me apartaba, y entregabame à mi enemigo, y Vos le espantabais para que no me cogiese. Estos beneficios, Señor Dios, me haciais, y yo miserable no los conocia; porque muchas veces me habeis librada de las uñas de Satanás, y de la boca del Leon, y me habeis sacado del Infierno, sin yo saberlo: baxado he hasta las puertas del Infierno, y Vos me tuvisteis para que no entrase en él. Tambien me habeis librado muchas veces de la

muer-

muerte del cuerpo, quando las enfermedades graves me apretaban; y de otros muchos peligros por mar, y por tierra, de fuego, y de cuchillo, estando siempre presente, y salvandome con vuestra misericordia. Porque bien sabiais Vos, Señor, que si en aquel tiempo yo muriera, me fuera derecho al Infierno, y perpetuamente fuera condenado: pero vuestra misericordia me previno, y me libró de la muerte del cuerpo, y de la muerte del alma. Estos, y otros muchos beneficios me hicisteis, y yo era ciego, y no los conocia, hasta que me alumbrasteis. Mas ahora, ¡ó luz de mi alma! Dios, y Señor mio, vida mia por la qual vivo, y lumbre de mis ojos por lo qual veo; ya me habeis alumbrado, yà os cocozco, yá sé que vivo por Vos; yo os hago gracias, aunque viles, y pobres, y desiguales à vuestros beneficios; pero las que mi flaqueza os puede ofrecer. Vos solo sois

mi

mi Dios, y mi benignisimo Criador, que amais nuestras almas, y ninguna cosa aborreceis de las que criasteis. Heme aqui, el mayor de los pecadores que habeis salvado, para que sea exemplo à todos de vuestra inmensa piedad. Yo confesaré, bien mio, mientras que viviere vuestros beneficios, y que me habeis librado de lo mas profundo del Infierno una, dos, y tres, y ciento, y mil veces, y que yo siempre por mis pasos contados me iba al Infierno, y Vos siempre me deteniais; y si hubierais querido con mucha justicia mil veces me pudierais condenar. No quisisteis, porque amasteis las almas, Señor Dios mio, y disimulais los pecados de los hombres, aguardandolos à penitencia. Ahora pues, Señor, veo todo esto, y conozco por vuestra lumbre esta vuestra gracia y misericordia, y considerandola desfallece mi alma, pues la librasteis del Infierno, y la restituisteis la vida.

To-

Todo era muerto, y todo me resucitasteis, para que todo lo que yo viviere sea vuestro, y todo me ofrezca à Vos. Todo mi espiritu, todo mi corazon, todo mi cuerpo, toda mi vida viva à Vos; ó vida mia dulcisima! pues todo me librasteis, para poseerme todo; y todo me reparasteis, para que todo fuese vuestro. Ameos yo pues, Señor, virtud mia; ameos yo, alegria inefable de mi alma, y viva yá no à mí, sino todo à Vos, pues habiendo perecido por mi miseria fui resucitado por vuestra misericordia. Por tanto, Señor Dios, y Santificador mio, mandasteis en vuestra Ley, que yo os amase de todo mi corazon, y de toda mi alma, y con todo mi entendimiento, con toda mi fortaleza, y con todas mis fuerzas, y de lo mas intimo de mis entrañas, en todas las horas y momentos que yo gozo de vuestra misericordia. Porque siempre pereceria, si Vos no me guardaseis:

siem-

siempre moriria, si Vos siempre no me dieseis vida; y asi, cada momento me obligais, porque cada momento me haceis nuevos beneficios. Pues así como no hay hora, ni punto de tiempo en toda mi vida, en el qual yo no reciba algun beneficio vuestro; asi no debe haver momento en el qual yo no os tenga presente en mi memoria, y no os ame con toda mi fortaleza. Pero esto no lo puedo yo hacer, si Vos no me lo dais, cuyo es todo lo bueno y perfecto; y no está en la mano del que quiere, ni del que corre el amaros, si Vos no se lo dais por vuestra misericordia. Vuestro es Señor, este dón, cuyo es todo lo bueno: Vos mandais que os amemos; dadnos lo que nos mandais, y mandadnos lo que quisiereis.

CA-

CAPITULO XIX.

Del fervor de la caridad, ó amor de Dios.

YO os amo, Dios mio, y deseo siempre amaros mas; porque Vos sois mas dulce que la miel, mas suave que la leche, y mas resplandeciente que la luz; y asi, os quiero mas que al oro y que à la plata, y que à todas las piedras preciosas. Todo lo que yo hacia en el siglo me desagradaba, acordandome de la dulzura y hermosura de vuestro Palacio Real. ¡ O fuego que siempre ardes, y nunca te apagas ! ¡ ó amor, que siempre hierves, y nunca te entibias ! enciendeme; sea yo abrasado de tí, para que todo te ame; porque menos te ama el que contigo ama otra cosa, que no ama por tí. Ameos yo, Señor, porque Vos primero me amasteis. ¿ Con qué palabras podré yo declarar las se-

señales del amor entrañable que Vos habeis usado para conmigo, y de los inumerables beneficios con que desde la primera hora de mi vida hasta esta presente me habeis sustentado? Porque no contentandoos de haberme criado à vuestra semejanza, y sacadome de la nada, y haberme levantado sobre las criaturas insensibles, y sobre los que tienen solo sentido, y los brutos animales, y haberme enoblecido con la lumbre de vuestro rostro, y hecho poco menor que los Angeles; cada dia me habeis hecho otros beneficios singulares y maravillosos, sin cesar: y como si yo fuera un hijo vuestro pequeñito y tierno, así me habeis dado los pechos de vuestro consnelo, y criadome y esforzadome con vuestra leche; y paraque yo todo os sirviese, todo lo que habeis hecho lo habeis dedicado à mi servicio.

CAPITULO XX.

Como Dios crió todas las cosas para el servicio del hombre.

TOdas las cosas, Señor, habeis sujetado debaxo de los pies del hombre, para que él estuviese solo, y todo sujeto á Vos; y para que el hombre fuese todo vuestro, le hicisteis Señor de todas vuestras obras: criasteis todas las cosas exteriores para el cuerpo, y el cuerpo para el alma, y el alma para Vos, para que à solo Vos sirviese, à Vos solo amase, de Vos solo gozase, y de las cosas baxas se aprovechase para su servicio; porque todo lo que hay debaxo del Cielo es menos noble que el alma del hombre: Vos la criasteis, para que poseyese el sumo Bien, y con la posesion de él fuese bienaventurada si á este bien se allegáre, hollando todas las necesidades y miserias

de

de estos bienes mudables y caducos, vendrá à ver aquella cara serena de vuestra inmortalidad, la qual ahora vá rastreando por espejos y figuras; mas despues gozará de aquellos bienes eternos en la casa del Señor, en cuya comparacion todas estas cosas visibles son nada. Aquellos bienes son tan grandes, que no los ha visto ojo, ni oreja los ha oido, ni el corazon del hombre puede comprehender lo que Dios tiene aparejado para los que le aman. Estos bienes, Señor, habeis de dar al alma, y con ellos cada dia elegrais las almas de vuestros Siervos, como amador suavisimo de ellas. ¿ Y qué maravilla es, Señor Dios mio, que Vos hagais esto, pues con ello honrais á vuestra imagen, y á aquella vuestra semejanza, á la qual nos criasteis? Porque aun á este nuestro cuerpo, con ser corruptible y vil, le habeis dado que vea la claridad del Cielo, la qual nos reparten el Sol y la Lu-

na, que son vuestros ministros, y nunca se cansan, y de dia y de noche envian su luz para nuestro servicio, porque Vos se lo mandais. Habeisle dado un ayre puro, para que respire, mucha variedad de sonidos, para que oyga; la suavidad de los olores, para que huela; la diferencia de sabores, para que guste; y la corpulencia y bulto de las cosas, para que toque. Habeisle dado las bestias de carga para sus necesidades; las aves del ayre, y los pescados del mar, y los frutos de la tierra para su sustento. Habeis criado muchas cosas medicinales para sus dolencias, y para cada mal le habeis aparejado su particular remedio y consuelo; porque sois misericordioso y benigno, y conoceis la masa de que somos compuestos, y que todos somos como un poco de barro en vuestras manos.

CA-

CAPITULO XXI.

Que de la consideracion de los bienes temporales se entiende la grandeza de los que Dios tiene aparejados para el alma.

ABridme, Señor, abridme vuestra grande misericordia, y alumbradme mas con vuestra luz, para que esta misma misericordia se abra, y se me descubra mas: porque por estas cosas minimas comprehendemos las grandes, y por las visibles subimos à las invisibles, y venimos á entender algo de Vos. Porque, Señor mio, si Vos nos haceis tantos y tan grandes beneficios para sustentar y recrear este nuestro cuerpo vil y corruptible, y el cielo, el ayre, la tierra, y el mar, la luz, y las tinieblas, el calor, y la sombra, el rocío, los vientos, y la lluvia, las aves, y los peces, los animales, y las plantas, las hier-

hierbas, y la variedad de todas las cosas que se crian en la tierra; y en fin, todas vuestras criaturas á sus tiempos sucesivamente nos sirven, y nos regalan; ¿ quán grandes, y quán inumerables seràn aquellos bienes que habeis aparejado á los que os aman, en aquella Celestial Patria donde os veremos cara á cara? Si aqui en esta carcel nos proveeis con tanta abundancia, ¿ qué hareis en ese vuestro Palacio Real? Y si son tantos y tan deleytosos los bienes que comunicais á los buenos y à los malos indiferentemente, ¿ qué tales serán aquellos que para solo los buenos y siervos vuestros habeis guardado? Si son tan varios y casi infinitos los dones que repartis à vuestros amigos y enemigos; ¿ quán grandes, quán inumerables, quán dulces y gustosos serán los que dareis á solos vuestros amigos? Y si en este dia de lágrimas nos consolais tanto, ¿ qué hareis en el dia regocijado de las bo-

bodas? Y si esta carcel está tan llena de deleytes, ¿ quál estará vuestra Patria? No hay ojo que pueda ver, Señor, lo que Vos habeis aparejado à los que os aman, si Vos mismo no se lo descubris y revelais; porque à la medida de vuestra magnificencia es la de vuestra dulzura, y de lo que Vos teneis guardado para los que os temen; porque Vos sois Señor Dios mio, grande é inmenso, y vuestra grandeza no tiene fin, ni vuestra sabiduria numero, ni vuestra benignidad medida, y el galardon y gloria que teneis aparejada para vuestros hijos no se puede explicar, ni comprehender. Mas como Vos sois grande, asi son grandes vuestros dones, porque Vos mismo sois el premio y la corona de todos aquellos Caballeros y Soldados que valerosamente pelean debaxo de vuestra bandera.

CA-

CAPITULO XXII.

Como la divina suavidad templa la amargura de la vida presente.

ESTos son vuestros grandes beneficios, Señor Dios, y Santificador de todos los Santos, con los quales habeis de llevar y hartar la pobreza de vuestros hijos hambrientos; porque Vos sois esperanza de los desesperados, consolacion de los desconsolados, y corona de gloria de todos los que vencen. Vos sois hartura eterna de los que tienen hambre, y consolacion sempiterna, que se da á aquellos solos que por recibirla menosprecian la consolacion de este mundo: porque los que en esta vida tienen su consuelo, son indignos del vuestro; y los que aqui son afligidos, de Vos son consolados; y los que participan de las tribulaciones, participan tambien de las consolociones.

Pues

Pues no es posible tener contento en esta vida y en la otra, ni gozar aqui y allá; mas es necesario que el que quisiere poseer lo uno, pierda lo otro. Considerando yo esto, Señor y consolador mio, no quiero ni deseo consolacion en esta vida, para merecer ser de Vos consolado con consolacion eterna: Porque muy justo es que os pierda á Vos, el que quiere ser consolado en alguna otra cosa mas que en Vos. Por tanto yo os suplíco, Señor, por Vos mismo, que no permitais que en ninguna cosa yo me consuele, sino que todas las cosas me sean amargas, y Vos solo seais dulce para mí que sois dulcedumbre inestimable, por la qual todas las cosas amargas se hacen dulces. Porque esta vuestra dulzura hizo dulces las piedras á Estevan, las parrillas á Lorenzo, y los azotes à vuestros Apostoles, quando iban gozosos, porque eran afrentados, y padecian por vuestro nombre.

An-

Andrés iba seguro, y elegra á la Cruz; porque en ella estaba escondidr vuestra dulzura, la qual de tal manera embriagó à los Principes de los Apostoles, que el uno no temió ser crucificado, y el otro degollado por ella. Por gustar esta dulzura Bartholomé dió su propio pellejo, y Juan con mucha alegria bebió el vaso de ponzoña. Habiendo Pedro gustado esta dulzura, olvidado de todas las cosas, y como tomado del vino, clamó y dixo: Señor, bueno es que nos estemos aqui; hagamos aqui tres Tabernáculos en que habitemos, y aqui os contemplemos, porque no tenemos necesidad de mas: basta, Señor, veros, basta que estemos hartos de vuestra dulzura. Una gota de esta dulzura habia gustado Pedro, y luego le vino en fastidio qualquiera otra dulzura. Qué hubiera dicho, si bubiera bebido de aquella corriente y plenitud de dulzura de vuestra Divinidad, la qual

te-

teneis guardada para los que os temen ? Tambien havia gustado de esta vuestra inefable dulzura aquella Virgen, de la qual leemos que iba con grande alegria y regocijo á la carcel, como si fuera á bodas. Esta misma dulzura pienso yo que habia gustado el que decia : ¡ Quan grande es, Señor, la muchedumbre de vuestra dulzura, que teneis guardada para los que os temen ! Y en otro lugar : Gustad, y ved que el Señor es suave. Esta es aquella bienaventuraeza que esperamos de Vos, Señor, por la qual continuamente peleamos, y cada dia y cada hora nos mortificamos por vuestro amor para vivir en vuestra vida para Vos.

CA-

CAPITULO XXIII.

Que toda la esperanza y deseo de nuestro corazon debe estar en Dios.

MAS Vos, Señor, esperanza de Israél, à quien suspira continuamente nuestro corazon, daos priesa, y no tardeis; levantaos, y venid con pasos apresurados á librarnos de esta carcel, para que alabemos vuestro santo Nombre, y nos gloriemos en vuestra luz. Abrid vuestros oidos á las lagrimas y clamores de estos vuestros hijuelos, que os dicen: Padre nuestro dadnos hoy nuestro pan de cada dia, para que esforzados con este mantenimiento podamos caminar de dia y de noche, hasta que lleguemos á vuestro santo Monte. Yo soy un pequeñuelo, y pobrecito entre los menores de vuestra familia: pues ¿ quando vendré, y me pre-

presentaré delante de vuestra fáz, para que asi como ahora os alabo à tiempos, alli os alabe eternamente? ¡Oh qué bienaventurado seré, si yo fuere admitido à ver vuestra claridad! ¿Quando vendrá aquella hora? ¿Quién me hará esta merced? Yo sé bien, Señor bien lo sé, y lo confieso, que soy indigno de entrar en vuestra casa; mas Vos lo habeis de hacer para ser glorificado en mí, y para no confundir y hacer vana mi esperanza; porque ? quién podrá entrar en vuestro Santuario para contemplar vuestras maravillas, si Vos no le abris? ¿quién le abrirá, si Vos le cerrais, la puerta? Porque si Vos derribais, no hay quien pueda edificar; y si encerrais al hombre, no hay quien le abra: si de tuviereis las aguas, todo se secará; si las soltáreis, todo se anegará; si quereis volver à su nada todo lo que habeis criado, ¿quién os contradirá? Solo vuestra sempiterna bondad y misericordia

es

es la que ha hecho todo lo que Vos habeis querido; Vos nos hicisteis, que sois hacedor de todas las cosas; Vos nos criasteis, pues no nos menosprecieis; tenednos de vuestra mano, pues somos obra vuestra, y un poco de lodo, y unos gusanillos viles, que no podemos entar en esas vuestras moradas eternas, si Vos mismo que de nada nos criasteis no nosllevais.

CAPITULO XXIV.

Que toda nuestra salud nos viene de Dios.

PEro yo, Señor, que soy obra de vuestras manos os alabaré con santo temor, y confesaré que mi esperanza no está en mi arco, ni mi espada es bastante para salvarme, sino sola vuestra diestra y vuestro brazo, y la lumbre de vuestro rostro divino: y si esto no fuese, yo desesperaría; mas Vos sois

mi

mi esperanza, que me criasteis, y no desamparais à los que esperan en Vos; sois suave y paciente, y disponeis todas las cosas con misericordia. Si pecamos somos vuestros, y si no pecamos somos vuestros, porque Vos quereis que lo seamos. Nosotros de nuestra parte no somos sino como la hoja y vanidad, y toda nuestra vida es como un poco de viento. No os enojais, si nosotros probrecitos caemos; pues tambien conoceis la flaqueza de nuestra naturaleza. ¿ Siendo Vos Señor Dios de inestimable fortaleza, quereis mostrar vuestro poder contra una hoja que se la lleva el viento, y perseguis à una paja seca ? ¿ Quereis Vos por ventura Rey eterno de Israél, condenar à un perro muerto, ò á una pulga ? De vuestra misericordia habemos oido, que Vos no haceis la muerte, nios holgais en la perdicion de los que mueren. Pues, Señor, humildemente os suplicamos, no permitais que lo

que

que Vos no hicisteis, señoree y se apodere de esta criatura que Vos hicisteis. Porque si es verdad que Vos os doleis de nuestra perdicion ¿ quien os puede estorvar que no os alegreis siempre de nuestra salvacion? Si Vos quereis me podeis salvar, y yo aunque quiera no puedo sin Vos; porque tengo muchas miserias y flaquezas dentro de mí, y aunque tenga la voluntad no hallo manera para cumplirla. Yo no puedo querer el bien, si Vos no quereis; ni puedo cumplir lo que quiero, si Vos no me confortais; y lo que puedo, algunas veces no lo quiero sino es por vuestra voluntad; y no sé lo que quiero y puedo, si no me alumbra vuestra luz; y aunque lo sepa, lo quiera y pueda, toda mi sabiduria es imperfecta y vana, si no es favorecida de vuestra verdadera sabiduría. Asi que todas las cosas están puestas en vuestra voluntad, y no hay quien la pueda resistir; porque sois Se-

ñor

ñor del universo, y Principe de todos los hijos de Adán, y lo que Vos quereis, luego es hecho en el Cielo, y en la tierra, en el mar, y en todos los abismos. Hagase pues, Señor, en nosotros vuestra voluntad, pues nos habeis dado vuestro conocimiento; y no perezca esta obra de vuestras manos, que Vos criasteis para vuestra honra. ¿ Qué hombre hay nacido de muger, que viva y no vea la muerte, si Vos solo no le librais, que sois vida vital de toda la vida, por la qual todas las cosas viven ?

CAPITULO XXV.

Que la voluntad del hombre no es eficáz para obrar bien sin la divina gracia.

YA he confesado, Señor Dios mio, mi miseria. Algunas veces esperaba yo en mi voluntad, la qual no era virtud; y quando yo

queria correr, y pensaba que era mas fuerte, entonces caía mas, y volví atrás queriendo ir adelante: y huía mas lexos de mí lo que yo pensaba alcanzar. Y con semejantes experiencias me habeis hecho conocer mis pocas fuerzas; mas ahora que me habeis alumbrado, conozco que quanto mas pensé que podia, tanto siempre menos pude. Yo decia, esto haré, aquello acabaré; y no hacia esto ni aquello: algunas veces tenia voluntad, y faltaba la facultad; otras tenia facultad, y faltaba la voluntad, porque confiaba en mis fuerzas. Mas ahora yo confieso, Padre y Señor mio, que no hay hombre que pueda confiar en su fortaleza, ni gloriarse sino vanamente en su brazo: porque no está en la mano del hombre querer lo que puede, ó poder lo que quiere, ó saber lo que quiere y puede; mas todos los pasos é intentos de aquellos hombres que conocen que no se pueden gobernar por si,

y

y que es necesario que sean enderezados por Vos, Vos los guiais y encaminais. Por tanto os suplicamos por las entrañas de vuestra misericordia, que querais salvar los que criasteis; pues si quereis nos podeis salvar, y de vuestra voluntad depende nuestra fortaleza y nuestra salud.

CAPITULO XXVI.

De los antiguos beneficios de Dios.

ACordaos, Señor, de vuestras antigaus misericordias, con las quales desde el principio nos previnisteis con las bendiciones de vuestra dulzura: en el principio de vuestra dulzura me previnisteis, aparejandome los caminos en que anduviese, y llegase à la gloria de vuestra casa: Antes que me formaseis en el vientre de mi madre me conocisteis, y antes que saliese de sus entrañas teneis ordenado de mi

lo qué habeis sido servido. Yo no sé lo que Vos teneis escrito de mi en vuestro libro y en el secreto de vuestro consistorio, y por eso temo mucho; pero Vos lo sabeis, porque lo que yo estoy aguardando por el discurso de los dias y de los tiempos, de aqui á mil años, ya en vuestros ojos y en vuestra eternidad está hecho; y lo que ha de ser yá es hecho delante de Vos. Mas yo que estoy en esta noche obscura y tenebrosa, y no sé lo que ha de ser temo y tiemblo, porque me veo cercado de inumerables peligros, perseguido de muchos enemigos, y agoviado de muchas miserias en esta vida: y sin vuestra ayuda en tantos y tan graves males no me sustentase, yo desesperaria; mas yo tengo grande esperanza en Vos, benignisimo Principe y Dios mio, y la consideracion de vuestras infinitas misericordias me alienta: y las señales y prendas que tengo de lo que habeis hecho conmi-

go

go antes que yo naciese, y ahora haceis, me dan gran confianza de lo que habeis de hacer en adelante y me anima para que aguarde de vuestra benignidad aquellas dádivas perfectisimas y divinas que teneis reservadas para vuestros amigos, para que con ellos, Señor Dios mio, mi alma se alegre y goce en Vos.

CAPITULO XXVII.

De los Angeles diputados para guarda de los hombres.

AMasteisme, ò amor mio eterno, antes que yo os pudiese amar; y con ese dulcisimo amor me criasteis á vuestra semejanza, y me hicisteis señor de todas vuestras criaturas. Esta es gran dignidad, la qual yo conservo quando conozco á Vos, para quien Vos me hicisteis. Y no os habeis contentado con esto, sino que me habeis

dado

dado aquellos soberanos espiritus, para que sean Angeles, y guardas, y defensores mios; y en todos mis caminos me acompañen, para que no tropieze, ni cayga. Estas son las centinelas que velan siempre sobre los muros de esa nueva Jerusalén; son los montes que la cercan las guardas que nos defienden, los Ciudadanos de esa bienaventurada Ciudad nuestra madre, que Vos enviais para bien de aquellos que han de ser herederos de vuestra gloria; para que los acompañen en todos sus caminos, y defiendan de sus enemigos, y los amonesten, y esfuerzen, y ofrezcan sus oraciones delante el acatamiento de vuestra soberana Magestad; con gran cuidado y vigilancia en todos lugares y en todas horas nos asisten y nos socorren y proveen en nuestras necesidades; y son medianeros solicitos entre Vos y nosotros, ofreciendoos nuestros suspiros y gemidos, y alcanzandonos vuestra gracia

cia y bendicion. Andan con nosotros por todos nuestros caminos, entran y salen con nosotros, considerando con grande atencion la piedad y honestidad con que conversamos, y con quanta ansia y deseo buscamos vuestro Reyno y vuestra justicia, y con quanto temor y pavor os servimos, y nos alegramos en Vos. Ayudannos quando trabajamos; defiendennos quando reposamos; animannos qnando peleamos; coronannos quando vencemos; compadencese quando padecemos por Vos, y gozanse quando nos gozamos en Vos. Grande es el cuidado que tienen de nosotros, grande el afecto de su caridad, y todo nace por honrar à aquella vuestra inestimable caridad con que nos amasteis; porque ellos aman à los que Vos amais, y guardan à los que Vos guardais, y desamparan à los que Vos desamparais; aborrecen à los que obran mal, porque Vos los aborreceis. Quando hace-

mos

mos bien, los Angeles se alegran, y los Demonios se entristecen; quando nos apartamos de la bondad, alegramos à nuestro enemigo, y privamos à vuestros Angeles del gozo, porque ellos se gozan quando el pecador hace penitencia; y el Demonio quando el justo vuelve atrás. Pues ¡ò Padre Santisímo! dadnos gracia para que estos Santos Angeles siempre tengan gozo por nos, y Vos por ellos seais siempre alabado en nosotros, y con ellos vengamos á ser una manada y rebaño; y todos juntos os alabemos y glorifiquemos, como à Criador de los Angeles y de los hombres. Quando digo esto, Señor, yo os confieso y alabo por este tan grande beneficio, y por habernos dado los Angeles por guardas y tutores: Pues habiendonos dado para nuestro servicio todo lo que está debaxo del Cielo, (como si fuese poco) habeis añadido lo que está sobre los Cielos. Los mismos Angeles, Señor,

ñor, os bendigan por este vuestro favor, y todas vuestras obras os alaben, y todos vuestros Santos os ensalzen; porque vuestro nombre es admirable en toda la tierra. ? Que cosa es el hombre que asi le engrandeceis, y asi le mirais con tan tierno corazon ? Vos dixisteis que vuestro regalo es estar con los hijos de los hombres; pues ¿ comó es esto, Señor, siendo el hombre un poco de podre, y un gusanillo, y toda vanidad sobre la tierra ? y siende tal, no teneis asco de poner los ojos sobre él, y poneros con él à juicio.

CAPITULO XXVIII.

De la profunda predestinacion, y presiencia de Dios.

O Profunda sabiduria, que criasteis todas las cosas, y pesasteis con vuestro peso divino la grandeza de los montes y collados, y

sus-

sustentais esta gran màquina de la tierra con tres dedos; yo os suplico humildemente, que con estos tres dedos invisibles suspendais la carga de este cuerpo, y me deis luz para que yo vea y conozca quan admirable sois en toda la tierra. Vos sois aquella luz antigua que resplandecisteis en los montes santos de vuestra eternidad ante toda luz: sois luz, à la qual todas las cosas que antes fuesen hechas, estaban desnudas: sois luz limpiisima y purisima, que aborrece toda inmundicia y fealdad. Pues siendo Vos tal, ¿ qué regalo podeis tener con el hombre? ¿ O qué comunicacion puede haver entre la luz y las tinieblas? ¿ Que puede haber en mi, que sea digno santuario de vuestra Magestad, para que entrando en él tengais al algun deleyte? Porque la morada en que Vos habeis de habitar muy limpia ha de ser: pues Vos sois una virtud purisima, que limpiais todas las cosas inmundas,

y

y no podeis ser visto y mucho menos poseido sino de los corazones limpios. Y si esto asi, ¿ qué templo, ò què palacio tan limpio tiene el hombre en sí, para poderos recibir en él ? ¡ O gobernador del mundo ! ¿ quién puede limpiar al que fue concebido en pecado, sino Vos solo que solo sois limpio ? porque lo que es sucio, còmo podrá limpiar. Y segun la ley que disteis à nuestros Padres en el monte que humeaba, y estaba cubierto de una nube obscura, todo lo que tocaba el que estaba inmundo, quedaba inmundo. Pero todos nosotros somos como un paño manchado, y nacemos de una masa sucia y corrompida, y traemos en la frente la mancha de nuestra corrupcion, la qual no podemos encubrir, especialmente à Vos à quien todas las cosas están descubiertas; y asi no podemos ser limpios, si Vos que solo sois limpio no nos limpiais: Vos limpiais à aquellos que esco-

gis-

gisteis para vuestra habitacion, y con el sacratisimo y profundisimo juicio de vuestra incomprehensible sabiduría (oculto à nosotros, pero siempre justo) sin merecimientos suyos los habeis predestinado antes que hicieseis el mundo; y los habeis llamado del mundo, y justificado en el mundo, y los magnificais despues del mundo, y no haceis esto con todos; de lo qual todos los sabios de la tierra quedan pasmados, y fuera y de sí. Y yo, Señor, quando considero esto, tiemblo, y quedo atónito: y conozco que no puedo llegar á comprehender la alteza de vuestra ciencia y sabiduria, y aquel juicio de vuestra justicia con el qual de de un mismo barro haceis algunos vasos para que sean honrados, y otros para ignominia sempiterna. A estos tales que Vos habeis escogido para Vos, y los haceis vuestra morada, los limpiais, y derramais, sobre ellos agua limpia: los nombres, y el numero

mero de ellos Vos solo le sabeis que contais la muchedumbre de las estrellas, y llamais à cada una por su nombre: estos tales están escritos en el libro de la vida, y no, pueden perecer; y todas las cosas hasta los mismos pecados que hacen, finalmente les son de provecho; porque quando caen no son quebrantados, porque Vos poneis debaxo la mano, y guardais todos sus huesos, de manera que uno de ellos no se quebrante. Mas la muerte de los pecadores es malisima; los quales antes que Vos hicieseis el Cielo y la tierra, conocisteis que habian de ser condenados en aquel abismo profundisimo de vuestros juicios (que aunque sean secretos siempre son justos): el numero, y los nombres, y los desmerecimientos de los tales Vos le sabeis, que teneis contadas las arenas del mar, y medida la profundidad del abismo, à los quales habeis dexado en sus inmundicias, y todas las cosas

son

son para su mal, y su misma oracion se les vuelve en pecado; y aun que hayan subido hasta el Cielo, y puesto su nido entre las estrellas, al fin se perderán, y serán como un poco de estiercol menospreciados.

CAPITULO XXIX.

De los que primero fueron justos, y despues pecadores; ò primero pecadores, y despues justos.

GRandes son vuestros juicios, Señor Dios, Juez justo y fuerte, que juzgais siempre con justicia, y cuyos juicios son profundos è incomprehensibles; los quales considerando yo, todos mis huesos se estremecen, porque no hay hombre vivo sobre la tierra que este seguro: y esto para que os sirvamos con temor todos los dias de nuestra vida, y nos alegremos en Vos con temblor; y el servicio que

os

os hacemos vaya siempre acompañado con temor, y nuestro gozo con pavor; y ni el fuerte, ni el flaco se pueden gloriar en sí, sino que todos los hijos de Adàn tiemblan delante de Vos; porque no saben si son dignos de odio ò de amor; y quede esto dudoso y encubierto à nosotros, hasta que se acabe esta nuestra peregrinacion. Much os habemos visto, Señor, y oido decir de nuestros padres (lo qual no puedo referir sin grande espanto y dolor), que habiendo primero subido casi hasta al Cielo, y puesto su nido entre las estrellas, despues cayeron hasta los abismos, y sus almas desmayaron en los males: visto habemos caer las estrellas del Cielo, heridas del impetu de la cola del dragòn; y à los que estaban en el polvo de la tierra subir maravillosamente, ayudados de vuestra mano: visto habemos morir à los vivos, y resucitar à los muertos; y à los que estaban entre

los

los hijos de Dios, y en medio de las piedras preciosas, ser pisados como un poco de lodo, y caer en gran confusion: habemos visto obscurecerse la luz, y salir luz de las tinieblas; y los publicanos y mugeres pecadoras ir delante al Cielo, y los hijos del Reyno ser desechados y condenados à las tinieblas exteriores. ¿Y por qué les sucede esto, Señor, sino por haberse engreido y desvanecido, y subido á aquel monte, al qual primero subió el Angel, y del qual descendiò Demonio? Mas á los que Vos habeis predestinado, à estos habeis llamado, santificado y limpiado, para que sean digno templo de vuestra Magestad, con los quales y en los quales Vos os regalais y deleytais; y los alegrais, y morais con ellos, y los poseeis para que sean vuestro templo, que es grandisima honra y dignidad de nuestra naturaleza humana.

CA-

CAPITULO XXX.

Que el alma fiel es Santuario de Dios.

CRiasteis, Señor, nuestra alma con vuestra palabra, no de vuestra sustancia, ni de alguna materia elemental, sino de nada; y criasteisla racional, intelectual, y espiritual, y que siempre vive, y siempre se mueve, y señalasteisla con la lumbre de vuestro rostro; y consagrasteisla con la virtud de la fuente bautismal, y hicisteisla tan capáz de vuestra Magestad, que solo Vos y no otro alguno la puede henchir y hartar. Quando ella os tiene, está cumplido su deseo, y aca de fuera no tiene que desear: y quando desea alguna cosa exterior, es señal manifiesta que no tiene à Vos interiormente. Porque quando os tiene, no tiene mas que desear; porque siendo Vos su-

mo y todo bien, no tiene que desear mas, pues posee à todo el bien; y si no desea todo el bien, ha de desear otra cosa que no sea todo el bien, y por consiguiente no es sumo bien, ni Dios, sino pura criatura. Y quando desea la criatura, necesariamente ha de padecer una hambre continua; porque aunque alcance lo que desea, queda siempre vacia, porque no hay cosa que la pueda henchir, sino Vos que la criasteis à vuestra imagen y semejanza. Pero Vos henchis à aquellos que no desean cosa alguna fuera de Vos, y los haceis dignos de Vos, Santos, bienaventurados, limpios, y amigos vuestros; porque todas las cosas de esta vida las tienen por un poco de basura, por ganar à solo Vos. Esta es la bienaventuranza, que habeis dado al hombre; esta es la honra con la qual le habeis sublimado entre todas la criaturas, paraque sea admirable vuestro nombre en toda la

tier-

tierra. He aqui, Señor, Dios mio, sumo, inmenso, y todo poderoso, que yo he hallado el lugar en el qual Vos habitais; y este es el alma criada à vuestra imagen y semejanza del hombre que à Vos solo busca, y à Vos solo desea, y no del que no os busca, ni desea.

CAPITULO XXXI.

Cómo no se puede hallar á Dios por los sentidos exteriores ni interiores.

YO como una oveja descarriada he andado perdido buscandoos por defuera, estando Vos dentro de mí; y he trabajado mucho buscandoos fuera de mí, y Vos habitais en mí; pero esto es, si yo os deseo. Rodeado he las calles y plazas de la Ciudad de este mundo buscandoos; y no os hallé, porque buscaba fuera lo que estaba dentro. Envié todos mis sentidos

como criados mios para buscaros; y no os hallé, porque no os buscaba donde estabais. Ahora, ó luz mia, y Dios mio, que me habeis alumbrado, ahora conozco que iba fuera de camino, quando por medio de ellos os buscaba: porque Vos estais dentro, y ellos no sabian por donde Vos habiais entrado. Los ojos dicen, si no tuvo color, no entró por nosotros: los oidos dicen, si no tuvo sonido, no pasò por nosotros: el olfato dice, si no tuvo olor, por mí no pudo entrar: el gusto dice, si no tuvo sabor, no entró por esta puerta: el tacto dice, si no tiene corpulencia y figura corporal, no tienes que me preguntar. Y Vos, Dios mio, ninguna de estas cosas teneis; porque quando yo busco à mi Dios, no busco hermosura de cuerpo, ni lindeza de tiempo, ni resplandor de luz, no color, no melodia de dulces voces, no olores de flores, ni de unguentos, ni de especias arromàticas,

no

no miel, no maná, ni cosas sabrosas al gusto, ò deleytables al tacto, ni otra cosa alguna que esté sujeta à nuestros sentidos: estas cosas, Señor, que hasta los brutos animales las perciben, no caben en Vos. Y con todo eso quando busco à mi Dios, busco una luz; que es sobre todas las luces, y tal que el ojo no la comprehende; busco una voz sobre todas las voces, que no percibe el oido; busco un olor sobre todos los olores, del qual no es capáz el olfato; busco una dulzura sobre todas las dulzuras, que excede todo gusto; y un abrazo sobre todos los abrazos, que el tacto no comprehende. Esta luz resplandece donde no hay lugar; esta voz suena donde no hay ayre que la arrebate; este olor huele donde no hay viento que lo derrame; este sabor consuela y sustenta donde no hay glotonería; este abrazo se toca donde no hay quien le aparte, ni impida. Este es mi Dios, y esto

bus-

busco quando á mi Dios busco; esto amo quando à mi Dios amo. ¡ O qué tarde os he amado, hermosura tan antigua y tan nueva! ¡ ó que tarde os he amado! Vos estabais dentro, y yo fuera; yo en las cosas de fuera os buscaba, y me entregaba à estas cosas hermosas que Vos hicisteis, y entregandome á ellas, me ponia yo feo. Vos estabais conmigo, y yo no estaba con Vos: aquellas mismas cosas me apartaban de Vos, que no pueden tener sér sino en Vos: iba al derredor de todas las cosas buscandoos, y por todas ellas os dexaba. Pregunté à la tierra, ¿ si era mi Dios? y dixome, que no; y todas las cosas que hay en ella dixeron lo mismo. Pregunté al mar, y á los abismos, y à todos los animales que hay en ellos, y respondieronme: No somos tu Dios, búscale sobre nosotros. Pregunté al ayre, y à todas las cosas que moran en él; y confesó, y dixo: No soy yo tu Dios.

Pre-

Pregunté al Cielo, al Sol, á la Luna, y á las estrellas, y tambien me dixeron: No somos tu Dios. Y finalmeuté pregunté à todas las cosas que están fuera de mí, y pedí que me diesen nuevas de mi Dios; y todas á grandes voces dixeron; El nos ha criado. Pasé adelante, y pregunté à esta máquina del mundo; dime, ¿ eres tu mi Dios, ó no? y respondióme con una voz sonora: No soy yo, mas por él soy yo; el que buscas en mí, ese es el que me hizo; búscale sobre mí, que él es el que me rige, y el que me fabricó. Esta pregunta de las criaturas es una profunda consideracion de ellas, y su respuesta es una testificacion que ellas hacen de Dios; porque todas claman, Dios nos hizo. Dios es nuestro Hacedor porque como dice el Apostol, las cosas invisibles de Dios son conocidas del hombre; por medio de las cosas visibles que él crió. Yo volví, y entre en mí, y me dixe á mí

mis-

mismo : ¿ tu quién eres ? y respondime, hombre racional y mortal. Comenzé à exâminar lo que era esto, y dixe : Señor Dios mio ¿ de dónde ha venido este tal animal? ? de dónde tuvo principio sino de Vos que me hicisteis, que yo no me hice ? Pues ¿ quien sois Vos ? Vos sois aquella vida, por la qual yo vivo, y todas las cosas viven. ¿ Quién sois Vos ? Vos, Señor mio, sois Dios verdadero y solo todo poderoso, eterno, incomprehensible, é inmenso, que siempre vivis, y ninguna cosa muere en Vos ; porque sois inmortal, y habitais en la eternidad. Sois maravilloso en los ojos de los Angeles, inenarrable, inescrutable, é inominable : sois Dios vivo y verdadero, terrible y fuerte, sin principio y sin fin, y principio y fin de todas las cosas. Sois antes que fuesen todos los siglos, y ante todos los principios de los siglos sois un Dios Señor de todo lo bueno, que nos criasteis. En Vos es-

tán

tán todas las cosas estables y mudables, y los principios inmudables de las cosas que se mudan, y las razones de todas la cosas racionales é irracionales y temporales, que sempiternamente viven en Vos. Pues decidme, Dios mio decid, Señor, à este humilde siervo vuestro decid, misericordioso, à este miserable, ¿ de dónde tuvo principio este animal sino de Vos ? ¿ Puede por ventura alguno hacerse à sí mismo ? ¿ ó puede tomar de otro que de Vos el sér y el vivir ? ¿ No sois Vos el sumo Sér, del qual porcede todo el sér ? porque todo lo que tiene sér le tiene de Vos sin el qual no hay sino nada ? No sois Vos la fuente de vida, de la qual mana toda vida ? porque todo lo que vive, vive por Vos, y sin Vos no hay cosa que viva. Pues luego, Señor, Vos hicisteis todas las cosas, y asi no tengo que buscar quien me hizo; porque Vos me hicisteis, y sin Vos ninguna cosa se hizo. Vos

sois mi hacedor, y yo obra de vuestras manos: yo os hago gracias, Señor Dios mio, por el qual yo vivo, y todas las cosas viven, porque me hicisteis: yo os hago gracias, formador mio, porque vuestras manos me formaron y amasaron: yo os hago gracias, luz mia, porque me alumbrasteis, y con vuestra luz yo os hallé, y me hallé. Quando me hallé, me conocí, donde os hallé, ahí os conocí, y quando os conocí, entonces me alumbrasteis. Pero ¿qué es lo que yo digo, que os conocí? ¿No sois Vos Señor Dios incomprehensible inmenso, Rey de los Reyes, y Señor de los Señores, que solo sois inmortal, y morais en una luz tan inaccesible, que ningun hombre la ha visto, ni la puede ver? ¿No sois Vos Dios escondido y de tan grande magestad, que no se puede escudriñar? Vos solo perfectamente os conoceis, y sois admirable contemplador de Vos mismo: pues

¿quien

¿ quién conoció lo que nunca vió? Vos mismo dixisteis en vuestra infalible verdad : No me verá hombre que viva; y vuestro Evangelista tambien dixo : Que ninguno jamás vió à Dios ; y vuestra misma verdad tambien dixo : Ninguno conoció al Hijo sino el Padre , ni al Padre sino el Hijo. Sola vuestra Santa Trinidad , que trasciende todo sentido , perfectamente se conoce à sí misma. Pues ¿ por qué yo hombre vano , y semejante á la vanidad , dixe que os habia conocido? Porque ¿ quién hay que os conozca à Vos, sino solo Vos ? porque Vos en las santisimas y divinisimas Letras sois llamado Dios todo poderoso , sobre todo loor y sobre todo gloria sobreensalzado , y altisimo sobre toda excelencia , y sobre toda esencia inteligible , intelectual y sensible sobre todo lo que hay en el Cielo y en la tierra , y esto de una manera incomprehensible é inenarrable. Porque con vuestra Divi-

nidad

nidad oculta y sobreesencial, y sobre toda razon, entendimiento, y esencia habitais en Vos mismo, como una luz inaccesible, y una lumbre incomprehensible é inefable, à la qual ninguna lumbre puede llegar. Porque ni se puede contemplar esta luz, ni ver, ni entender, ni comprehender, ni llegarse à ella, ni mudarse, ni comunicarse; sino que sobrepuja la mas aguda vista, no solamente de los hombres, sino tambien de todos los Angeles. Este es vuestro Cielo, Señor; es Cielo que encubre vuestros secretos, Cielo sobreinteligible è inconmutable, y lumbre sobreesencial, del qual se dice, el Cielo del Cielo al Señor: Cielo del Cielo, en cuya comparacion todo el Cielo es tierra, porque admirablemente está levantado sobre todo el Cielo, y el mismo Cielo Empireo es tierra, y es Cielo del Cielo al Señor, porque él solo le conoce, al qual Cielo ninguno sube, sino el que desciende del

Cie-

Cielo, porque ninguno conoce al Padre sino el Hijo, y el Espiritu Santo que procede de ambos; y ninguno conoce al Hijo, sino el Padre y el Espiritu Santo. Vos sola, ó Santa Trinidad, os conoceis, que sois Trinidad Santa, admirable, totalmente inefable, invisible, incomprehensible, ininteligible y sobreesencial, y excedeis todo sentido y razon, y entendimiento, è inteligencia, y esencia de los Espiritus celestiales: la qual no es posible conocerse, decirse, ni pensarse aun de los mismos Angeles. Pues ¿ como, Señor altisimo sobre todo el Cielo, os conoci yo, à quien ni los Cherubines, ni los Serafines pueden perfectamente conocer? Antes con las alas de su contemplacion cubren el rostro del que está sentado sobre el Trono excelso, y levantado; y ellos claman, y con voz de profundisima humildad y alabanza, dicen; Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los Exercitos;

tos; llena está la tierra de su gloria. Asombróse el Profeta, y dixo ¡Ay de mí que callé! porque soy varon que tiene los labios sucios: mi corazon se pasmò, y dixo: ¡Ay de mi que no callé! porque soy hombre que tengo sucios los labios, y dixe que os conocí; mas, Señor ay de aquellos que callan de Vos, porque sin Vos los que hablan son mudos: y yo, Señor Dios mio, no callaré, porque me habeis hecho, y me habeis alumbrado, y yo me he hallado, y os he conocido. Pero ¿cómo os he conocido? he conocido à Vos en Vos: no os he conocido de la manera que Vos os conoceis, ni sois en Vos: mas he os conocido de la manera qn sois para mí, y esto no sin Vos, sino en Vos; porque Vos sois la luz que me habeis alumbrado. Porque en la manera que Vos sois, Vos solo os conoceis; pero de la manera que Vos me comunicais vuestra gracia, de esa os puedo yo conocer. Mas

¿que

¿ que sois Vos para mí ? decidmelo, Señor, mio, y misericordia mía, decid à este vuestro siervo, qué cosa sois para mí: decid à mi alma: Yo soy tu salud. No escondais de mí vuestro rostro, porque si le escondeis me moriré. Y aunque yo sea un poco de polvo y ceniza, dadme licencia para que yo hable delante de vuestra misericordia, pues es tan grande para conmigo. Yo hablaré à mi Dios, con ser polvo y ceniza. Decidme, bien mio, decid à este miserable por vuestra gran piedad, ¿ qué sois para mí ? Vos con un trueno espantoso y sonoro penetrais el interior oido de mi corazon, y rompisteis mi sordedad, y yo oí vuestra voz, y ví vuestra luz, y conocí que Vos sois mi Dios, y por esto dixe que os conocí, porque conocí que erais mi Dios: conocíos Dios solo y verdadero, y à Jesu-Christo que enviasteis à este mundo por mí. Tiempo fue quando no os conocí, ¡ ó desventurado

tiem-

tiempo, y triste aquella ceguedad quando no os veía, ni os conocia! ¡ O miserable sordéz, quando no oía vuestras voces! Ciego y sordo era yo, y me derramaba por todas estas criaturas hermosas que Vos criasteis, y Vos estabais conmigo, y yo no estaba con Vos: y aquellas mismas cosas me apartaban de Vos, que no tenian otro sér, sino el que tienen en Vos. Alumbrasteisme Vos, luz del mundo, y yo os ví; y os amé: porque ninguno os ama, sino el que os vé; y ninguno os vé, sino el que os ama. Tarde os amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde os amé. ¡ O desdichado, tiempo, en que yo estaba lexos de este amor!

CAPITULO XXXII.

Confesion de la verdadera Fé.

GRacias os hago, luz mia, porque me alumbrasteis, y yo os

os conocí conocíos Criador del Cielo, y de todas las cosas visibles é invisibles, Dios verdadero, todo poderoso, inmortal, invisible, interminable, eterno, inaccesible, incomprehensible, inconmutable, inmenso, infinito principio de todas las criaturas visibles é invisibles; por el qual todas las cosas son hechas, y todos los elementos perseveran en su sér, cuya Magestad asi como nunca tuvo principio, asi jamás tendrá fin. He conocido á Vos un solo Dios verdadero, Padre Eterno, y Hijo Unigenito, y Espiritu Santo, tres Personas, y una Esencia, y una simplicisima é indivisible Naturaleza: en la qual el Padre no procede de ninguno, y el Hijo de solo el Padre, y el Espiritu Santo juntamente procede del Padre, y del Hijo: sin principio siempre, y sin fin un Dios Trino, y uno solo, y verdadero Dios, Omnipotente, un principio y Criador de todas las cosas visibles

é invisibles, espirituales y temporales, que con vuestra omnipotente virtud en el principio del tiempo criasteis de nada; la una y la otra criatura, la espiritual y la corporal, la angelica y la mundana, y despues la humana como compuesta de cuerpo y de espiritu. Conocíos, y confieso, que sois Dios Padre, no engendrado; y Vos Hijo que sois engendrado del Padre, y Vos Espiritu Santo, que no sois ni engendrado como el Hijo, ni no engendrado como el Padre, y que sois una santa é individua Trinidad en tres Personas, en todo iguales, consubstanciales, y coeternas, Trinidad en unidad, y unidad en Trinidad; y con el corazon creo esto para ser justificado, y con la boca lo confieso para ser salvo. Conocidoos he por verdadero Dios, y Señor nuestro à Vos Jesu-Christo Unigenito Hijo de Dios, Criador, Salvador, y Redentor mio, y de todo el linage humano, y confie-

so que fuisteis engendrado del Padre ante todos los siglos, Dios de Dios, lumbre de lumbre, Dios verdadero de Dios verdadero, no hecho, sino engendrado, consubstancial, y coeterno al Padre, y al Espiritu Santo; por el qual al principio todas las cosas fueron hechas: y firmemente creo, y verdaderamente confieso, que Vos Dios y Unigenito del Padre Jesu-Christo tomasteis carne por virtud de toda la santa Trinidad para salud del hombre, y que por obra del Espiritu Santo fuisteis concebido en las Entrañas purisimas de la siempre Virgen Maria nuestra Señora, y que os hicisteis verdadero hombre, tomando alma racional, y cuerpo mortal. Y siendo segun la Divinidad Unigenito Hijo de Dios impasible é inmortal, por vuestra ardentisima caridad, con la qual nos amasteis, Vos mismo Hijo de Dios os hicisteis pasible y mortal segun la humanidad. Y por la sa-

lud del linage humano os habeis dignado padecer Muerte y Pasion, para librarnos á nosotros de la muerte perpetua: y siendo Autor y fuente de toda luz, descendisteis á la obscuridad de los Infiernos, adonde nuestros Padres estaban en tinieblas, y al tercer dia resucitasteis glorioso y victorioso, y tornasteis à tomar aquel sagrado cuerpo que por nuestros pecados habia estado muerto en el sepulcro, y lo vivificasteis, como lo habian profetizado las sagradas Escrituras, y le colocasteis á la diestra del Padre. Porque habiendo librado del Limbo á aquellos santos Padres, que tenia cautivos el antiguo y cruel enemigo del genero humano, Vos verdadero Hijo de Dios con la substancia de nuestra carne, y con el alma y carne humana que tomasteis de la gloriosa Virgen, subisteis sobre todos los Cielos y sobre todos los Coros de los Angeles, y ahí estais sentado

a la

á la diestra del Padre donde está la fuente de la vida, y la lumbre inaccesible, y aquella paz de Dios que trasciende todo sentido. Ahi os adoramos y creemos que sois verdadero Dios y verdadero hombre, y confesamos que Dios es vuestro Padre, y que en el fin de los siglos hebeis de venir à juzgar los vivos y los muertos, y dar à todos buenos y malos su pago, segun el merecimiento de las obras que hubiere hecho cada uno en esta vida, y el premio, ò castigo, el descanso, ó el tormento de que fuere digno. Porque en aquel dia por la voz de vuestra virtud resucitarán todos los hombres en el cuerpo que aqui tuvieron, para que todo el hombre conforme á sus obras reciba pena, ó gloria: Vos sois la misma vida, y nuestra resurreccion: á Vos esperamos como à Salvador nuestro, para que reformeis este uuestro cuerpo abatido y vil, y le conformeis y hagais semejante à vuestro

cuer-

cuerpo glorioso : yo os he conocido, Dios Santo, Espiritu del Padre, y del Hijo, que procedeis de ambos como de un principio consubstancial y coeterno al Padre, y al Hijo, Consolador y Abogado nuestro, que baxasteis en forma de Paloma sobre el mismo Dios y Señor nuestro Jesu-Christo, y aparecisteis sóbre los Apostoles en lenguas de fuego; y habeis enseñado desde el principio por el dón de vuestra gracia à todos los Santos y amigos de Dios, y abristeis las bocas de los Profetas, para que predicasen las maravillas de vuestro Reyno : y juntamente con el Padre, y con el Hijo sois adorado, y glorificado de todos los Santos. Entre los quales, yo el menor de vuestros siervos de todo mi corazon os alabo, y glorifico vuestro nombre porque me habeis alumbrado. Vos sois verdadera luz y verdadera lumbre, fuego de Dios, y maestro de todos los espíritus. Vos con la uncion

cion de vuestra gracia nos enseñais toda verdad, sin la qual es imposible agradar á Dios. Porque Vos mismo procedeis Dios de Dios, y luz de luz, del Padre de las lumbres y de su Hijo nuestro Señor Jesu-Christo por un modo inefable, y sois consubstancial, è igual, y coeterno al Padre y al Hijo, y glorificado reynais con ellos en la Esencia de una Trinidad. Conozcoos un Dios vivo y verdadero, Padre, Hijo, y Espiritu Santo, Trino en las Personas, y uno en la Esencia: y de todo mi corazon os adoro, glorifico, y confieso, que sois verdadero Dios, solo, santo, inmortal, invisible, inconmutable, inaccesible, è incomprehensible: una lumbre, un Sol, un pan, una vide, una bondad, un principio, un fin, un Criador del Cielo y de la tierra: por el qual todas las cosas viven y se conservan, y son gobernadas enderezadas, y vivificadas; asi las que están en el Cielo, como las que

están.

están en la tierra, y debaxo de la tierra; porque fuera de Vos no hay Dios en el Cielo, ni en la tierra. De esta manera, Señor Dios mio, os he conocido: de esta manera os he conocido, conocedor mio. He-os conocido por la Fé que habeis infundido en mi alma, porque sois la lumbre de mis ojos, la alegria de mi juventud, y el bien que sustenta mi vejéz; y todos mis huesos se rogocijan en Vos, y con gran gozo dicen: Señor ¿ quién es semejante à Vos? ¿ quién es semejante à Vos entre los Dioses, Señor? Las manos de los hombres no os hicieron à Vos, sino Vos hicisteis las manos de los hombres. Los Dioses de las gentes son de plata y de oro, y obras hechas por manos de los hombres: pero Vos, hacedor de los hombres, no sois tal. Todos los Dioses de las gentes son Demonios, pero el Señor hizo los Cielos, y él es el verdadero Dios. Los Dioses que no hicieron el Cielo y la tierra

perez-

perezcan del Cielo y de la tierra; mas aquel Dios que crió el Cielo y la tierra, los Cielos y la tierra le bendigan y alaben. Amen.

CAPITULO XXXIII.

Confesion de la propria vileza.

¿QUién hay, Señor, entre los Dioses, que sea semejante à Vos, que sois mangnifico en la santidad, terrible y digno de alabanza, y obrador de grandes maravillas? Tarde os conocí, lumbre verdadera, tarde os conocí: porque tenia delante de los ojos de mi vanidad una gran nube obscura y tenebrosa, que no me dexaba ver el Sol de Justicia, y la lumbre de la verdad. Como hijo de tinieblas estaba envuelto en tinieblas, y amaba mis tinieblas, porque no conocia la luz: era ciego, y amaba mi ceguedad, y de unas tinieblas caía en otras: ¿ quién me libró

de

de ellas, quando yo como hombre ciego estaba sentado en las tinieblas y en la sombra de la muerte? quien me tomó de la mano para levantarme? ¿quien fue este alumbrador mio? Yo no le buscaba, y él me buscó: yo no le llamaba, y él me llamó: ¿quién es este? Vos sois, Señor Dios mio misericordioso, y padre de las misericordias, y Dios de toda consolacion: Vos fuisteis, Señor,, y por ello os hago gracias de todo mi corazon; yo no os buscaba, y Vos me buscasteis; yo no os llamaba, y Vos me llamasteis; y con vuestra voz sonora penetrasteis el oido interior de mi corazon y dixisteis: Sea hecha la luz, y luego fue hecha la luz; y con esta luz aquella nube grande y tenebrosa que cubria mis ojos desaporeció; y yo ví la luz, y conocí vuestra voz, y dixe: Verdaderamente, Señor, que Vos sois mi mi Dios, y me habeis sacado de las tinieblas y de la sombra de muerte, y llamado-

me

me à vuestra admirable lumbre. Yá veo, yo os hago gracias, alumbrador mio. Volví luego los ojos à ver aquellas tinieblas, y aquel espantoso abismo en el qual estaba sumergido, y comencé à temblar y à espeluzarseme los cabellos, y dixe: ¿ Es posible que yo estaba en esta tenebrosa profundidad ? ¡ O tinieblas tristes, ó ceguedad desventurada ! con la que no podia yo ver la lumbre del Cielo. ¡ Ay de mi ignorancia pasada, quando, Señor, no os conocia ! Yo os hago gracias, alumbrador y libertador mio, porque me alumbrasteis, y yo os conocí. Tarde os conocí, verdad antigua; verdad eterna, tarde os conocí. Vos estabais en la luz, y yo en las tinieblas, y no os conocia; porque no podia ser alumbrado sin Vos, ni hay luz alguna fuera de Vos.

CA-

CAPITULO XXXIV.

Consideracion de la Divina Magestad.

O Santo de los Santos, y Dios de inestimable magestad, Dios de los Dioses, y Señor de los Señores, admirable, inenarrable incomprehensible; del qual tiemblan en el Cielo las Angelicas Potestades, al qual adoran todas las Dominaciones y Principados, y delante cuyo acatamiento se encogen todas las virtudes y soberanos Espiritus. Vuestra potencia y sabiduría no tiene numero; Vos habeis fundado el mundo sobre la nada, y habeis suspendido las aguas en el ayre, y todos los elementos están sujetos à vuestra voluntad, y el Cielo y la tierra huyen delante de Vos, y todas las criaturas os adoran y glorifican. Yo siervo vuestro, y hijo de vuestra sierva, pon-

go

go la cerviz de mi corazon debaxo de los pies de vuestra Magestad, y os hago gracias, porque os habeis dignado alumbrarme por vuestra gran misericordia. Vos sois lumbre verdadera, lumbre santa, lumbre deleytable, lumbre admirable, lumbre digna de toda alabanza, que alumbrais á todo hombre que viene à este mundo, y tambien à los Angeles. Yá veo, yo os hago gracias por ello, yá veo la lumbre del Cielo, yá hiere el rayo de vuestra luz los ojos de mi alma, y alegra todos mis huesos. ¡ O si esta vislumbre, y este rayo que veo fuese perfecto en mí! Aumentad Vos, Señor, que sois Autor de la luz, aumentad (yo os suplico) lo que habeis comenzado, y dilatese y estiendase en mí esta luz. ¿ Qué es esto que siento ? ¿ qué fuego es este que abrasa mi corazon ? ¿ qué luz es esta que ilustra mi alma ? ¡ O fuego que siempre ardes, y nunca te apagas! encien-

de-

deme: ¡ O luz que siempre luces, y nunca te obscureces! alumbrame: ¡ ó si yo pudiese arder en tí ! ¡ ó fuego santo, que dulcemente ardes que secretamente luces, que deseadamente quemas ! Ay de los que no se encienden con tu fuego; ay de los que no son alumbrados por tí. ¡ O lumbre verdadera, que alumbras à todo el mundo ! ¡ ó luz que hinches el mundo ! ¡ ay de los ojos ciegos que no te ven, ay de los ojos lagañosos que no te pueden ver, ay de los ojos que se apartan de la luz por no ver la verdad, ay de los que no se apartan de las tinieblas por ver la vanidad. Las tinieblas ven, las tinieblas aman, las tinieblas tienen por buenas, y de unas tinieblas caen en otras, y no saben donde caen. Tristes y desventurados los que no saben lo que pierden, y mas desventurados los que lo saben, y con los ojos abiertos caen, y vivos descienden al Infierno. ¡ O luz beatisima, que no pue-

puede ser vista sino con limpios ojos ! bieneventurados los limpios de corazon porque ellos verán á Dios. Limpiadme , Señor , sanad mis ojos para que yo os contemple; pues que ninguno sino es con ojos sanos os puede ver. Quitad de mis ojos las escamas , y alumbrad con el rayo de vuestra luz mi envejecida obscuridad , para que puede con una vista fixa y firme ver la luz en vuestra luz; yo os hago gracias luz mia, porque ya veo acrecentarse por Vos esta mi vista , abrid mis ojos para que yo considere las maravillas de vuestra luz, pues sois maravilloso en vuestros Santos. Yo os hago gracias , luz mía , porque me alumbrasteis , y veo yá ; pero mi vista es por espejo y en figura; ¿ quândo os veré cara à cara? ¿ quándo vendrá aquel dia alegre y regocijado para mí ? ¿ quándo entraré. en ese vuestro Palacio Real para ver cara à cara al que me ve , y quede harto mi deseo?

CA-

CAPITULO XXXV.

Del deseo y sed que tiene el alma de Dios.

A La manera que el ciervo sediento desea las fuentes de las aguas, asi mi alma desea venir à Vos, Dios mio: mi alma ha tenido sed de Vos, fuente viva; ¿ quando vendré, y quándo se cumplirá este mi deseo? ¡ O fuente de vida, ó vena de aguas vivas! ¿ quándo me hartaré de vuestra dulzura? ¿ quándo dexaré esta tierra desierta, yerma y seca, y pareceré delante de Vos, y apagaré mi sed con las aguas de vuestra misericordia? Yo tengo sed, ó fuente de vida, hartadme: sed tengo, y sed de Vos, Dios vivo: oh! ¿ quando vendré y pareceré delante de vuestro rostro? ¿ Es posible que yo tengo de ver aquel dia de gozo y alegria? O dia maravilloso y hermoso, que no

sabes

sabes que es tarde ni noche: dia en el qual yo oiré aquella suavisima voz: Entra en el gozo de tu Señor: entra en el gozo sempiterno: entra en la casa de tu Dios, adonde hay cosas grandes è inmensas: entra en un gozo sin tristeza, y lleno de eterna alegria, en el qual se halla todo el bien, y del qual está desterrado todo el mal. Donde està todo lo que quisieres, y no habrá cosa que no quieras; adonde hay una vida vital, dulce, amable, y digna de tenerse siempre en la memoria: donde no habrá enemigo que haga guerra, ni blandura de la carne que fatigue, sino una suma y cierta seguridad, y segura tranquilidad, tranquila suavidad, y suave felicidad, y feliz eternidad, y eterna bienaventuranza, y bienaventurada Trinidad, y unidad de la Trinidad, y Deidad de la unidad, y una beata vision de la Deidad, en que consiste este gozo. ¡O gozo sobre todo gozo! gozo que vence

todo gozo, sin el qual no hay gozo alguno, ¿ quándo entraré en tí, para que yo vea á mi Dios que habita en tí ? ¿ qué cosa es la que me detiene ? ¡ Ay de mi ! que esta mi peregrinacion se me ha alargado, ¿ hasta quándo tengo de oir : Adònde está tu Dios ? ¿ hasta quándo tengo de oir : Aguarda espera, y torna à aguardar: quien es mi esperanza, Señor, sino Vos ? à quien esperamos para que reformeis este cuerpo abatido y vil, y le conformeis con vuestro cuerpo glorioso. Aguardamos al Señor quando volverá de las bodas, para que nos lleve à sus bodas. Venid, Señor, y no tardeis; venid à visitarnos en paz, venid à sacar de la carcel à los encarcelados, para que nos alegremos en Vos con perfecto corazon, venid Salvador nuestro; venid deseado de todas las gentes, mostradnos vuestra fáz, y seremos salvos. Venid luz mia, y Redentor mio, sacad de la carcel à mi alma

para

para que os alabe. ¿ Hasta quàndo tengo de estar sumido debaxo de las ondas de esta vida mortal, clamando à Vos, Señor, sin ser oido? Oidme, Señor, que clamo á Vos de este mar espacioso y turbulento, y llevadme al puerto de la felicidad eterna. ¡ O bienaventurados los que yá han salido del peligro de esta navegacion, y han merecido llegar à Vos, Dios mio, y puerto segurisimo! ¡ó felices los que yá han salido del mar à la tierra de los vivientes, del destierro á la Patria, de la carcel al Palacio; y gozan yà de la deseada quietud, y han alcanzado el palio y premio de la gloria perpetua, que en esta vida por tantas tribulaciones buscaron! ¡ dichosos los que libres yá de todos los males, gozan con seguridad de la gloria y Reyno de vuestra hermosura! ¡ O Reyno eterno! Reyno de todos los siglos, donde hay lumbre que nunca se acaba, y paz que excede todo sentido, y las almas de

los Santos reposan y tienen entero gozo, y del qual huye el dolor y el gemido. ! O qué glorioso es aquel Reyno, Señor, en el qual con Vos reynan todos los Santos, y resplandecen como el Sol, y son coronados de piedras preciosas! ¡ O Reyno de bienaventuranza sempiterna! adonde Vos, Señor, sois la esperanza de los Santos, y la diadema de su gloria. En este Reyno hay gozo infinito, alegria sin tristeza, salud sin dolor, camino sin trabajo, luz sin tinieblas, vida sin muerte, todo bien sin ningun mal: aqui la juventud no envejece, la vida no tiene fin, la hermosura nunca se marchita, el amor nunca se entibia, la sanidad nunca adolece, el gozo nunca se disminuye: aqui nunca se siente dolor, ni se oye gemido, ni se ve cosa triste, ni se teme cosa mala; porque en él se posee el sumo Bien, y esto es ver siempre el rostro del Señor. ¡ Bienaventurados los que merecieron salir de las tormen-

mentas y naufragios de esta vida, y llegaron yá al puerto de tan grande bienaventuranza! mas nosotros somos infelices y miserables, que todavia navegamos con tan grandes peligros y tempestades, y no sabemos si llegaremos al puerto. Infelices digo que somos, porque nuestra vida es destierro, nuestro camino peligroso, el paradero dudoso, pues no sabemos el fin que tendremos; porque lo que ha de ser de nosotros solo el Señor lo sabe. Todavia somos combatidos de las ondas y de los vientos, y miramos al puerto, y suspiramos por él. ¡ O Patria nuestra! Patria segura, qué lexos estamos de tí, y desde este mar te saludamos, desde este valle de lagrimas suspiramos por tí, y remando y con trabajo procuramos llegar à tí. Mas Vos esperanza nuestra, Christo Jesus, que sois Dios de Dios, y nuestro refugio y nuestra virtud, y como estrella y norte os mostrais en este

mar

mar tempestuoso y obscuro, regid Señor con vuestra diestra esta nuestra nave con el timon de vuestra Cruz, para que no perezcamos en las ondas, ni nos trague el mar, ni nos hunda la tempestad. Sacadnos, Señor, de este pielago por virtud de vuestra Cruz, y consoladnos, pues sois unico consolador. De acá lexos miramos à Vos como estrella de la mañana y Sol de Justicia, y volvemos los ojos llorosos à Vos: y como vuestros redimidos, aunque al presente desterrados, clamamos y pedimos que nos libreis. Oidnos, Señor, porque nosotros estamos en este mar turbado, y Vos desde la ribera estais mirando nuestros peligros. Pues salvadnos por vuestro santo Nombre; dadnos gracia para que de tal manera pasemos entre Scila y Caribdis, que con la nave y la mercaduría salva lleguemos al puerto deseado.

CA-

CAPITULO XXXVI.

Trátase de la gl oria celestial.

¿QUándo llegarémos á Vos fuente de sabiduría, y lumbre que nunca se acaba; de manera que os veamos, no por figuras, sino cara à cara? Entonces se entregará, y se saciará nuestro deseo en todos los bienes; porque no habrá mas que desear acá de fuera, teniendoos à Vos que sois sumo Bien y premio de los bienaventurados, y corona y alegria sempiterna sobre sus cabezas, y el que los pacifica y les dá descanso dentro y fuera, con áquella paz que sobrepuja todo sentido. Ahí veremos, amarémos, y alabarémos: veremos en vuestra lumbre vuestra lumbre; ¿y qué lumbre veremos? Una lumbre inmensa, incorporea, incorruptible, incomprehensible, que nunca se apaga, inaccesible, increa-

creada, verdadera, Divina, que alumbra los ojos de los Angeles, y alegra y conserva en su vigor à todos los Santos, y es lumbre de todas las lumbres, y fuente de vida que sois Vos, mi Dios. Porque Vos sois aquella lumbre en cuya luz vemos la luz, y á Vos en Vos; y con el resplandor de vuestro rostro os veremos cara à cara. ¿ Qué quiere decir veros cara à cara, sino lo que dice el Apostol: Conocer vuestra verdad y gloria, asi como de ella somos conocidos? Conocer vuestra fàz, es conocer la potencia del Padre, la sabiduria del Hijo, la clemencia del Espiritu Santo, y una indivisible Esencia de la Santìsima Trinidad. Ver la cara de Dios vivo, es ver el sumo Bien, el gozo de los Angeles y de todos los Santos, el premio de la vida eterna, la gloria de los Espiritus bienaventurados, júbilo sempiterno, corona de hermosura, palio de felicidad, descanso abundantisimo, hermosura

de

de paz interior y exterior, alegria, Paraíso de Dios, Jerusalén Celestial, vida beatifica, cumplimiento de toda bienaventuranza, gozo de eternidad, y paz de Dios, que sobrepuja todo sentido. Esta es la perfecta y cumplida bienaventuranza, y toda la gloria del hombre, ver el rostro de su Dios, ver al que hizo el Cielo y la tierra, ver al que le hizo, ver al que le salvó, y al que le glorificò. Verále conociendole, queriendole le amará, alabarále poseyendole; porque él es la herencia de su Pueblo, la posesion de su felicidad, el premio, y galardón de todo lo que espera. Y asi dice él mismo: Yo seré tu galardón, grande sobremanera; porque justo es, que el grande haga grandes mercedes. Y asi, Señor, como Vos sois grande sobre todos los Dioses, asi lo es el premio que dais; porque no sois Vos grande, y pequeño vuestro galardón; pues tan grande es el galardòn como sois

Vos,

Vos, porque no es otra cosa el galardón sino Vos mismo. Vos en gran manera sois grande, y Vos mismo sois el grande galardón. Vos mismo sois la corona, y el que corona; el que promete, y lo que promete; el donador, y el dón; el que premia, y el mismo premio de la felicidad eterna. Pues Señor Dios mio, corona mia, coronador mio, y diadema de mi esperanza, lumbre que alegra, y luz que renueva, y hermosura que adorna, y esperanza mia grande, deseo, y deseado de los Santos, vuestra vision es todo el galardón, y todo el premio y gozo que esperamos. Porque la vida eterna es conoceros à Vos solo, y verdadero Dios, y à Jesu-Christo vuestro Hijo, que para nuestra salud nos enviasteis. Entonces tendrémos lo que ahora buscamos, quando os vieremos à Vos solo, Dios verdadero y vivo, Omnipotente, simple, invisible, inmenso, incomprehensible; y à

vues-

vuestro Hijo Unigenito, consubstancial y coeterno con Vos, Jesu-Christo nuestro Señor, al qual enviasteis al mundo en virtud del Espiritu Santo para nuestra salud; quando poseerémos aquella vida eterna y gloria sempiterna, que habeis aparejado à los que os aman, y escondido à los que os temen, y dareis á los que os buscan. Por tanto, Señor Dios mio, que me formasteis en el vientre de mi madre (la qual me entregó à vuestra poderosa mano) no permitais que yo me derrame mas, ni de Vos que sois uno me divida en muchas cosas, sino recogerme de las exteriores dentro de mí mismo, y de mí en Vos, para que mi corazon siempre pueda decir: Mi rostro Señor os ha buscado; vuestro rostro Señor buscaré, en el qual solo consiste la gloria sempiterna de los bienaventurados, y la vida eterna de los Santos. Pues alegrese mi corazon, y tema vuestro santo Nombre:

bre: alegrese el corazon de los que buscan al Señor, pero mucho mas el corazon de los que le hallan; porque si hay tanta alegria en buscarle, ¿ quànta habrà en hallarle? Pues yo siempre con grande ardor y afecto buscaré vuestra fàz, y estaré perpetuamente à la puerta de la justicia, aguardando si por ventura se me abre para entrar en el gozo de mi Señor: esta es la puerta del Señor, y los justos entran por ella.

CAPITULO XXXVII.

Oracion á la Santisima Trinidad.

DIos mio, uno, y verdadero, Padre, Hijo y Espiritu Santo, que sois tres Personas en todo iguales, y coeternas, y habitais en la eternidad, y en la luz inaccesible: Vos fundasteis la tierra con vuestra omnipotencia, y gobernais el mundo con vuestra Providencia.

San-

Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los Exercitos, terrible y fuerte, justo y misericordioso, admirable, loable, y amable; un Dois, y tres Personas, una Esencia, Potencia, Bondad, y una Trinidad indivisible: abridme esas puertas de la Justicia, para que entrando en ellas yo os alabe. Mirad, ó sumo Padre de familias, que yo pobre y mendigo estoy llamando á vuestra puerta; y pues Vos mandasteis que llamásemos, porque se abriria al que llamase, mandadme abrir. Mis deseos afectuosos, mis clamores, y las lagrimas de mis ojos son los que llaman à vuestra puerta, porque mi deseo y mi gemido están delante de Vos, y no se os pueden esconder; pues no volvais Vos de mi vuestro rostro, ni desvieis vuestros ojos de este vuestro siervo. ¡O Padre de las misericordias! oid las voces de este vuestro pequeñuelo, y dadme la mano, y sacadme de la profundidad de las aguas, y del

lago

lago de mi miseria, y del atolladero de mis pecados, para que yo no perezca, viendome vuestros ojos piadosos, y esas vuestras entrañas amorosas; antes me levante, y venga á Vos, Señor Dios mio, para ver las riquezas de vuestro Reyno, y contemplaros, y alabaros para siempre. Señor, que obrais obras maravillosas, y recreais mi corazon con vuestra memoria, y consolais mi juventud, no desprecieis mi vejéz, antes resucitad mis huesos, y renovadme, como se renueva el aguila. Toda la gloria, toda la alabanza, toda la virtud, toda la potencia, toda la magnificencia, toda la bienaventuranza, y toda la clemencia sea siempre à Dios Padre, à Dios Hijo, y à Dios Espiritu Santo. Amen.

MA-

MANUAL

DEL BIENAVENTURADO DOCTOR DE LA IGLESIA S. AGUSTIN.

POrque estamos en medio de infinitos lazos, facilmente descaecemos de los buenos deseos, y nos entibiamos; por eso tenemos necesidad de un perpetuo despertador que nos despierte, paraque quando desfallecemos volvamos á Dios, que es nuestro verdadero y sumo bien. Por esta causa yo, no presumiendo de mis fuerzas, sino deseando en gran manera el amor de mi Dios, á gloria suya he trabajado en componer este tratado,

para

para tener siempre conmigo un breve Manual, sacado de los dichos mas elegantes y provechosos de los Santos Padres, y para que leyendole quando me veo tibio y frio, me pueda encender en el amor del Señor. Pues ò Dios mio, á quien yo busco y amo, y con el corazon y con la boca confieso, y con todas mis fuerzas alabo y adoro; yo os suplico humildemente, que me favorezcais; porque mi alma abrasada de vuestro amor suspira por Vos, anhela por Vos, à Vos solo desea ver, ninguna cosa le es dulce sino hablar de Vos, oir de Vos, escribir y conferir de Vos, y á menudo meditar vuestra gloria, para que vuestra suave memoria me sea algun alivio entre tantas penalidades y miserias como padezco. Pues ó deseadisimo Señor, yo os invoco, y clamo à Vos con un gran clamor, de todo mi corazon, y quando os llamo, en mí mismo os llamo, porque yo en ninguna manera se-

ría,

ría, si Vos no estuvieseis en mí y si yo no estuviese en Vos, Vos no estariais en mí. En mí estais; porque estais en mi memoria, y por ella os he conocido à Vos, y en ella os hallo, quando me acuerdo de Vos, y me deleyto en Vos, del qual son todas las cosas, y por el qual y en el qual todas las cosas son.

CAPITULO I.

De la admirable Esencia de Dios.

VOS, Señor, henchis el Cielo y la tierra, y sustentais todas las cosas sin carga: llenais todas las cosas, sin estar encerrado; siempre obrais, y siempre estais quedo; recogeis, y no teneis necesidad; buscais, no teniendo falta de nada; amais, y no teneis pena; teneis zelo, y estais seguro; arrepentis os, y no os doleis; enojais os, y estais sosegado; mudais las obras, y no mudais el conse-

jo; recibis lo que hallais, y lo que nunca perdisteis; nunca sois pobre, y holgais os con las ganancias; no sois avaro, y pedis logro; dais al que no debeis, y á Vos os dan para que debais; ¿ y quién hay que tenga cosa que no sea vuestra? Pagais las deudas, no debiendo nada á nadie; y perdonais las deudas, no perdiendo nada; estais todo en todo lugar; podeis ser sentido, y no podeis ser visto; nunca estais ausente, y estais lexos de los pensamientos de los malos; y aun estais presente de donde estais lexos; porque donde no estais por gracia, estais por justicia. Estais presente en todas las cosas, y apenas podeis ser hallado; y estando Vos quedo, vamos tras Vos, y no os podemos alcanzar. Todas las cosas teneis, todas las llenais, todas las abrazais, todas las sobrepujais, todas las sustentais. Enseñais sin ruido de palabras los corazones de los fieles; no estais esten-

dido

dido en lugares, ni os variais con los tiempos, ni os acercais, ni apartais; habitais en una luz inaccesible, la qual, ningun hombre vió, ni pudo ver. Estando quieto en Vos mismo, cercais y rodeais todas las cosas: no podeis ser partido, y dividido; porque verdaderamente sois uno y indivisible, y todo teneis el todo, y todo lo llenais, obrais, y poseeis.

CAPITULO II.

De la inefable ciencia de Dios.

SI todo el mundo estuviese lleno de libros, no podrian explicar, Señor, vuestra ciencia, porque es inenarrable, y porque sois inefable, no podeis ser escrito, ni declarado. Vos sos fuente de luz divina, y Sol de eterna claridad. Sois grande sin cantidad, y por eso sois inmenso; sois bueno sin calidad, y por tanto verdadera, y

sumamente bueno; y no hay otro bueno sino solo Vos, cuya voluntad es la obra, y el querer es el poder; y todo lo que criasteis de nada con sola vuestra voluntad lo criasteis. Vos poseeis à todas vuestras criaturas; sin tener necesidad alguna de ellas, sin trabajo las gobernais, y sin pesadumbre las regís, y no hay cosa alta, ni baxa, que discrepe un punto de la orden de vuestro mandado. En todos los lugares estais sin lugar, y todas las cosas conteneis sin abarcarlas, y estais presente à todas sin tener sitio, ni movimiento; no sois Autor del mal, porque no le podeis hacer, pudiendolo todo; y nunca os habeis arrepentido de cosa que hayais hecho. Por vuestra bondad somos criados, y por vuestra justicia castigados, y por vuestra clemencia librados. Vuestra omnipotencia gobierna, rige, y llena todas las cosas que crió; y no decimos que las henchis de manera, que esteis

cer-

cerrado en ellas, sino que ellas están dentro de Vos: y no las henchis parte por parte, de suerte que cada una de ellas, segun su capacidad, reciban parte de Vos, la mayor, mayor; y la menor, menor parte; antes Vos todo estais en todas las cosas, y todas las cosas en Vos, y vuestra omnipotencia tiene todas las cosas tan sujetas, y debaxo de su mano, que ninguno puede escaparse de ella, porque el que no os tiene propicio, os tiene enojado, y no se puede librar de Vos.

CAPITULO III.

Del deseo del alma que siente à Dios.

PUes, ó clementisimo Señor, yo os suplico que vengais à mi alma; la qual con el deseo santo que le inspirais, la aparejais para que os reciba, y os hospede en sí. Entrad, yo os suplico, en ella, y

amol-

amoldadla à vuestra voluntad para que la poseais; pues la hicisteis, y reparasteis, y yo os tenga como una señal sobre mi corazon. Yo os suplico, piísimo Señor, que no me desampareis ahora que os llamo pues antes que yo os llamase, me llamasteis Vos, y me buscasteis; para que yo vuestro siervo os buscase, y buscandoos, os hallase, y hallandoos, os amase. Yo os he buscado, y hallado Señor, y os deseo amar: acrecentad este mi deseo, y dadme lo que os pido. Aunque me deis todo lo que habeis criado, no es suficiente para mi, si no os me dais à Vos mismo. Pues Dios mio, daosme, y restituíos à mi corazon. Yo os amo, y si es poco lo que os amo, dadme gracia para que os ame mas. Yo estoy preso de vuestro amor, y encendido de deseo de Vos, y con vuestra dulce memoria me recreo. He aqui Señor que quando mi alma suspira por Vos, y contempla vuestra inefable

pie-

piedad, el peso de mi misma carne no me es tan pesado: el bullicio de los varios pensamientos se sosiega: la carga de esta mortalidad, y de las miserias humanas no me aflige tanto como suele; todas las cosas estan en silencio y quietud: arde el corazon, el alma se goza, la memoria està despierta, el entendimiento claro, y todo espiritu inflamado con el deseo de veros, se ve arrebatar de un amor celestial. Tome mi espiritu las alas de aguila, vuele, y no desfallezca, hasta que llegue â la hermosura de vuestra casa y al trono de vuestra gloria, para que en ella asentada à la mesa Real, y convite de los cuidadanos Soberanos, sea apacentada de aquellos secretos manjares à la ribera de aquel rio de deleites que nunca se acaba. Sed Vos nuestra alegria, pues sois nuestra esperanza, nuestra salud y redencion. Sed Vos ahora nuestro gozo, pues habeis de ser despues nuestro premio;

à Vos

à Vos busque siempre mi alma, y Vos concededme, que buscando os halle, y no desfallezca.

CAPITULO IV.

De la miseria del alma que no ama á Christo.

DEsventurada de aquella alma que no busca ni ama à Christo, qué seca y miserable es! Pierde lo que vive el que no ama à Vos, Señor; y el que quiere vivir, y no para Vos, nada es, y por nada será estimado. El que rehusa vivir para Vos, Señor, muerto es; y el que no sabe para Vos, es insipiente. Pues, ó misericordiosisimo Señor, à Vos me encomiendo, á Vos me doy y entrego, por el qual soy, vivo y se. En Vos confieso, espero, y pongo toda mi esperanza; y por vos me levantaré, viviré, y descansaré. Yo os deseo, amo, y adoro, y con Vos permaneceré,

rey-

reynaré, y seré bienaventurado. El alma que no os busca ni ama, el mundo ama, y sirve al pecado; y está sujeta à sus pasiones, y vicios, y siempre anda desasosegada, y nunca está segura. Mi alma, Señor piadosisimo, siempre os sirva y en esta mi peregrinacion siempre suspire por Vos. Arda mi corazon en vuestro, amor, y descanse en Vos, Dios mio, mi voluntad, y contemple mi espiritu vuestra grandeza, y cante vuestras alabanzas con regocijo y alegria, y en este destierro este sea mi consuelo. Mi alma se recoja debaxo de la sombra de vuestras alas, y huyendo los ardores de sus pensamientos, y las vanidades de este siglo, repose en vuestra frescura; y mi corazon (que es como un mar grande, y alterado) descanse en Vos. O riquisimo repartidor, y abundantisimo dador de todos aquellos celestiales manjares con los quales hartais á vuestros escogidos, dad de

co-

comer al cansado, recoged al descarriado, librad al cautivo, y reparad al perdido. A vuestra puerta está, y llama: yo os suplico por las dulcisimas entrañas de vuestra misericordia, con las quales nos visitasteis de lo alto, que mandeis abrir à este miserable, para que pueda entrar libremente à Vos, y reposar en Vos, y sea apacentado de Vos, que sois pan celestial. Porque Vos sois pan, y fuente de vida, y lumbre de eterna claridad, y todas las cosas de que se sustentan los que os aman.

CAPITULO V.

Del deseo del alma.

SEñor Dios mio, que sois lumbre de los corazones que os ven, y vida de las almas que os aman, y virtud de los pensamientos que os buscan, dadme gracia para que yo esté por amor santo uni-

unido con Vos. Venid, yo os ruego, à mi corazon, y embriagadle con la abundancia de vuestra dulzura, para que se olvide de estas cosas temporales. Tengo vergüenza, y pesame de padecer las cosas que este mundo hace; dame pena todo lo que veo, y todo lo que oygo de las cosas perecederas me aflige: ayudadme Vos, Señor Dios mio, y alegrad mi corazon. Venid à mí, para que yo os vea. Estrecha es para mí esta casa de mi alma, hasta que Vos vengais à ella, y la ensancheis; caedíza es, hasta que Vos la repareis. Muchas cosas hay en ella que desagradan á vuestros ojos, yo lo sé, y lo confieso; pero quién la podrá limpiar sino Vos, y á quien tengo de clamar sino á Vos, y decir: Señor limpiadme de mis culpas ocultas, y perdonad à vuestro siervo los pecados, que de los otros se le pegan? Dadme gracia, dulcisimo Jesus, para que encendido con vuestro de-

seo,

seo, y con vuestro amor, yo deseche la carga de todos los deseos carnales y afectos terrenales. A mi alma esté sujeta mi carne, y mi alma á la razon, y la razon á vuestra gracia, y yo interior y exteriormente esté rendido à vuestra santa voluntad. Concededme vuestro favor, para que mi corazon, y mi lengua, y todos mis huesos os alaben. Dilatad mi alma, y levantad mi espiritu, para que con un ligero vuelo llegue à Vos, que sois la sabiduria eterna, que sobre todas las cosas permanece. Desatad, yo os suplico las cadenas con que estoy aprisionado, paraque libre yá, y suelto corra á Vos, atienda á Vos, y me abrace con solo Vos.

CA-

CAPITULO VI.

De la felicidad del alma que está libre de la carcel de esta vida mortal.

DIchosa es, Señor, aquella alma que libre de esta carcel mortal sube al Cielo, y cara à cara os contempla; no tiene ningun temor de la muerte, antes está alegre con la incorrupcion de la gloria sempiterna que posee. Está quieta, y segura, y no tiene ya que temer al enemigo, ni á la muerte: tieneos yá à Vos, piadoso Señor, à quien mucho tiempo habia buscado, y siempre habia amado, y acompañada con aquellos Coros Celestiales os canta cantares de alabanza, y glorifica: porque está embriagada con el vino abundante de vuestras bodegas, y con la corriente de vuestra dulzura. Bienaventurada aquella santa compañia de los

Sobe-

Soberanos Ciudadanos, y aquella gloriosa solemnidad de todos vuestros escogidos; los quales de la fatiga y trabajo peligroso de esta nuestra peregrinacion, vuelven à Vos para gozar de aquella hermosura, de aquel resplandor, dignidad, y lindeza de vuestra vista, sin que tengan cosa que les turbe. Ahí oyen la musica celestial, porque ¿ que cantares, qué organos, qué hymnos, què melodías sin fin se oyen en ese vuestro Palacio Real? donde siempre suenan los organos suavisimos de alabanzas, y una dulcisima consonancia de los Angeles, y unos maravillosos cantares que para vuestra alabanza, y gloria cantan todos aquellos musicos celestiales. No hay en aquella Region amargura, ni hiel: no hay ningun malo, ni malicia: no adversario, ni contradictor: no hay incentivo de pecado: no pobreza alguna, no deshonra, no riña, ni desprecio. No hay escusa, ni temor, ni inquie-

quietud, ni pena, ni duda, ni violencia, ni discordia alguna, sino una suma paz, una caridad perfecta, un júbilo, y alabanza de Dios eterna, y una tranquilidad segura que no tiene fin, y un gozo perpetuo en el Espiritu Santo. ! Qué dichoso seré yo, si oyere las canciones suavisimas de vuestros Ciudadanos, y aquellos hymnos mas dulces que la miel, y aquellas alabanzas que ellos cantan à la Santisima Trinidad! Pero mas dichoso seré, si yo mismo pudiere entrar á mi Señor Jesu- Chrristo, y oir los cantares de Sion.

CAPITULO VII.

Del gozo del Paraiso.

O Vida vital, vida sempiterna, y para siempre bienaventurada, donde hay gozo sin tristeza, descanso sin trabajo, dignidad sin temor, riquezas sin menoscabo, salud

lud sin enfermedad, abundancia sin falta, vida sin muerte, inmortalidad sin corrupcion, bienaventuranza sin congoja. Donde todos los bienes se hallan en la perfecta caridad, y la vista de Dios es cara à cara. Adonde la ciencia en todos es consumada: adonde se vé la suma bondad de Dios, aquella lumbre que alumbra es glorificada de los Santos. Adonde la Magestad de Dios está presente, y con este manjar de vida, el espiritu de los que la contemplan, sin mengua se harta. Siempre ven, y siempre desean ver; sin congoja desean, y sin hastío se hartan. Adonde el verdadero Sol de Justicia, con la admirable vista de su hermosura, recrea, y alumbra à todos los Ciudadanos de la Pratria celestial, de tal manera que resplandezcan; y alumbrados de esta divina lumbre, se conviertan ellos mismos en una lumbre mas clara, y mas resplandeciente que todas las estrellas, y que el

mis-

mismo Sol. Porque están unidos con aquella Deidad inmortal, y por esta union se hacen inmortales, è incorruptibles, como lo prometió nuestro Salvador, quando dixo: Padre, yo quiero que todos los que me habeis dado estén conmigo donde yo estuviere, para que vean mi claridad, y todos sean una misma cosa; asi como Vos, Padre, estais en mí, y yo en Vos; asi ellos en nosotros sean una misma cosa.

CAPITULO VIII.

Del Reyno de los Cielos.

EL Reyno del Cielo es Reyno felicisimo, en el qual no hay muerte, ni fin, ni sucesion de tiempo, sino un dia perpetuo sin noche; adonde el Soldado victorioso, coronado de una gloriosa corona, entra triunfando, cargado de inefables dones. ¡ Oh si el Señor fuese servido de mandar à este mi-

nimo siervo suyo, que dexase yá esta carga pesada de la carne, y se fuese à gozar de la alegria de aquella Santa Ciudad, para descansar en ella, y acompañarse con aquellos coros de los Ciudadanos Soberanos, y asistir con aquellos bienaventurados Espiritus á la gloria del Criador, y ver al Señor rostro à rostro! No tendria yo temor alguno de la muerte, antes estaria gozoso, y seguro de la inmortalidad, è incorrupccion perpetua: y unido con aquel que todo lo sabe, quedaria libre de la ceguedad de mi ignorancia; y menospreciaria todas las cosas terrenales; y tendria asco de mirar, ò de acordarme mas de este valle de lagrimas, donde no hay sino una vida trabajosa, y corruptible, y llena de toda amargura una vida señora de los malos, y sierva del Infierno: una vida que los humores la hinchan, los dolores la debilitan, los ardores la secan, el ayre

re la inficiona, el manjar la carga, los ayunos la enflaquecen, los donayres la distrahen, las penas la consumen, la solicitud la angustia, la seguridad la entorpece, las riquezas la levantan, la pobreza la derriba, la juventud la engrie, la vejéz la agrava, la enfermedad la quebranta, el afán la aflige, y el demonio la persigue, el mundo la lisongea, la carne la ablanda el alma, se ciega, y todo el hombre se turba, y confunde: y à estos tantos, y tan grandes males la muerte furiosa sucede, y dá fin à los gozos, y pasatiempos vanos con tan gran presteza, que quando dexan de ser, parece que no fueron.

CAPITULO IX.

De la consolacion que dà Dios al alma afligida.

QUé alabanzas, Señor Dios nuestro, ó que gracias os

podrémos dar, porque entre tantas fatigas, y miserias de esta nuestra vida mortal, no dexais de consolarnos con la maravillosa visitacion de vuestra gracia ? ¿ Quantas veces estando lleno de congoja y afliccion, temiendo el fin de mi vida, considerando mis pecados, temblando de vuestro juicio, pensando la hora de mi muerte, espantandome de los tormentos del Infierno, y no sabiendo el exâmen, y rigor con que habeis de exâminar mis obras, ni qué tal ha de ser el paradero de ellas; quantas veces, digo, meditando en mi corazon estas cosas, y otras muchas, con vuestra acostumbrada piedad me venis à consolar, y estando yo congojado y afligido, y dando profundos suspiros, llevais mi alma sobre la cumbre alta de los montes y á los campos floridos y olorosos, y me colocais en los dulces pastos para que à la ribera de las aguas limpias coma de aquella mesa ri-

ca

ca y abundante, que sola puede regalar al espiritu afligido, y alegrar el triste corazon? Entonces recreado yo con vuestros regalos, y olvidado de mis muchas miserias, y levantado sobre la altura de la tierra, descanso en Vos, que sois la verdadera paz de mi alma.

CAPITULO X:

De la dulcedumbre del Divino amor.

YO os amo, Dios mio, yo os amo, y os querria amar mucho, y muy mucho mas. Concededme, Dios, y Señor mio, hermosisimo sobre todos los hijos de los hombres, que os desee, y os ame quanto quiero, y debo. Inmenso sois, y sin medida debeis ser amado, especialmente de nosotros, à los quales asi habeis amado, asi habeis salvado, y por los quales tantas, y tales cosas habeis hecho. O amor que siempre ardes,

y

y nunca te apagas; dulce Christo buen Jesus, Dios mio, y caridad infinita, abrasadme todo con vuestro fuego, con vuestro amor, con vuestra dulzura, dileccion, deseo, caridad, alegria, gozo, piedad, y suavidad, gusto, y codicia de Vos, la qual es santa, y buena, casta y limpia; para que estando yo todo lleno de la dulzura de vuestro amor, y del todo encendido con las llamas de vuestra caridad, yo os ame, Señor mio dulcisimo y hermosisimo, de todo mi corazon, y de toda mi alma, y con todas mis fuerzas, y con el mayor ahinco que pudiere; y con gran contricion, y abundancia de lagrimas, y con una santa reverencia, y temblor, os tenga en el corazon, y en la boca, delante de mis ojos siempre, de tal manera, que no tenga lugar en mí ningun amor adulterino, y vano.

CA-

CAPITULO XI.

Cómo nos habemos de preparar para celebrar los mysterios de nuestra redencion.

HErmosisimo, y benignisimo Señor mio Jesu-Christo, yo os suplico por aquel sacratisimo derramamiento de vuestra preciosa Sangre, con la qual nos redimisteis, que me deis, una contricion verdadera, y una fuente de lagrimas, especialmente quando os ofrezco mis pobres oraciones, y canto Salmos de vuestras alabanzas, y quando os represento el mysterio de nuestra redencion como señal manifiesta de vuestra misericordia: quando (aunque indigno) estoy en el sagrado Altar, para ofreceros aquel admirable, y celestial Sacrificio, digno de toda reverencia y devocion, que Vos Señor Dios mio, Sacerdote eterno ins-

instituisteis, y mandasteis ofrecer en memoria de vuestra caridad, y de aquella Muerte, y Pasion que para nuestra salvacion ofrecisteis, y para reparar en nosotros, lo que por nuestra fragilidad perdemos cada dia. Pues mi alma, Señor, se aliente, quando trata estos sagrados mysterios, y se confirme con la dulzura de vuestra presencia, y sienta que Vos estais alli presente, y se goce con tal favor. O fuego que siempre luces, y amor que siempre ardes, Christo dulce Jesus bueno, lumbre eterna, pan de vida que nos apacientas, y nunca faltas, y cada dia eres comido, y siempre quedas entero, esclarece mi alma, enciendela, alumbrala y santificala, vacía el mal humor que hay en ella, y llenala de tu gracia, y conservala asi llena, para que yo coma este santo manjar de tu preciosa carne, para salud de mi alma; y comiendole viva de tí, viva por tí, y venga á ti, y descanse en tí.

CA-

CAPITULO XII.

Del gozo inefable.

O Dulzura amorosa, y amor dulce, dadme gracia para que yo os coma, y mis entrañas se llenen de la dulzura de vuestro amor, y mi alma llena de Vos rebose. O caridad, y Dios mas dulce que la miel y que la leche, y mas blanca que la nieve; Vos sois manjar de varones yá grandes, haced que yo crezca en Vos, para que con sano paladar os pueda comer. Vos sois mi vida, por la qual vivo, y la esperanza con que me sustento, y la gloria que deseo alcanzar. Tened mi corazon, regid mi alma, enderezad mi entendimiento, despertad mi amor, suspended mi voluntad, y poned la boca de mi espiritu sediento de Vos en aquellas corrientes celestiales. Sosieguese, yo os suplico, la inquietud de la car-

carne, callen todas las fantasmas, y figuras de la tierra, y del agua, y del ayre, y del mismo Cielo. Apartence los sueños, y las revelaciones que se hacen con la imaginacion, la lengua, y todo lo que por la voz se significa y pasa: cese en mí, y mi misma alma tambien tenga silencio, y se levante sobre sí, no pensando en sí, sino en Vos, Dios mio: pues Vos sois de veras toda mi esperanza, y toda mi confianza. Porque en Vos, Dios mio, y Señor nuestro Jesu-Christo, dulcisimo, y benignisimo, y clementisimo, tiene cada uno de nosotros su parte, y su carne, y su sangre. Y asi adonde yo tengo mi parte, ahí pienso que reyno yo; adonde mi sangre es la señora, ahí confieso que yo soy señor; adonde mi carne está glorificada, ahí conozco que yo soy glorioso. Y aunque soy pecador, no desconfio de la comunion de la gracia; y aunque mis pecados lo estorven,

mi

mi sustancia me dá animo, y de donde soy desechado por mi culpa, alli soy admitido por la comunicacion de mi naturaleza.

CAPITULO XIII.

Que el Verbo encarnado es causa de nuestra esperanza.

POrque no es el Señor tan aspero è inhumano, que no ame su carne, y sus miembros y sus entrañas. Bien pudiera yo desesperar por mis inumerables pecados y vicios, y por mis infinitas culpas y negligencias que he cometido, y cada dia sin cesar cometo, con el corazon, y con la boca, y con la obra, y en todas las maneras con que la flaqueza humana puede pecar; mas no me atrevo à desesperar, porque vuestro Hijo bendito, siendoos obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz, rasgó la obligacion de nuestros pecados, y

fixan-

fixandola en la Cruz, crucificò juntamente con ella la muerte y el pecado. En este Señor que está sentado á vuestra diestra, è intercede por nos, respiro yo, y estoy seguro y confiado en él. Deseo llegar à Vos, pues en él habemos, resucitado y revivido, y subido al Cielo, y estamos sentados en el trono. A Vos sea la alabanza la gloria, la honra, y hacimiento de gracias, Señor. Amen.

CAPITULO XIV.

Que la meditacion de Dios tanto es mas dulce, quanto es mayor.

¡O Piadosisimo Señor, que asi nos habeis amado, salvado, vivificado y ensalzado, qué dulce es vuestra memoria! Quanto mas medito en Vos, tanto para mi sois mas dulce y mas amable; y por tanto vuestros bienes me deleytan sobramenera en este valle de la-

gri-

grimas, quando os contemplo con una vista limpia y pura, y con dulcisimo afecto de fervoroso amor. Entre tanto que vengo á Vos, y estoy vestido de estos miembros fragiles, tengo grande ansia de desear y considerar sin cesar vuestra maravilliosa dileccion y hermosura; porque estoy herido con la saeta de vuestro amor, y abrasado con un encendido deseo de Vos, y codicioso de llegar à Vos, y veros. Por esto yo estaré siempre en vela, y con ojos los despiertos, para cantar con mi espiritu, y alabar con mi alma, y con todas mis fuerzas á mi hacedor y reparador. Yo penetraré con el afecto los Cielos, y con el deseo estaré con Vos: de suerte que solamente con el cuerpo more en mi miseria de esta vida, y con pensamiento, y con el deseo y ansia de mi corazon siempre viva con Vos: para que mi corazon esté donde estais Vos, que sois mi tesoro deseable, incomparable,

y ama-

y amable en gran manera. Mas, ò piadosisimo y misericordiosisimo Dios mio queriendo yo considerar la gloria de vuestra inmensa bondad y piedad, mi corazon desfallece, porque vuestra hermosura, vuestra virtud, vuestra gloria, vuestra magnificencia, vuestra magestad y caridad sobrepuja todo sentido, y toda la capacidad humana. Y asi como el resplandor de vuestra gloria no se puede estimar, asi tampoco no se puede explicar la benignidad de aquella vuestra caridad eterna, con la qual adoptais y tomais por hijos à los que de nada criasteis, y los llevais y juntais con Vos.

CAPITULO XV.

Cómo se han de desear las tribulaciones por Christo en esta vida.

O Alma mia: si fuese menester padecer cada dia tormentos,

y

y sufrir el mismo fuego del Infierno largo tiempo, para poder ver à Christo en su gloria, y estar acompañado con los Santos bienaventurados, ¿ no sería justo pasar por todas las penas por gozar de tan grande gloria y de tanto bien ? Pues hagannos guerra los Demonios, persigannos con sus tentaciones; enflaquezcase el cuerpo con los ayunos, aflijanos el silicio, y la aspereza del vestido; cansennos los trabajos, las vigilias nos fatigen; este dé voces contra mí, y aquel me desasosiegue; el frio me encoja, la conciencia me apriete, el calor me queme, la cabeza se canse, el pecho se encienda, duela el estómago, el rostro se desfigure, y todo el cuerpo se debilite, y mi vida desfallezca de dolor, y mis años se pasen en gemidos, y la podredumbre entre en mis huesos y me consuma, con tal que yo descanse en el dia de la tribulacion, y suba à ser ciudadano del Cielo. Porque

? qué

¿ què tal será la gloria de los Justos, y quán grande la alegria de los Santos ? quando la cara de cada uno de ellos será resplandeciente como el Sol: quando el Señor en el Reyno de su Padre hará la reseña de todos sus escogidos y soldados, y repartirá à cada uno el premio de sus merecimientos y peleas, y por los trabajos de la tierra dará el Cielo, por los temporales, perpetua bienaventuranza, y por cosas tan pequeñas, cosas tan grandes y admirables; y para colmo de esta felicidad, el Señor guiará, y capitaneará el glorioso esquadrón de todos sus Santos, y los hará asentar en sus sillas, para ser él todas las cosas en todos.

CAPITULO XVI.

Cómo se puede alcanzar el Reyno del Cielo.

¡ O Qué feliz alegria, y alegre felicidad es ver à los Santos, estar

estar con los Santos, y ser Santo; ver à Dios, y poseer à Dios para siempre jamás! Pensemos esto con gran cuidado, deseemos esto con gran deseo, para que presto podamos llegar à ellos. Si me preguntas còmo se podrá hacer esto, ó con què merecimientos, ó con que ayudas alcanzar, oye: Esto está (por la gracia de Dios) en la mano y poder de cada uno, porque el Reyno de los Cielos, ó hombre, por fuerza se ha de conquistar, y no te pide otro precio sino à tí mismo, porque tanto vale quanto tú eres: pues date en precio, y asi le alcanzarás. ¿ Por qué te turbas de este precio? Jesu-Christo se dió à sí mismo, para, ganarte y hacer que tu fueses Reyno para Dios: pues date tu à tí mismo., para que seas Reyno de Dios, y no reyne el pecado en tu cuerpo mortal, sino el Espiritu del Señor, y con el alcances la vida.

CAPITULO XVII.

Qué cosa sea Paraiso.

O Alma mia, volvamos à aquella Ciudad celestial, en la qual somos empadronados y escritos por ciudadanos, porque ciudadanos somos con los Santos y familiares de Dios; asi como somos herederos de Dios, y herederos con Jesu-Christo. Contemplemos quanto nos fuere posible aquella maravillosa felicidad de nuestra patria; y digamos con el Profeta: ¡ O Ciudad de Dios, qué gloriosas son las cosas que se han dicho de tí! ¡ Còmo tu habitacion es habitacion de aquellos gloriosos moradores que todos juntos se alegran y regocijan en tí! No hay en ti vejez, ni la miseria que la suele acompañar: no hay en ti manco, ni cojo, ni contrahecho, ni feo, porque todos tienen suma perfeccion, y son muy parecidos à

la

la hermosura y perfecion de Christo. ? Què cosa puede haber mas bienaventurada que aquella vida en la qual no hay temor de pobreza, ni flaqueza de enfermedad ? Ninguno padece mal, ninguno tiene ira, ni envidia, ni apetito desordenado, no hambre, no codicia de honra, ni ambicion, no miedo, ni asechanzas del enemigo, no espanto del Infierno, no muerte del cuerpo ni del alma, sino una vida dulcisima vestida de inmortalidad. No habrá entonces mal alguno ni discordia; todas las cosas serán conformes y concordes, porque todos los Santos son un corazon, y viven en perpetua concordia, y en todos reyna una paz, y una misma alegria con gran tranquilidad y quietud en todas las cosas. Alli hay claridad continua, no como esta que vemos acá; sino tanto mas resplandeciente, quanto es mas bienaventurada: porque aquella Ciudad como leemos, no tiene necesidad

del Sol ni de la Luna; porque el mismo Señor la alumbra, y el Cordero es su làmpara y su luz, y los Santos resplandecen como las estrellas para siempre, y como la luz del firmamento. Y por eso alli no hay noche, ni tinieblas algunas, ni concurso de nubes ni rigor de calor ó de frio, sino una templanza y suavidad de todas las cosas, tan excelente, que ni ojo la puede ver, ni oido oir, ni corazon de hombre comprehender, aquellos solos la entienden que merecen gozar de ella, cuyos nombres están escritos en el libro de la vida. Pero sobre todo esto es ser companeros de los coros de los Angeles, y de los Arcangeles, y de todas aquellas celestiales Gerarquias; ver á los Patriarcas y à los Profetas, à los Apostoles y à todos los otros Santos bienaventurados, y entre ellos á nuestros padres. Gran gloria es esta, pero mucho mayor sin comparacion es ver presente la cara de Dios, y aquella

lum-

lumbre invisible è infinita. Esta gloria es excelentisima, quando contemplaremos à Dios en sí mismo, veremosle y poseerémosle en nosotros, y nunca lo dexarémos de ver.

CAPITULO XVIII.

Que el hombre no puede pagar à Dios lo que le debe, sino por amor.

EL alma que está señalada con la imagen de Dios, è ilustrada con su semejanza, tiene en sí con que despertarse siempre, y amonestarse para estar unida con él, ò para volver à él, si alguna vez se apartare de él, y fuere arrebatada de sus pasiones. Y no solamente tiene con que pueda respirar con la esperanza de la misericordia y perdon de Dios, sino tambien para aspirar, y pretender llegar á las bodas del Cordero; y confederarse con Dios, y con el mismo Rey de los Angeles tirar el suave

yu-

yugo del amor. Esto todo hace el amor, quando el alma se hace semejante á Dios por voluntad, como lo es por naturaleza, y le ama como de él es amada. Porque entre todos los movimientos, sentidos, y afectos de nuestra alma, con solo el amor puede la criatura (aunque no igualmente) corresponder à su Criador, y pagarle lo que le debe. Adonde entra el amor convierte en sí, y cautiva todos los demàs afectos. El amor por si solo basta, por sí solo agrada, y por sí solo se busca; él es el merecimiento, él es el premio, él la causa y el fruto, y el uso. Por amor nos juntamos con Dios el amor de Dios hace un espiritu, el amor hace un querer, y un no querer: el amor hace componer primero las costumbres, y despues considerar todas las cosas que son, como si no fuesen: y en el tercero lugar hace contemplar con una vista purísima las cosas divinas, y soberanas. Por

el

el amor primeramente se hacen bien en el siglo las cosas honestas, y despues las mismas cosas honestas del siglo se menosprecian, y al fin las cosas secretas de Dios se vienen á entender.

CAPITULO XIX.

Qué es lo que Dios nos pide para que le parezcamos.

DIos Padre es caridad, Dios Hijo es dileccion, Dios Espiritu Santo es amor del Padre, y del Hijo. Esta caridad, y amor de la Santisima Trinidad nos pide alguna cosa que le sea semejante: y esta no es otra sino caridad, y amor; por el qual con una cierta manera de parentesco espiritual nos juntamos, y llegamos à Dios. El amor no sabe que cosa es dignidad, ni tener respeto. El que ama por si mismo se llega à Dios con confianza, y habla familiarmente

con

con él, sin duda y sin temor. El que no ama, todo lo que vive pierde; mas el que ama tiene siempre los ojos puestos en Dios, à quien ama à quien desea, en quien piensa, y en quien se deleyta, y con quien se sustenta, y apacienta, y engorda. Este tal asi canta, asi lee, y asi es mirado, y circunspecto en todas sus cosas, como si Dios estuviese presente delante de sus ojos, como verdaderamente lo está. De tal manera hace oracion, como si estuviese presencialmente ante el acatamiento de la Magestad de Dios, y postrado delante de aquel Trono, donde una infinidad de Angeles le asisten, y sirven. El alma que es visitada del amor divino el mismo amor la despierta y la amonesta, ablanda, y hiere su corazon, alumbra su obscuridad, abrele lo que està cerrado, inflamala quando está fria, mitigala quando está impaciente, è intratable, ahuyenta los vicios, reprime

los

los afectos carnales, enmienda las costumbres, reforma y renueva el espiritu, refrena los movimientos de la edad juvenil, y la libiandad de la mocedad. Todo esto hace el amor, quando está presente; mas quando se ausenta, de tal manera comienza á resfriarse, como la olla que hierve, quando se le quita el fuego.

CAPITULO XX.

De la confianza que tiene el alma que ama à Dios.

GRan cosa es el amor, por el qual el alma por sí misma con gran confianza se llega á Dios, y constantemente se abraza con él, y familiarmente trata, y consulta sus negocios. El alma que ama á Dios, ninguna otra cosa puede pensar, ni hablar: todo lo que no es Dios, desprecia; todo le dá fastidio: todo lo que medita, y todo

lo

lo que habla, sabe á amar, y huele à amor, porque el amor de Dios toda la posee. El que quiera tener conocimiento de Dios, ame: en valde se pone à leer, á meditar, à predicar, y á orar, el que no ama. El amor de Dios engendra amor en el alma, y hace que ella le esté atenta. Dios ama para ser amado, y quando ama, ninguna otra cosa quiere, sino que le amemos: porque sabe que los que le aman son bienaventurados por el amor. El alma que ama, dá libelo de repudio à todas sus pasiones, y toda se anega en el amor, para corresponder con amor al amor del Señor. Y quando se hubiere entregado toda al amor, conocerá que por mucho que corra, no podrá llegar á aquella vena, y fuente perpetua de amor del Señor; y que no corren à las parejas el amor y el que ama, el alma y Dios, el Criador y la criatura. Mas si ama todo lo que puede, donde está el todo, ahí no

falta

falta nada. No tema el alma que ama: tiemble la que no ama. El alma que ama déxase llevar de sus buenos deseos, disimula sus merecimientos, cierra los ojos à la Magestad, abrelos al espiritual deleyte, y pone su corazon en su Salvador, y trata con confianza con él. Por el amor el alma se enagena, y sale algunas veces de sí y de los sentidos del cuerpo, y sintiendo à Dios, à sí misma no siente. Esto se hace quando el alma presa de aquella inefable dulcedumbre de Dios, en cierta manera se hurta, y roba à sí misma, ó por mejor decir es arrebatada, y enagenada de sí misma, para gozar de Dios suavisimamente. No hay cosa tan dulce como esta, si no durase tan poco. El amor dá la familiaridad para con Dios; la familiaridad, osadía; la osadía, gusto; y el gusto, hambre. El alma que está tocada del amor de Dios, ninguna otra cosa puede pensar, ninguna

otra

otra desear; y à menudo suspira, y dice: asi como el ciervo desea las fuentas de las aguas, asi, Dios mio, mi alma desea à Vos.

CAPITULO XXI.

Lo que ha hecho Dios por el hombre.

POR amor vino Dios à los hombres, y vive en los hombres, y se hizo hombre. Por amor, Dios invisible se hizo semejante à sus siervos: por amor fue herido por nuestros pecados. Segura guarida, y tranquilo puerto, son las Llagas del Salvador, para los enfermos, y pecadores. Muy seguro habito yo en ellas, y por estas Llagas se me descubren sus entrañas, y lo que à mí me falta, lo tomo yo de las entrañas de mi Señor, porques están destilando misericordia, y no faltan agujeros por donde destilen. Por los agujeros del cuerpo se descubren los secretos del co-

corazon, y aquel grande Sacramento de piedad, y aquellas entrañas de misericordia del Señor, con las quales nos visitó de lo alto; Las Llagas de Jesu-Christo están llenas de misericordia, llenas de piedad, llenas de dulzura, y caridad. Oradaron sus manos, y sus pies, y la lanza traspasó su costado. Por estas venas de gracia, puedo yo gustar, quan suave es mi Dios, y Señor, perque vordaderamente es suave y benigno, y lleno de misericordia para todos los que le llama de corazon, y para todos los que le buscan, y especialmente para todos los que le aman. Muy copiosa es la redencion que se nos ha dado en las Llagas de Jesu-Christo nuestro Salvador; grande la muchedumbre de dulzura, la abundancia de gracia, y la perfeccion de toda virtud.

CA-

CAPITULO XXII.

De la memoria de las Llagas, y del amor de Jesu-Christo nuestro Redentor.

QUando me acomete algun feo pensamiento, yo me voy luego à las Llagas de Christo: quando mi carne me aprieta, con la memoria de las Llagas de mi Señor me aliento, y me levanto: quando el Demonio me tienta, y me persigue, me acojo à las entrañas de la misericordia de mi Señor, y él huye de mí. Si el ardor deshonesto altera mis miembros, luego se apaga en mirando estas Llagas. En todos mis trabajos, y tribulaciones, no he hallado tan eficáz remedio como las Llagas de Christo; en ellas duermo seguro, y descanso sin temor. Christo murió por nosotros; no hay cosa tan amarga, que no se haga dulce con la muer-

te

te de Christo. Toda mi esperanza estriva en la muerte de mi Señor; su muerte es mi merecimiento, mi refugio, mi salud, mi vida, y mi resureccion. No soy pobre, ni privado de merecimentos, en tanto que no faltare el Señor de las misericordias: y si son grandes sus misecordias, grande soy yo en los merecimientos; porque tanto estoy yo mas seguro, quanto él es mas poderoso para salvarme.

CAPITULO XXIII.

Que la memoria de la muerte de Christo es efiaz remedio contra las adversidades.

GRandes pecados he cometido, y la conciencia me acusa de graves culpas; pero no por eso desespero; pues donde abundó la culpa, alli sobreabundó la gracia. El que desespera alcanzar perdon de sus pecados, niega que Dios es mi seri-

sericordioso. Gran injuria hace á Dios el que desconfia de su misericordia; y quanto es de su parte, dice que Dios no tiene caridad, ni verdad, ni poder. ¿ En qué está puesta mi esperanza ? En la caridad con que me adoptó, y en la verdad de su promesa, y en el poder con que me redimió. Bien puede murmurar quanto quisiere el pensamiento necio de mi corazon, y decir: ¿ Quién eres tu ? ¿ y quan grande es la gloria de Dios, y con qué merecimientos piensas tu alcanzarla ? mas yo confiadamente responderé: Yo sè à quien he creido; porque por su gran caridad me adoptó por hijo, y es verdadero en sus promesas, y poderoso para cumplirlas; y puede hacer lo que quiere; y acordandome de la muerte del Señor, no me espantará la muchedumbre de mis pecados, porque por muchos que sean no le podrán vencer. Los clavos, y la lanza me están donde voces

y ase-

y asegurandome, que si le amare, me admitirá à su reconciliacion. Longino con su lanza me abrió el sagrado Costado, y yo me he entrado por él, y en él reposo seguro. El que teme, ame; porque la caridad echa fuera el temor. No hay tan poderosa, ni tan eficaz medicina contra las llamas de la concupiscencia, como lo es la muerte de mi Redentor. Estendió los brazos en la Cruz, y tiene sus manos abiertas, para abrazar al pecador. Entre estos brazos de mi Salvador quiero vivir, y deseo morir. Ahí cantaré seguro, y alegre, Señor, yo os ensalzaré; y alabaré; porque me habeis admitido à vuestra gracia, y no habeis permitido que yo con mi ruina diese contento à mis enemigos. Nuestro Salvador reclinó su cabeza en la muerte, para dar beso de paz à los que le aman. Tantas veces le damos nosotros à Dios, quantas por su amor nos compungimos.

CAPITULO XXIV.

Meditacion del alma para encenderse en el amor de Christo.

O Alma mia, estampada con la imagen de Dios, redimida con la Sangre de Christo, desposada por Fe, dotada de su espiritu, adornada de virtudes, y diputada para ser compañera de los Angeles; ama á aquel que tanto te amó. Está atenta à aquel que està tan atento para tu bien; busca al que te busca, y ama al que tanto te ama, y al que te previno con su amor, y es causa de tu amor. El mismo es el merecimiento, el galardon, el fruto, el uso, y el fin. Procura ser solicita con el que es tan solicito; desocupate con el desocupado, y procura ser limpia y santa con el Santo. De la manera que parecieres dalante de Dios, de esa misma se aperecerá él à ti. Dios

es

es suave manso, y lleno de misericordia; y asi pide que seamos nosotros suaves, mansos, dulces, humildes, y misericordiosos. Ama á aquel que te sacó del lago de la miseria, y del atolladero en que estabas metido. Toma por amigo, sobre todos los amigos, à aquel que quando todas las cosas te faltaren, solo te será leal, y te guardará la fé. En el dia de tu entierro, quando todos tus amigos te dexaràn, él no te desamparará; antes te defenderà de los Leones, que estaràn aparejados para tragarte; y te llevará por una region nueva, y no conocida, hasta ponerte en las plazas de la soberana Sion, y colocarte con los Angeles ante el Trodo de su Magestad: adonde oirás aquella celestial harmonia, Santo, Santo, Santo: adonde hay cantares de alegria, voces de regocijo y de salud, hacimiento de gracias, alabanzas perpetuas, y una alegria sin fin. Alli hay felicidad con-

sumada, gloria inmensa, abundantisima alegria, y la suma de todos los bienes. ¡ O alma mia ! suspira con grande ardor, desea con gran vehemencia, para que puedas llegar à aquella soberana Ciudad, de la qual se dicen tan grandes maravillas, y en la qual todos los que habitan, estàn llenos de infinito gozo y alegria. Por amor puedes subir, porque al que ama no hay cosa dificultosa ni imposible. El alma que ama, sube à menudo, y corre familiarmente por las plazas de la Celestial Jerusalén, visitando à los Patriarcas, y Profetas, saludando à los Apostoles; maravillandose de los Exercitos de los Martyres, y Confesores, y contemplando la hermosura de los coros de las Virgenes. El Cielo, y la tierra, y todo lo que hay en ellos, no cesan de decirme, que ame á mi Señor Dios.

CAPITULO XXV.

Que ninguna cosa satisface al alma sino el sumo Bien.

QUando el corazon humano no está firme en el deseo de la eternidad, nunca está sosegado, sino mas inconstante que la misma inconstancia, y mas vario que la Luna, discurriendo de una cosa en otra; y buscando quietud donde no la hay: porque no es posible que halle descanso en las cosas caducas y transitorias, con las quales está cautivo su corazon: porque es de tan alta dignidad nuestra alma, que ninguna cosa que no sea el sumo bien, la puede llenar; y tiene tan grande libertad, que ninguno la puede compeler à pecar; y por eso la propia voluntad à cada uno es causa de su condenacion, ó salvacion. Y asi no hay cosa mas preciosa que

po-

podamos ofrecer à Dios, que la buena voluntad: la qual nos trahe del Cielo à Dios, y nos endereza á Dios. Por la buena voluntad amamos à Dios, y escogemos á Dios, à Dios corremos, á Dios llegamos, à Dios poseemos. ! O buena voluntad, por la qual á semejanza de Dios somos reformados! De tal manera ama Dios à la buena voluntad, que no quiere habitar en el corazon que carece de buena voluntad. La buena voluntad inclina á sì à la Santisima Trinidad: la Sabiduria la alumbra, y la da conocimiento de la verdad: la Caridad la inflama al deseo de la bondad; y el Padre Eterno conserva en ella lo que criò, para que no perezca.

CAPITULO XXVI.

Que cosa es el conocimiento de la verdad.

QUE cosa es conocimiento de la verdad? Primeramente conocer-

nocerse à sí mismo, para que procures ser lo que debes, y enmiendes lo que hay que enmendar: demás de esto conocer y amar à tu Criador, en lo qual consiste todo el bien del hombre. Considera, pues, quán inefable es la caridad, y amor de Dios para con nosotros: de nada nos crió, y diónos todo lo que tenemos. Pero ¿ por qué amamos mas al dón, que al donador, à la criatura mas que al Criador ? Caimos en el lazo de Satanás, y fuimos hechos siervos suyos. Mas Dios, movido de su misericordia, envió à su Hijo para que rescatase à los siervos; y envió tambien al Espiritu Santo, para que de siervos los adoptase por hijos. Al Hijo dió por precio de nuestra redencion, al Espiritu Santo por prenda de su amor, y él todo quiere ser nuestra herencia; y de esta manera, Dios como piadosisimo, y misericordiosisimo, por el grande amor que tiene al hombre, y de-

seo

seo de su bien, no solamente le dió todas las otras cosas, sino tambien á si mismo, para recobrar al hombre, no tanto para sí, quando para el mismo hombre. Para que los hombres fuesen hijos de Dios, Dios se hizo hombre. ¿ Quién es tan duro, que no se ablande con este amor de Dios, que asi previno al hombre? Pues es tan encendido y tan vehemente, que Dios no tuvo asco de hacerse hombre por el hombre ¿ Quién puede aborrecer al hombre, cuya naturaleza y semejanza vé en la Humanidad de Dios? En verdad que quien tiene odio al hombre, tiene odio á Dios; y asi pierde todo lo que hace. Porque Dios por el hombre se hizo hombre; para que el que es Criador fuese tambien Redentor, y el hombre con lo que Dios tomó de su naturaleza fuese redimido: y para ser Dios amado del hombre con mayor familiaridad, y mas domesticamente, se vistió de la semejan-

za

za del hombre; para que el uno y el otro sentido sea recreado, y beatificado en él: el ojo del corazon en la Divinidad, y el ojo del cuerpo en la sagrada Humanidad del Señor; y de esta manera la naturaleza humana, que ha sido criada de Dios, entrando, y saliendo, halle pasto en el mismo Dios.

CAPITULO XXVII.

Lo que obra en nosotros la venida del Espiritu Santo.

NUestro Salvador nació para nosotros, fué crucificado, y muerto por nosotros, y para destruir con su muerte nuestra muerte. Y porque el racimo de su santa humanidad fue llevado al lagar de la Cruz, y despues de pisado habia comenzado à correr el mosto de la Divinidad, fue enviado el Espiritu Santo; para que aparejase, y limpiase los vasos de nues-

tros

tros corazones, y el vino nuevo se pusiera en vasijas nuevas. Lo primero que hizo fue, limpiar los corazones, para que el vino que se echase en ellos, no se ensuciase; despues apartarlos, y atarlos, para que no se perdiese. Habianse de limpiar de los gozos inmundos, y taparse contra los gozos vanos; porque no podia venir lo bueno, si primero no se desechaba lo malo. El gozo del pecado ensucia, y el gozo de la vanidad derrama; el primero ensucia el vaso, y el segundo lo vierte. El gozo de la maldad es, quando se ama el pecado; y el gozo de la vanidad, quando se aman las cosas transitorias. Echa, pues, de ti lo que es malo, para que puedas recibir lo que es bueno: derrama lo que es amargo, para que seas lleno de dulzura. El Espiritu Santo es el gozo, y amor; echa de tí el espiritu del Demonio, y el espiritu de este mundo, para que recibas

el

el espiritu de Dios. El espiritu del Demonio obra el gozo de la maldad, y el espiritu del mundo el gozo de la vanidad; y estos gozos son malos, porque el uno tiene culpa, y el otro ocasion de culpa. Mas el espiritu de Dios viene á nosotros, quando estos malos espiritus están fuera, y entra en nuestro corazon, y causa en èl gozo bueno, y el amor santo, con el qual se despide el amor del mundo, y el amor del pecado. El amor del mundo alhaga, y engaña; el amor del pecado ensucia, y mata; y el amor de Dios alumbra nuestro entendimiento, limpia la conciencia, alegra el alma, y muestra à Dios.

CAPITULO XXVIII.

De las obras que hace el que ama á Dios.

EL que ama, à Dios, siempre piensa quando llegará à él, quan-

quando menospreciará el mundo, quando será libre de la corrupcion de su carne; y para hallar la verdadera paz, siempre tiene su deseo, y su corazon levantado à lo alto. Quando está sentado, quando anda, y quando está quedo, y quando hace algo, su corazon no se aparta de Dios: à todos exhorta al amor de Dios, á todos le encarece, y le encomienda, y con la boca, con el corazon, y con las obras manifiesta á todos quán dulce es el amor de Dios, y quán malo, y quán amargo el amor del siglo. Búrlase de la gloria del mundo y reprehende el demasiado cuidado de alcanzarla; y enseña quán vano es confiar en las cosas que pasan y perecen. Maravillase de la ceguedad de los hombres, que aman cosas tan fragiles y caducas, y como todos no las dexan, y menosprecian. Piensa que á todos es dulce, lo que para él es sabroso; que á todos agrada lo que él ama, y

que

que todos entienden lo que él conoce. Contempla à menudo à su Dios, y recréase suavisimamente en su contemplacion: y tanto se tiene por mas felíz, quanto lo hace mas à menudo. Porque siempre nos es dulce la consideracion de aquellas cosas que se aman, y alaban con suavidad.

CAPITULO XXIX.

De la verdadera quietud del corazon.

LA verdadera quietud del corazon se halla de veras, quando por el deseo todo él se emplea en el amor de Dios, y ninguna otra cosa apetece; antes con una maravillosa dulzura se deleyta en lo que tiene, y deleytandose, se alegra. Y si de esta santa ocupacion algun pensamiento, ú otra cosa le desvia, procura con gran priesa, y cuidado volver à á ella teniendo por una manera de des-

tier-

tierro detenerse en qualquiera otra cosa, sino en esta: porque asi como no hay momento, en el qual el hombre no goce, ó no use de la piedad de Dios, asi no debe haber momento en que no le tenga presente en su memoria. Y por esto no tiene pequeña culpa el que habla en la oracion con Dios, y luego se aparta de su acatamiento, y de sus ojos, como si no le viese, ó no le oyese. Esto hace, quando sigue el hombre sus malos, è importunos pensamientos, y antepone à Dios alguna vilisima criatura; la qual le arrebata, y lleva tras sí, y la piensa, y trata en su corazon con mas cuidado que à Dios, al qual debe continuamente reverenciar como à Criador, adorar como à Redentor, esperar en él como en Salvador, y temer como á Juez.

CA-

CAPITULO XXX.

Que todo lo que nos desvía de la presencia de Dios, se debe huir.

QUalquiera que ama al mundo, mire bien adonde vá; porque el camino que lleva es peligroso, y lleno de muerte. Pues, ó hombre, huye un poco de tus ocupaciones, y escondete por algun tiempo de tus inquietos pensamientos; arroja ahora los pesados cuidados, y dexa los trabajos, y pendencias, para atender á Dios, y descansar un poco en él. Entra dentro de tu corazon, desecha de él todas las cosas que no son Dios, ó que no pueden aprovechar para buscarle, y cerrada la puerta buscale. Diga todo tu corazon á Dios, Señor, yo busco vuestro rostro, vuestro rostro busco, Señor. Ea pues, Señor Dios mio, enseñad Vos á mi corazon, adónde, y como

mo

mo os ha de buscar; adònde, y como os ha de hallar. Señor, si no estais aqui, ? adónde os buscaré estando ausente ? Y si estais en todo lugar, ? cómo no os veo aqui presente ? Mas Vos, Señor, habitais en una luz inaccesible: ¿ pues cómo podré yo llegar á esta luz, ó quién me guiará, y pondrá en ella, para que yo os vea en ella ? Demás de esto, ? por què señales, ò por què rastros os buscaré ? porque yo, Señor Dios mio, nunca os ví, y nunca os conocí vuestra faz. ¿ Pues què ha de hacer, Señor este peregrino y desterrado de Vos ? ¿ Què ha de hacer este vuestro siervo herido de vuestro amor, y arrojado lexos de vuestro rostro ? Anhela, y suspira por veros, y Vos le escondeis la cara: desea llegar à Vos, y vuestra morada es inaccesible: desea hallaros, y no sabe donde estais: procura buscaros, y no conoce vuestro rostro.

CA-

CAPITULO XXXI.

Que el hombre por el pecado perdió á Dios, y halló la miseria.

SEñor, Vos sois mi Dios, y mi Señor, y yo nunca os he visto: Vos me hicisteis, y redimisteis, y me habeis dado todos los bienes que tengo, y yo nunca os he visto, ni conocido. Finalmente Vos me hicisteis, para que yo os viese, y yo nunca he hecho para lo que Vos me hicisteis. ¡O triste suerte del hombre, que pierde el fin para el qual Dios le crió! ¡O desventura, y miseria grande! ¡Ay, ay! ¿què perdió, y què halló, què es lo que se le fue, y lo con que se quedó? Perdió la bienaventuranza para la qual fue criado, y halló la miseria, para la qual Dios no le criò. Fuésele aquel bien, sin el qual no hay bien, y quedóle extrema miseria. Comia entonces el hom-

bre el pan de los Angeles, del qual tenia hambre, y ahora come pan de dolor, que entonces no sabia lo que era. Y Vos, Señor, ¿hasta quándo; hasta quándo, Señor os olvidaréis, y nos volvereis las espaldas? ¿Quando nos mirareis, y nos oireis, y alumbraréis nuestros ojos, y nos mostraréis vuestro rostro? ¿Quando restituiréis vuestra presencia à nuestras almas afligidas? Miradnos, Señor, oidnos, alumbradnos, mostraos, para que con Vos nos vaya bien; pues nos và tan mal sin Vos. Compadeceos de nuestros trabajos, y del afecto con que os buscamos, porque no valemos nada sin Vos. Esforzadnos, y ayudadnos. Yo os suplico, Señor, que yo no desespere suspirando, sino que esperando respire. Mi corazon de desconsuelo està amargo, endulzadle Vos con vuestra consolacion. Yo he comenzado à buscaros con grande hambre; pues no quede ayuno, ni muerto de hambre.

Veni-

Venido he como pobre al rico, como miserable al misericordioso: pues no me aparte yo de Vos, Señor, vacío y menospreciado. Yo Señor, estoy encorbado, y no puedo mirar sino ácia abaxo; enderezadme para que pueda mirar ácia arriba. Mis maldades como una carga muy pesada estan sobre mi cabeza, y agravan mi corazon: descargadme Vos, y libradme, para que el pozo infernal no abra sobre mi su boca. Enseñadme à buscaros, y mostraosme quando os busco: porque ni yo puedo buscaros, si Vos no me enseñais, ní hallaros, si Vos no os me mostrais: busqueos yo deseandoos, deseeos buscando, halleos amando, y ameos quando os halláre.

CAPITULO XXXII.

De la bondad de Dios.

YO confieso, Señor, y por ello os hago gracias, que Vos me

criasteis à vuestra imagen, para que me acuerde siempre de Vos, en Vos siempre piense, y à Vos siempre ame: pero de tal manera esta imagen con los vicios està borrada, y afeada con el humo de los pecados, que no puede hacer para lo que fue criada, si Vos no la renovais y reformais. Yo, Señor, no presumo penetrar vuestro alto consejo, porque sé que mi entendimiento es muy baxo, y no puede subir tan alto; mas deseo en alguna manera entender vuestra verdad, la qual creeré, y ama mi corazon, porque yo no quiero entender para creer, sino creer para entender. Pues que, Señor, nos haceis merced, que sujetemos á la Fé nuestro entendimiento, concededme que yo entienda lo que Vos sabeis que me conviene entender. Porque Vos sois como nosotros creemos, y sois lo que creemos: porque creemos que sois un bien tan grande, que no se puede pensar

otro

otro mayor, ni mejor. ¿ Pues què cosa sois Vos, Señor, sobre la qual no se pueda pensar otra mayor, ni mejor ? ¿ Què bien es este, sino aquel sumo bien, que tiene ser por sí mismo, y todas las demás cosas de nada le tienen por él ? Todo lo que no es esto, es menos que lo que es tal, que no se puede pensar otra cosa mayor; y esto no se puede pensar de Vos: porque ¿ què bien puede faltar al sumo bien, por el qual es todo lo bueno ? Pues Vos Señor, sois justo, verdadero, bienaventurado, y todo lo que es mejor sér, que no sér. Pero si sois sumamente justo, ¿ cómo perdonais à los malos ? ¿ Es por ventura la causa, por ser vuestra bondad incomprehensible, y estar escondida en aquella luz inaccesible en que morais ? Por cierto que aquella fuente donde mana el rio de vuestra misericordia, está escondida en el profundo y secretisimo abismo de vuestra bondad: porque siendo Vos todo,

do, y sumamente justo, sois benigno, y misericordioso para los malos, porque tambien sois todo, y sumamente bueno. Y no seriais tan bueno, si no perdonàseis á algun malo: porque mejor es el que es bueno juntamente para los buenos, y para los malos, que el que es solamente bueno para los buenos; y mejor es el que es bueno perdonando, y castigando à los malos, que el que solamente es bueno castigandolos. Y por tanto Vos sois misericordioso, porque sois todo y sumamente bueno.

CAPITULO XXXIII.

Quán deleytable cosa es gozar de Dios.

O Bondad inmensa, que asi excedes á todo entendimiento, venga sogre mí aquella misericordia que procede de tu inmensa riqueza y abundancia, entre en mí

la

la misericordia que sale de tí, perdoname por tu clemencia, para que no me castigues por justicia. Ea alma mia, despiertate, y levanta tu espiritu y tu entendimiento para considerar quál, y quán grande es aquel bien que es Dios. Considera intensamente, que si cada uno de los bienes es deleytable, quán deleytable será aquel bien que contiene en sí el deleyte de todos los bienes, y no tal deleyte qual es el que en las cosas criadas experimentamos, sino otro tan diferente de él, quanto lo es la criatura del Criador. Si es buena la vida criada, ¿ quàn buena será la vida que la crió ? Si dá alegria la salud por participacion, ¿ què alegria dará la salud que esencialmente es fuente de toda salud ? Si es amable la sabiduría de las cosas criadas, ¿ quán amablé será aquella sabiduria que hizo y crió todas las cosas de nada ? Finalmente, si hay en las cosas deleytables tantos y tan grandes de-

ley-

leytes; ¿ quàn grande, y quan maravilloso será aquel deleyte, que hizo todas lás cosas deleytables ? ¡ O dichoso el que goza de este bien ! ¿ qué tendrà, y què no tendrá ? Tendrá todo lo que querrá, y no tendrá cosa que no quiera : porque alli tendrá todos los bienes del alma, y del cuerpo, y tan inmensos, que ni el ojo le puede ver, ni el oido percibir, ni comprehender el corazon humano.

CAPITULO XXXIV.

Còmo se ha de desear el sumo Bien.

PUes ? por què, ó hombrecillo, andas vagueando por muchas cosas, para buscar los bienes de tu alma, y de tu cuerpo ? Ama aquel Bien, en el qual están todos los bienes, y este te basta. Desea aquel simple Bien, que es todo el bien, y tendrás harto. Porque, ó carne mia, ¿ qué amas ? Alma mia, ¿ qué de-

deseas? En él está todo lo que amas, y todo lo que deseas: si la hermosura te deleyta, los justos resplandecerán como el Sol: si la ligereza, ò fortaleza, ó sutileza del cuerpo, à la qual no se puede resistir, seràn semejantes à los Angeles de Dios: porque el cuerpo que ahora muere corruptible, resucitará espiritual, no por su naturaleza, sino por divina gracia. Si deseas una larga vida, y con salud; alli hay una eternidad sana, y una sañidad eterna, porque los justos vivirán eternamente. Si pides hartura, entonces se hartarán, quando se les descubrirá la gloria del Señor. Si te quieres embriagar, alli se embriagarán en las bodegas abundantes de la Casa del Señor. Si eres amigo de musica, alli los Angeles con voces celestiales cantan alabanzas à Dios sin cesar. Si buscas algun deleyte casto y limpio, y no inmundo, el Señor con la corriente de los deleytes hartará à sus esco-

gi-

gidos. Si sabiduría, la misma Sabiduría de Dios se les muestra y comunica. Si amistad, alli aman à Dios mas que á sí; y los unos à los otros como à sí mismos: y Dios los ama á ellos mas que ellos se aman á sí: porque ellos le aman à èl, y se aman, à sì, y se aman entre sí por el; y èl se ama á si, y ama à ellos por sì mismo. Si concordia, todos tendrán una voluntad; porque no habrá otra alguna sino la de Dios. Si pretendes poder, los Santos serán señores á su voluntad, y en su manera todo poderosos, como lo es Dios; porque asi como Dios por sí mismo puede todo lo que quiere; asi ellos por él podrán todo lo que querrán: porque asi como ellos no querrán sino lo que Dios quiere; asi Dios querrá lo que ellos quisieren, y lo que quisiere el Señor no podrá dexar de ser. Pues si codicias honras ó riquezas, el Señor las dá tan cumplidamente à sus siervos, que los hace Mayordomos

de

de sus bienes, y son llamados, y de veras son hijos de Dios, y Dioses; y donde estuviere el Unigenito de Dios, alli estarán ellos con él, como herederos de Dios, y herederos juntamente con Christo. Pero si buscas verdadera seguridad, tan ciertos estaràn los Bienaventurados, que no les faltará jamás aquel bien, como lo estarán de que no le perderán por su voluntad, ni se le quitará Dios contra ella, pues tanto los ama: ni habrà cosa mas poderosa que Dios, que los pueda apartar de él. Decidme quán grande, y quán admirable es él gozo, adonde hay tan grande, y tan inmenso bien.

CAPITULO XXXV.

De la caridad que tienen entre sí los Santos del Cielo.

O Corazon humano, corazon necesitado, y lleno de mil mi-

miserias, ¿ quánto te gozarias, si tuvieses la abundancia de tan inestimables bienes? Pregunta à tus mismas entrañas, si son capaces de tan grande bienaventuranza; y si hubiese alguno á quien tu amases tanto como á tí mismo, y él tuviese esta misma bienaventuranza, cierto es que tu gozo se doblaria, porque no te gozarias menos por el bien de tu amigo, que por el tuyo propio. Y si dos, ó tres, ú otros muchos tuviesen el mismo bien, tanto mas creceria tu gozo con el bien de cada uno, si á cada uno de ellos amases como à tì mismo. Pues ¿ qué será aquella perfecta caridad de inumerables bienaventurados, Angeles y hombres; donde no hay ninguno que ame al otro menos que á sì mismo, porque todos se gozan del bien de cada uno de los otros como si fuese propio suyo? Y si en el corazon del hombre apenas puede caber el gozo que tiene de su solo bien, ¿ como cabrá en el

la

la inmensidad de tantos y tan grandes gozos? Pòrque cierto es, que quanto el hombre ama á otro tanto se goza de su bien: y asi como en aquella bienaventurada felicidad cada uno sin comparacion ama mas á Dios que à sì, y á todos los demás; asi gozará sin comparacion mas de la felicidad de Dios que de la suya, y de la de todos los otros bienaventurados. Y si de tal manera aman à Dios con todo el corazon, con todo el entendimiento, y con toda el alma, que todo el corazon, todo el entendimiento, y toda el alma no igualan ni llegan á la dignidad de este amor; necesariamente se sigue, que de tal manera se gozaràn con todo el corazon, con todo el entendimiento, y con toda el alma, que todo el corazon, todo el entendimiento, y toda el alma no lleguen á la perfecion y plenitud de aquel inestimable gozo.

CA-

CAPITULO XXXVI.

De la grandeza del gozo de la vida eterna.

DIos mio, y Señor mio, esperanza mia, y gozo de mi corazon; decid à mi alma, si es este el gozo, del qual por vuestro benditisímo Hijo dixisteis: pedid y recibireis, pedid, que vuestro gozo sea lleno; porque yo he hallado un gozo que es lleno y mas que lleno, y veo que estando lleno el corazon de este gozo, y lleno el entendimiento y el alma y todo el hombre, este gozo rebosa y sobra: luego no todo este gozo entrará en los que se gozan, pero los que se gozan entrarán en él. Pues decidme, Señor, decid à este vuestro siervo, y hablad en el secreto de mi corazon, ¿ si es este el gozo en el qual entran aquellos siervos vuestros, que entrarán en el gozo de su Señor?

Mas

Mas cierto que aquel gozo con que se gozarán vuestros escogidos, ni ojo le vió, ni oreja le oyó, ni corazon de hombre le comprehendió. Pues segun esto aun no he pensado, ni declarado, Señor, quánto se gozaràn vuestros escogidos: y lo cierto es, que tanto se gozarán quanto amaràn, y tanto amarán quanto conocerán; ¿ y quánto será esto, Señor, que os conocerán y os amarán ? Cierto que ni ojo lo vió, ni oido lo oyó, ni corazon de hombre puede entender en esta vida quánto os conocerán y amarán en la otra vida. Yo os suplico, Dios mio, que me deis gracia que yo os conozca y os ame, para que goze de Vos: y si no puedo en esta vida hacerlo cumplidamente, que vaya cada dia aprovechando, hasta que llegue à cumplimiento y perfeccion. Vaya creciendo aqui el conocimiento de Vos; para que ahì sea lleno, y cumplido. Crezca aqui en mì vuestro amor, para que ahì sea

per-

perfecto. Aqui mi gozo sea grande en la esperanza, y allá en la posesion sea cumplido. Dios verdadero lo que pido es, que me deis lo que prometeis, y que mi gozo sea lleno y perfecto. Entre tanto mi entendimiento lo medite, mi lengua hable de él, mi corazon le ame, mi boca le predique, mi alma tenga hambre, y mi carne tenga sed de él, y toda mi substancia le desee y suspire por él, hasta que entre en el gozo de mi Señor, que es Dios trino, y uno, y bendito en los siglos de los siglos. Amen.

FIN.